

# El libro de la selva

Rudyard Kipling



FUNDACIÓN  
*Carlos Slim*

## **El libro de la selva**

Kipling, Rudyard

Novela

Se reconocen los derechos morales de Kipling, Rudyard.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

[contacto@pruebat.org](mailto:contacto@pruebat.org)

## El libro de la selva



## PREFACIO

La preparación de una obra como la presente exige recurrir en numerosas ocasiones a la generosidad de los especialistas. Así, pues, el encargado de recopilar las diversas narraciones que en la obra se incluyen pecaría de desagradecido si no hiciera cuanto estuviese en su mano para reconocer, en la medida de lo posible, la inmensa deuda contraída con motivo del generoso tratamiento que le ha sido dispensado.

En primer lugar, debe dar las gracias al docto y distinguido Bahadur Shah, elefante portaequipajes número 174 del Registro de la India, quien, conjuntamente con su amable hermana Pudmini, tuvo la gentileza de aportar la narración titulada «Toomai de los Elefantes», así como gran parte de la información que contiene «Los sirvientes de Su Majestad». Las aventuras de Mowgli fueron recogidas en diversos momentos y lugares de boca de numerosos informadores, la mayor parte de los cuales desean permanecer en el más riguroso anonimato. Sin embargo, dado que ya ha transcurrido cierto tiempo, el recopilador se toma la libertad de expresar su agradecimiento a cierto caballero hindú, apreciado residente en las altas laderas de Jakko, por sus convincentes, si bien algo cáusticas, opiniones sobre las características nacionales de su casta: los prásbites. Sahi, erudito de laboriosidad y recursos infinitos, miembro de la Manada de Seeonee, disuelta recientemente, y artista muy conocido en la mayoría de las ferias locales del sur de la India, donde, con el bozal puesto, ejecuta una danza con su amo que consigue atraer a la juventud, belleza y cultura de muchos pueblos, y que ha aportado datos sumamente valiosos sobre la gente, las costumbres y las tradiciones. Tales datos han sido de gran utilidad para la preparación de las narraciones tituladas «¡El tigre! ¡El tigre!», «La cacería de Kaa» y «Los hermanos de Mowgli». Por las líneas generales del cuento «Rikiki-Tikki-Tavi» el recopilador está en deuda con uno de los principales herpetólogos de la Alta India, investigador independiente e intrépido que, «decidido a no vivir sin conocer», recientemente sacrificó su vida a causa de su excesiva aplicación al estudio de nuestras serpientes venenosas. Una feliz coincidencia hizo que el recopilador, que viajaba a bordo del Empress of India, pudiera prestar cierta ayuda a uno de los otros pasajeros. De cómo le fueron devueltos con creces sus pobres servicios el lector se dará cuenta por sí mismo en la narración titulada «La foca blanca».



## LOS HERMANOS DE MOWGLI

Ya Chil, el Milano, nos trae la noche  
que Mang, el Murciélago, ha soltado.  
Ya en corrales y establos han encerrado los rebaños,  
pues hasta el alba merodeamos.  
La hora ha sonado del orgullo y el poder,  
de garras, colmillos y zarpas.  
¡Oíd la llamada! ¡Buena caza a todos vosotros,  
defensores de la Ley de la Jungla!

### Canción nocturna de la jungla

Eran las siete de una tarde muy calurosa, en las colinas de Seeonee, cuando Padre Lobo despertó tras dormir todo el día. Se rascó, bostezó y una tras otra fue estirando sus zarpas para librarse del entumecimiento que sentía en las puntas. Madre Loba yacía con su enorme hocico gris sobre sus cuatro cachorros, revoltosos y chillones, y la luz de la luna penetraba por la entrada de la cueva donde vivían todos ellos.

—¡Augr! —dijo Padre Lobo—. Ya vuelve a ser hora de cazar.

Y se disponía a bajar brincando por la ladera cuando una pequeña sombra de frondosa cola cruzó el umbral de la cueva y con voz lastimera dijo:

—¡La suerte sea contigo, oh Jefe de los Lobos! ¡Sea también con tus hijos y les dé dientes blancos y fuertes! ¡Que jamás se olviden de los que en este mundo pasan hambre!

Era Tabaqui el Lameplatos, el Chacal. Los lobos de la India desprecian a Tabaqui porque corre de un lado a otro, haciendo diabluras, contando historias y comiéndose los trapos y trozos de cuero que encuentra en los vertederos de basura de los pueblos. Pero también lo temen, ya que Tabaqui, más que cualquier otro habitante de la jungla, tiende a volverse loco y entonces, olvidándose de que alguna vez haya temido a alguien, cruza el bosque como una exhalación, mordiendo todo lo que halla a su paso. Hasta el tigre corre a esconderse cuando al pequeño Tabaqui le da un ataque de

locura, pues la locura es la peor desgracia que pueda caer sobre una criatura. Nosotros la llamamos hidrofobia, pero ellos la llaman dewanee (la locura) y huyen corriendo.

—Entra y echa un vistazo, pues —dijo Padre Lobo severamente—, pero aquí no hay comida.

—No la habrá para un lobo —dijo Tabaqui—, pero para un ser tan insignificante como yo un hueso seco es todo un festín. ¿Quiénes somos nosotros, los Gidurlog (el Pueblo Chacal) para andarnos con remilgos?

Se metió corriendo hasta el fondo de la cueva, donde encontró un hueso de gamo en el que quedaba un poco de carne, y se sentó a roerlo tranquilamente.

—Muchísimas gracias por tan deliciosa comida —dijo, lamiéndose los labios—. ¡Qué hermosos son tus nobles hijos! ¡Qué ojos más grandes tienen! ¡Son tan jóvenes! En verdad, en verdad que podría haber recordado que los hijos de los reyes son ya hombres cuando nacen.

Ahora bien, Tabaqui sabía tan bien como cualquier otro animal que no hay nada peor que dedicar cumplidos a los pequeños estando ellos delante y le gustó ver como Madre Loba y Padre Lobo se sentían molestos.

Tabaqui siguió sentado, gozando de la diablura que acababa de cometer, y luego, con tono desdeñoso, dijo:

—Shere Khan, el Grande, ha cambiado de cazadero. Según él mismo me ha dicho, cuando cambie la luna cazará en estas colinas.

Shere Khan era el tigre que vivía cerca del río Waingunga, a veinte millas de la cueva.

—¡No tiene ningún derecho! —dijo Padre Lobo con enojo—. Bajo la Ley de la Jungla no tiene ningún derecho a mudar de guarida sin advertirlo con antelación. Asustará a toda la caza que hay en diez millas a la redonda y yo... yo tengo que cazar por dos hoy en día.

—Su madre no le puso por nombre Lungri (el Cojo) por nada —dijo tranquilamente Madre Loba—. Desde que nació ha cojeado de una pata. Es por eso que solamente mata reses. Como la gente de los pueblos que hay en las márgenes del Waingunga está furiosa con él, ahora viene a hacer lo mismo en nuestra región. Cuando él no esté, rastrearán la jungla para atraparlo y nosotros y nuestros pequeños tendremos que huir cuando peguen fuego a la hierba. ¡Le estamos muy agradecidos a Shere Khan! ¡Vaya si lo estamos!

—¿Queréis que le hable de vuestra gratitud? —preguntó Tabaqui.

—¡Fuera de aquí! —dijo secamente Padre Lobo—. Vete a cazar con tu amo. Por esta noche ya has hecho bastante daño.

—Me voy —dijo Tabaqui tranquilamente—. Vosotros mismos podéis oír a Shere Khan allá abajo, en la espesura. Podría haberme ahorrado el viaje.

Padre Lobo aguzó los oídos. Abajo en el valle que se extendía hasta un riachuelo se oía la voz seca, enojada y gruñona de un tigre que no ha logrado cazar nada y le importa un rábano que toda la jungla lo sepa.

—¡El muy imbécil! —dijo Padre Lobo—. ¡Mira que empezar la caza armando tanto ruido! ¿Se cree que nuestros gamos son como sus gordinflones bueyes del Waingunga?

—¡Chitón! No son bueyes ni gamos lo que caza esta noche —dijo Madre Loba—. Es el hombre.

La voz quejosa del tigre dejó paso a un ronroneo zumbador que parecía venir de los cuatro puntos cardinales. Era el ruido que turba a los leñadores y gitanos que duermen al raso y que, a veces, los hace huir hasta caer en las mismas fauces del tigre.

—¡El hombre! —exclamó Padre Lobo, mostrando todos sus blancos dientes—. ¡Puf! ¿Es que no hay suficientes escarabajos y ranas en los estanques, que tiene que comerse al hombre, y además en nuestra tierra?

La Ley de la Jungla, que jamás da una orden sin motivo, prohíbe a todas las bestias comerse al hombre, excepto cuando maten para enseñar a sus cachorros a matar, e incluso entonces han de cazar fuera del territorio de caza de su manada o tribu. La verdadera razón de semejante prohibición es que la muerte de un ser humano significa que antes o después aparecerán hombres blancos montados en elefantes, armados con fusiles y acompañados por centenares de hombres morenos provistos de gongs, cohetes y antorchas. Entonces son todos los habitantes de la jungla los que sufren. La razón que las bestias aducen al hablar entre ellas es que el hombre es el más débil e indefenso de todos los seres vivos y, por tanto, es poco deportivo meterse con él. Dicen también, y con razón, que los devoradores de hombres se vuelven sarnosos y pierden la dentadura.

El ronroneo fue creciendo en intensidad hasta culminar en el «¡Aaar!» sonoro del tigre al lanzarse al ataque.

Seguidamente se oyó un aullido, un aullido que nada tenía de tigre pese a haber sido proferido por Shere Khan.

—Ha fallado —dijo Madre Loba—. ¿Qué será?

Padre Lobo avanzó corriendo unos cuantos pasos y con las ancas pegadas al suelo, dispuesto a saltar. Luego, oyó que Shere Khan musitaba y farfullaba salvajemente, al tiempo que se revolcaba entre los matorrales.

—Al muy necio no se le ha ocurrido otra cosa que saltar sobre la hoguera del campamento de un leñador y, claro, se ha quemado las patas —dijo Padre Lobo con un gruñido—. Tabaqui está con él.

—Algo está subiendo la ladera —dijo Madre Loba, moviendo convulsivamente una de sus orejas—. Prepárate.

Crujió un poco el follaje y Padre Lobo se agachó. De haberos fijado, habríais visto la cosa más maravillosa del mundo: el lobo se detuvo a medio salto. Se lanzó sobre su presa antes de haber visto cuál era esta y luego intentó detenerse. El resultado fue que salió disparado en línea recta hacia arriba y, tras remontarse un metro o metro y medio, volvió a caer casi en el mismo sitio de antes.

—¡El hombre! —exclamó—. ¡Un cachorro de hombre! ¡Mira!

Directamente ante él, asiéndose a una rama baja para no caerse, se hallaba un pequeñuelo moreno y desnudo que apenas sabría caminar todavía: la criaturita más suave y de más graciosos hoyuelos que jamás se haya presentado de noche en la guarida de un lobo. Alzó la vista hacia el rostro de Padre Lobo y se echó a reír.

—¿Eso es un cachorro de hombre? —dijo Madre Loba—. Es la primera vez que veo uno. Tráelo aquí.

Un lobo acostumbrado a trasladar de un sitio a otro sus lobeznos sabe, si hace falta, transportar con la boca un huevo sin que este se rompa y, aunque las mandíbulas de Padre Lobo se cerraron con firmeza sobre las espaldas del niño, este no sufrió ni siquiera una rozadura al depositarlo el lobo entre sus cachorros.

—¡Qué pequeño! ¡Qué desnudo y... qué atrevido! —dijo dulcemente Madre Loba.

El pequeño trataba de apartar a los cachorros para disfrutar del calor de la piel de la loba.

—¡Ajá! Ahora come con los otros. Conque esto es un cachorro de hombre... ¿Ha habido jamás algún lobo que pudiera alardear de tener un cachorro de hombre entre sus hijos?

—He oído hablar de ello algunas veces, pero nunca refiriéndose a nuestra Manada ni a mi época —dijo Padre Lobo—. No tiene nada de pelo y podría matarlo con un simple golpecito. Pero mira: nos observa sin miedo.

Algo impidió que los rayos de luna penetrasen en el interior de la cueva. La enorme y cuadrada mole que formaban la cabeza y los hombros de Shere Khan tapaba la entrada. Detrás de él, Tabaqui chillaba:

—¡Mi señor, mi señor! ¡Se ha metido ahí!

—Shere Khan nos hace un gran honor —dijo Padre Lobo, aunque en sus ojos se reflejaba un gran enojo—. ¿Qué necesita Shere Khan de nosotros?



—Mi presa. Un cachorro de hombre que se metió por aquí —dijo Shere Khan—. Sus padres han huido. Entrégamelo.

Como había dicho Padre Lobo, Shere Khan había saltado sobre la hoguera de un leñador y se sentía furioso a causa del dolor que sufría debido a las quemaduras de sus patas. Pero Padre Lobo sabía que la entrada de la cueva era demasiado angosta para que por ella pudiera colarse un tigre. Incluso donde estaba ahora Shere Khan el espacio era tan reducido que apenas podía mover los hombros y las patas delanteras. Se encontraba en la misma situación que un hombre que intentase luchar hallándose metido en un barril.

—Los lobos somos un pueblo libre —dijo Padre Lobo—. Recibimos órdenes del Jefe de la Manada y no de un matavacas de piel a rayas. El cachorro de hombre es nuestro y podemos matarlo si nos da la gana.

—¡Que si os da o no os da la gana! ¿Con qué derecho me habláis de esta forma? ¡Por el buey que maté! ¿Debo quedarme así, con la nariz metida en vuestra guarida de perros, en espera de que se me conceda lo que por derecho es mío? ¡Soy yo, Shere Khan, el que os habla!

El rugido del tigre atronó toda la cueva. Madre Loba se sacudió los cachorros de encima, dio un salto hacia delante, brillándole los ojos cual dos lunas verdes en la oscuridad, y cayó a poca distancia de los llameantes ojos de Shere Khan.

—¡Y soy yo, Raksha (el Demonio), quien te responde! El cachorro de hombre es mío, Lungri. ¡Mío y de nadie más! Nadie le dará muerte. Vivirá para correr y cazar con la Manada y al final, óyeme bien, cazador de cachorros desnudos, comedor de ranas, matapeces, al final ¡te cazaré a ti! Ahora vete de aquí o por el sambhur que maté (yo no como reses famélicas) que regresarás al lado de tu madre más cojo de lo que eras al nacer. ¡Vete ya, fiera chamuscada! ¡Fuera!

Padre Lobo contemplaba la escena lleno de asombro. Ya casi había olvidado los días en que había ganado para él a Madre Loba tras noble y reñida lucha con otros cinco lobos, cuando ella corría con el resto de la Manada y no era un simple cumplido que la llamasen el Demonio. Puede que Shere Khan hubiese plantado cara a Padre Lobo, pero no era capaz de vérselas con Madre Loba, pues sabía que tal como estaba ella le llevaba todas las ventajas y estaba dispuesta a luchar a muerte. Así que retrocedió para salir de la entrada de la cueva, no sin gruñir mientras lo hacía, y cuando se hubo librado de su prisión, gritó:

—¡Cada perro ladra en su propio patio! Ya veremos qué dice la Manada sobre criar cachorros de hombre. El cachorro es mío y acabará entre mis colmillos. ¡No lo olvidéis, ladrones de cola peluda!

Madre Loba se dejó caer jadeando entre sus pequeñuelos y Padre Lobo le dijo con tono grave:

—En esto tiene razón Shere Khan. Hay que mostrar el cachorro a la Manada. ¿Aún deseas conservarlo, Madre?

—¡Conservarlo! —exclamó ella—. Vino de noche, desnudo, solo y muy hambriento. ¡Y pese a todo no tenía miedo! Fíjate, ya ha echado a un lado a uno de mis pequeños. ¡Y pensar que ese carnicero cojo lo habría matado! ¡Que luego se habría fugado al Waingunga, mientras las gentes de los alrededores acosaban nuestras guaridas para vengarse! ¿Si quiero conservarlo? Ten la seguridad de que sí quiero. Acuéstate y quédate quietecita, ranita. Te lo digo a ti, Mowgli, pues Mowgli la Rana te llamaré. Llegará un día en que tú perseguirás a Shere Khan del mismo modo que él te ha perseguido.

—¿Pero qué dirá nuestra Manada? —dijo Padre Lobo.

La Ley de la Jungla establece muy claramente que todo lobo, al casarse, puede retirarse de la Manada a la que pertenece, pero que, tan pronto como sus cachorros hayan alcanzado la edad en que puedan tenerse en pie, debe presentarlos al Consejo de la Manada, que generalmente se celebra una vez al mes cuando hay luna llena, con el fin de que los demás lobos puedan identificarlos. Después de esa inspección, los cachorros son libres de correr a donde les plazca y, en tanto no hayan matado su primer gamo, no se acepta excusa alguna si alguno de los lobos crecidos que integran la Manada da muerte a uno de los cachorros. El castigo que se aplica es la muerte allí mismo donde se localice al asesino y, si pensáis un poco en ello, veréis que así debe ser.

Padre Lobo esperó hasta que sus cachorros supieron correr un poco y entonces, la noche en que se celebraba la Reunión de la Manada, se los llevó, junto con Madre Loba y Mowgli, a la Roca del Consejo, que era la cima de una colina cubierta de piedras y peñascos entre los que podían esconderse un centenar de lobos. Akela, el gran Lobo Solitario de pelo gris que gobernaba a toda la Manada gracias a su fuerza y astucia, yacía cuan largo era sobre su roca y a sus pies se hallaban sentados cuarenta o más lobos de todos los tamaños y colores, desde veteranos color tejón, capaces de vérselas solos con un gamo, hasta lobitos de piel negra que a sus tres años se creían capaces de hacer lo mismo. Hacía ya un año que Lobo Solitario era el jefe. En su juventud había caído dos veces en una trampa para lobos y en otra ocasión le habían propinado una paliza, dejándolo luego por muerto. Así, pues, conocía muy bien las costumbres y usos de los hombres. Poco se hablaba en la roca. Los cachorros jugueteaban en medio del círculo formado por sus madres y padres y de vez en

cuando un lobo de mayor edad se acercaba calladamente a un cachorro, lo miraba detenidamente y lo devolvía a su lugar sin hacer el menor ruido al caminar. A veces una madre empujaba a su cachorro hasta que la luz de la luna caía de lleno sobre él, para cerciorarse de que no lo hubiesen pasado por alto. Desde lo alto de su roca, Akela exclamaba:

—¡Ya conocéis la ley! ¡Ya la conocéis! ¡Fijaos bien, oh Lobos!

Y las madres, angustiadas, repetían el grito:

—¡Fijaos! ¡Fijaos bien, oh lobos!

Por fin (y en aquel momento a Madre Loba se le erizaron los pelos del cuello) Padre Lobo empujó a «Mowgli la Rana», como solían llamarlo, hacia el centro del círculo, donde se quedó sentado, riéndose y jugando con unos cuantos guijarros que relucían a la luz de la luna.

Akela no alzó en ningún momento la cabeza, sino que siguió con su monótono grito:

—¡Fijaos bien!

De detrás de las rocas surgió un rugido sofocado. Era la voz de Shere Khan exclamando:

—¡El cachorro es mío! ¡Dámelo! ¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con un cachorro de hombre?

Akela ni siquiera movió las orejas y se limitó a decir:

—¡Fijaos bien, oh lobos! ¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con unas órdenes que no emanen de su propio seno? ¡Fijaos bien!

Se alzó un coro de graves gruñidos y un lobezno de cuatro años recogió la pregunta de Shere Khan y se la lanzó a Akela:

—¿Qué tiene que ver el Pueblo Libre con un cachorro de hombre?

Ahora bien, la Ley de la Jungla establece que si se produce alguna disputa sobre el derecho de un cachorro a ser aceptado por la Manada, en favor de dicho cachorro deben hablar por lo menos dos miembros de la Manada que no sean ni su padre ni su madre.

—¿Quién hablará en nombre de este cachorro? —preguntó Akela—. ¿Quién hablará entre los que formáis el Pueblo Libre?

No hubo respuesta, por lo que Madre Loba se aprestó para lo que sabía que iba a ser su última batalla, si es que las cosas iban a peores.

Entonces el único animal de otra especie al que se permite asistir a los Consejos de la Manada, Baloo, el oso pardo y dormilón que enseña la Ley de la Jungla a los cachorros de lobo, el viejo Baloo, que puede ir y venir a su antojo, porque solo come nueces, raíces y miel, se levantó sobre los cuartos traseros y gruñó.

—¿El cachorro de hombre? ¿El cachorro de hombre? —dijo—. Yo hablo por el cachorro de hombre. No tiene nada de malo un cachorro de hombre. No poseo el don de la oratoria, pero digo siempre la verdad. Dejad que corra con la Manada y sea aceptado con los demás. Yo mismo me encargaré de enseñarle.

—Aún necesitamos otro que hable en su nombre —dijo Akela—. Baloo ya ha hablado y él es el profesor de los cachorros jóvenes. ¿Quién más habla aparte de Baloo?

Una sombra negra cayó en el interior del círculo. Se trataba de Bagheera la Pantera Negra. Todo su cuerpo era del color de la tinta china, pero, según la luz que la bañaba, las marcas propias de la pantera se veían como las aguas de ciertas clases de seda. Todo el mundo conocía a Bagheera y a nadie le hacía gracia cruzarse en su camino, pues era astuta como Tabaqui, atrevida como un búfalo salvaje y temeraria como un elefante herido. Pero su voz era dulce como la miel silvestre que mana gotita a gotita del tronco de un árbol y su piel era más suave que la pelusa.

—Oh, Akela y vosotros, el Pueblo Libre —ronroneó—. No tengo ningún derecho en vuestra asamblea, pero la Ley de la Jungla dice que si surge alguna duda que no sea cuestión de vida o muerte en relación con algún cachorro nuevo, la vida de ese cachorro puede comprarse por un precio y la ley no dice quién puede o quién no puede pagar ese precio. ¿Tengo razón?

—¡Viva, viva! —gritaron los lobos jóvenes, que siempre tienen hambre—. Escuchad a Bagheera. Se puede comprar el cachorro por un precio. Es la ley.

—Sabiendo que no tengo ningún derecho a hablar aquí, os pido permiso para hacerlo.

—¡Habla pues! —exclamaron veinte voces.

—Matar a un cachorro desnudo es una vergüenza. Además, puede que cuando sea mayor os resulte útil. Baloo ya ha hablado por él. Pues bien, a la palabra de Baloo añadiré yo un buey, bien gordo por cierto, que acabo de matar a menos de media milla de aquí, si estáis dispuestos a aceptar al cachorro de hombre conforme marca la ley. ¿Os parece difícil?

Se alzó un clamor de voces, veintenas de voces, que decían:

—¿Qué más da? Morirá cuando vengan las lluvias del invierno. Se abrasará bajo el sol. ¿Qué daño nos puede hacer una rana desnuda? Dejémosle correr con la Manada. ¿Dónde está el buey, Bagheera? Aceptémoslo.

Y seguidamente se oyó el ladrido de Akela exclamando:

—¡Fijaos bien! ¡Fijaos bien, oh lobos!

Mowgli seguía profundamente interesado por los guijarros, por lo que no se dio cuenta de que los lobos se acercaban para mirarlo de uno en uno. Finalmente bajaron todos por la colina en busca del buey muerto dejando solo a Akela, Bagheera, Baloo y los lobos de Mowgli. En el silencio de la noche seguían oyéndose los rugidos de Shere Khan, que estaba muy enfadado porque no le habían entregado a Mowgli.

—Haces bien en rugir ahora —dijo Bagheera—, pues, o no conozco al hombre, o llegará un día en que ese animalito desnudo te hará rugir de otro modo.

—Hemos hecho bien —dijo Akela—. Los hombres y sus cachorros son muy sabios. Puede que con el tiempo nos resulte útil.

—En verdad que os será útil en la necesidad, pues nadie puede confiar en ser eternamente el Jefe de la Manada —dijo Bagheera.

Akela permaneció callado. Pensaba en el momento que inevitablemente llega para todo jefe de manada cuando sus fuerzas lo abandonan y se va sintiendo más y más débil, hasta que finalmente los lobos le dan muerte y surge un nuevo jefe, que a su vez es muerto cuando llega su hora.

—Llévóslo —le dijo a Padre Lobo— y adiestradlo como corresponde a un miembro del Pueblo Libre.

Y así es como Mowgli ingresó en la Manada de Lobos de Seeonee por el precio de un buey y las buenas palabras de Baloo.

Me permitiréis ahora que dé un salto de diez u once años y os contentaréis con imaginar únicamente la maravillosa vida que Mowgli llevó entre los lobos, ya que, si tuviera que escribirla detalladamente, llenaría un sinfín de libros. Creció con los cachorros, aunque ellos, por supuesto, eran ya lobos crecidos antes de que él fuese niño. Padre Lobo le enseñó el oficio y el significado de las cosas de la jungla, hasta que cada crujido de la hierba, cada soplo del cálido aire de la noche, cada nota que los búhos cantaban en lo alto de los árboles, los rasguños de las garras de los murciélagos al posarse en la rama de un árbol, el chapoteo de los pececillos en un estanque tenían para él tanto significado como el trabajo de la oficina lo tiene para el hombre de negocios. Cuando no estaba aprendiendo algo, se sentaba al sol y echaba un sueñecito, luego despertaba para comer algo y volvía a conciliar el sueño. Cuando se sentía sucio o tenía calor nadaba en los estanques de la selva. Y cuando quería miel (Baloo le había dicho que la miel con nueces era un bocado tan apetecible como la carne cruda) se encaramaba a un árbol para cogerla. Bagheera le había enseñado a hacerlo. Bagheera se tendía en una rama y le llamaba: «Ven aquí, Hermanito». Al

principio Mowgli se pegaba al tronco como el perezoso, pero después aprendió a saltar de rama en rama casi con la misma osadía que el mono gris. También ocupaba su lugar en la Roca del Consejo cuando la Manada se reunía y fue allí donde descubrió que, si miraba con insistencia a alguno de los lobos, este se veía obligado a bajar los ojos, de manera que Mowgli solía hacerlo para divertirse. Otras veces extraía las largas espinas que a sus amigos se les clavaban en las patas, pues los lobos sufren horriblemente cuando se les clava una espina o una esquirra puntiaguda en la piel. De noche bajaba la ladera de la colina y se metía en las tierras cultivadas y miraba con mucha curiosidad a los campesinos que dormían en sus chozas, aunque desconfiaba de los hombres, porque Bagheera le había mostrado una caja cuadrada con una puerta que se cerraba de golpe, tan astutamente oculta en la jungla que Mowgli estuvo a punto de meterse en ella. Bagheera le explicó que aquello era una trampa. Lo que más le gustaba era adentrarse con Bagheera en el cálido y oscuro corazón de la selva, pasarse durmiendo el bochornoso día y, al hacerse de noche, ver cómo Bagheera se dedicaba a matar. Bagheera mataba a diestro y siniestro cuando tenía hambre, y lo mismo hacía Mowgli, aunque con una excepción. En cuanto fue lo suficientemente mayor para comprender las cosas, Bagheera le explicó que jamás debía tocar las reses, ya que le habían admitido en la Manada por el precio de la vida de un buey.

—Toda la jungla es tuya —decía Bagheera— y puedes matar todo lo que tus fuerzas te permitan. Pero, por respeto al buey que sirvió para comprarte, jamás debes matar o comer reses, ya sean jóvenes o viejas. Así lo ordena la Ley de la Jungla.

Mowgli obedeció fielmente.

Y creció y creció fuerte como un mozalbete debe crecer cuando no sabe que está aprendiendo sus lecciones y no tiene que preocuparse de otra cosa que de encontrar comida.

Madre Loba le dijo una o dos veces que Shere Khan no era una criatura digna de confianza y que algún día él, Mowgli, tendría que matar a Shere Khan. Pero, aunque un lobo joven habría tenido siempre presente el consejo, Mowgli se olvidó del mismo porque él no era más que un niño, aunque habría dicho que era un lobo si hubiese sabido hablar como un hombre.

En la jungla, Shere Khan siempre se cruzaba en su camino, pues, a medida que Akela se iba haciendo más viejo y débil, el tigre cojo se hizo muy amigo de los lobos jóvenes de la Manada, que iban tras él en busca de las sobras de sus comidas, cosa que Akela jamás habría permitido si se hubiese atrevido a imponer su autoridad. Shere Khan aprovechaba la ocasión para adularlos diciendo que le extrañaba que tan

consumados y jóvenes cazadores se dejasen guiar por un lobo moribundo y un cachorro de hombre.

—Me han dicho —solía comentar Shere Khan— que en el Consejo no os atrevéis a mirarlo a los ojos.

Los lobos jóvenes contestaban con gruñidos amenazadores.

Bagheera, que tenía ojos y oídos en todas partes, estaba enterada de esto y en una o dos ocasiones le dijo a Mowgli que Shere Khan lo mataría algún día. Mowgli se reía de la pantera y contestaba:

—Tengo la Manada y te tengo a ti, y Baloo, aunque sea tan perezoso, sería capaz de pegar unos cuantos mamporros por mí. ¿Por qué he de tener miedo, pues?

Fue un día muy caluroso cuando a Bagheera se le ocurrió otra idea, fruto de algo que había oído decir. Puede que se lo hubiese dicho Ikki, el Puerco Espín, pero lo cierto es que, estando con Mowgli en el corazón de la jungla, tendido el pequeño en el suelo, con la cabeza recostada en la hermosa piel negra de Bagheera, esta le dijo:

—Hermanito, ¿cuántas veces te he dicho que Shere Khan es tu enemigo?

—Tantas como frutos hay en aquella palmera —dijo Mowgli, que, naturalmente, no sabía contar—. ¿Y qué? Tengo sueño, Bagheera, y Shere Khan no tiene más que mucha cola y muchas ganas de hablar, igual que Mao, el Pavo Real.

—Pues este no es momento para dormir. Baloo lo sabe, yo lo sé, la Manada lo sabe, incluso lo saben los ciervos, esos tontos entre todos los tontos. También Tabaqui te lo ha dicho.

—¡Ja, ja! —exclamó Mowgli—. No hace mucho Tabaqui me vino con no sé qué groserías sobre si yo era un cachorro de hombre desnudo que no servía ni para coger raíces de esas que comen los cerdos. Pero yo cogí a Tabaqui por la cola y lo golpeé un par de veces contra el tronco de una palmera, para que aprendiese mejores modales.

—Eso fue una tontería, pues, aunque Tabaqui sea un cizañero, te habría dicho algo que te concernía mucho. Abre los ojos, Hermanito. Shere Khan no se atreve a matarte en la jungla, pero recuerda que Akela es muy viejo y pronto llegará el día en que no podrá matar un gamo y entonces dejará de ser el jefe. Muchos de los lobos que te examinaron cuando fuiste presentado al Consejo son también muy viejos y los lobos jóvenes creen, como les ha enseñado Shere Khan, que un cachorro de hombre no tiene cabida en la Manada. Dentro de muy poco serás hombre.

—¿Y qué tiene un hombre que le impida correr con sus hermanos? —dijo Mowgli—. Nací en la jungla. He obedecido la Ley de la Jungla y no hay ningún lobo entre nosotros al que no le haya extraído una espina. ¡Seguro que son mis hermanos!

Bagheera se tendió cuan larga era y entornó los ojos.

—Hermanito —dijo—, pon tu mano debajo de mi mandíbula.

Mowgli alzó su mano fuerte y morena y justo debajo del sedoso mentón de Bagheera, donde sus poderosos músculos quedaban ocultos por el pelo lustroso, notó que había una pequeña zona pelada.

—No hay nadie en la jungla que sepa que yo, Bagheera, llevo esta señal: la señal de un collar. Pero yo, Hermanito, nací entre los hombres y fue entre ellos donde murió mi madre: en las jaulas del palacio real de Oodeypore. Fue por esta razón que pagué el precio que pedían por ti en el Consejo, cuando tú no eras más que un cachorro pequeño y desnudo. Sí, también yo nací entre los hombres. Jamás había visto la jungla. Me servían la comida entre rejas, en un recipiente de hierro, hasta que una noche se me ocurrió pensar que yo era Bagheera, la Pantera, y no un juguete de los hombres, así que de un solo zarpazo partí el estúpido candado y me escapé. Y si en la jungla llegué a ser más terrible que Shere Khan fue porque había aprendido las costumbres de los hombres. ¿No es así?

—Sí —dijo Mowgli—. La jungla toda teme a Bagheera..., toda menos Mowgli.

—Oh, pero es que tú eres un cachorro de hombre —dijo la Pantera Negra con mucha ternura— y, del mismo modo que yo regresé a mi jungla, tú deberás volver con los hombres, con los hombres que son tus hermanos, si antes no te matan en el Consejo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué iba alguien a desear mi muerte? —dijo Mowgli.

—Mírame —dijo Bagheera.

Mowgli la miró fijamente a los ojos. La enorme pantera volvió la cabeza a los pocos instantes.

—He aquí el porqué —dijo, moviendo las zarpas sobre las hojas que cubrían el suelo—. Ni siquiera yo puedo sostener tu mirada, y eso que nací entre los hombres y te quiero, Hermanito. Los otros te odian porque no son capaces de mirarte cara a cara, porque eres sabio, porque les has sacado las espinas que se les clavaban en las garras, porque tú eres hombre.

—No sabía nada de todo esto —dijo Mowgli, entristecido y frunciendo sus pobladas cejas negras.

—¿Qué dice la Ley de la Jungla? Primero pega y después ladra. Por tu propio descuido saben que eres hombre. Pero sé prudente. Me dice el corazón que cuando Akela pierda la próxima presa, y cada vez le cuesta más atraparlas, la Manada se volverá contra él y en contra de ti. Celebrarán un Consejo de la Jungla en la Roca y luego... luego... ¡Ya lo tengo! —exclamó Bagheera levantándose de un salto—. Baja corriendo a las chozas que los hombres tienen en el valle y coge un poco de la Flor



Roja que allí cultivan. Así, cuando llegue el momento, contarás con un amigo más fuerte que yo o que Baloo o los miembros de la Manada que te quieren bien. Ve por la Flor Roja.

Al decir «Flor Roja», Bagheera se refería al fuego, solo que ninguna de las criaturas de la jungla llama al fuego por su verdadero nombre. Todas las bestias viven en constante temor del fuego, un temor mortal que las mueve a inventar un centenar de formas de llamarlo.

—¿La Flor Roja? —dijo Mowgli—. Ah, sí, eso que crece ante sus chozas al caer la noche. Cogeré un poco.

—Ha hablado Cachorro de Hombre —dijo Bagheera con acento de orgullo—. Recuerda que crece en unas macetas pequeñas. Coge una rápidamente y guárdala siempre junto a ti para cuando la necesites.

—¡Muy bien! —dijo Mowgli—. Allá voy. Pero ¿estás segura, Bagheera mía? —dijo, rodeando con su brazo el espléndido cuello de Bagheera y clavando la mirada en sus ojazos—. ¿Estás segura de que todo esto es obra de Shere Khan?

—¡Lo juro por el Candado Roto que me libró del encierro! ¡Tenlo por seguro, Hermanito!

—Entonces ¡por el buey que me compró, juro que le daré a Shere Khan todo lo que se merece! ¡Hasta puede que un poco más! —dijo Mowgli, echando ya a correr.

—¡Eso es un hombre! ¡Un hombre hecho y derecho! —exclamó Bagheera para sí, volviendo a tumbarse en el suelo—. ¡Ay de ti, Shere Khan! ¡Jamás te has metido en más negra aventura que la cacería de ranas que emprendiste hace diez años!

Mowgli corría a través de la espesura, alejándose más y más, con el corazón desbocado. Llegó a la cueva justo cuando empezaba a alzarse la neblina vespertina. Se detuvo para recobrar el aliento y miró al valle que se extendía a los pies de la colina. Los cachorros habían salido, pero Madre Loba, que estaba en el fondo de la cueva, adivinó que algo le pasaba a su ranita al oír su respiración.

—¿Qué te ocurre, hijo? —preguntó.

—Habladurías de Shere Khan, que dice cosas propias de murciélago —respondió Mowgli desde donde estaba—. Esta noche voy a cazar en los campos de labranza.

Y, así diciendo, empezó a bajar por la ladera entre los arbustos, hasta llegar al río que corría por el valle. Allí se detuvo, pues se oían los aullidos de la Manada, que estaba cazando. Se oyó también el mugido de un sambhur acosado por los lobos y luego su resoplido al hacer frente a sus perseguidores. Entonces se oyeron los aullidos malintencionados de los jóvenes lobos que gritaban:

—¡Akela! ¡Akela! ¡Que Lobo Solitario demuestre su fuerza! ¡Dejad sitio para el Jefe de la Manada! ¡Salta, Akela!

Lobo Solitario debió de saltar sobre su presa sin conseguir alcanzarla, pues Mowgli oyó el chasquido de sus colmillos y luego un ladrido de dolor al ser derribado por las patas delanteras del sambhur.

Sin esperar a oír más, reanudó su veloz carrera. Los aullidos fueron quedando atrás, cada vez más débiles, a medida que corría por los labrantíos donde vivían los campesinos.

—Bagheera tenía razón —dijo entre jadeos al acomodarse en un montón de forraje que había junto a la ventana de una choza—. Mañana será un día importante tanto para Akela como para mí.

Acercó el rostro a la ventana y contempló el fuego que ardía en el hogar. Vio que la esposa del labrador se levantaba y alimentaba el fuego con unos terrones negros para que no se apagase durante la noche. Cuando llegó la mañana con sus neblinas blancas y frías, vio que el hijo del campesino cogía un recipiente de mimbre, recubierto de tierra por dentro, lo llenaba de terrones de carbón vegetal al rojo vivo, lo envolvía con su manta y salía a cuidar de las vacas en el establo.

—¿Eso es todo? —se dijo Mowgli—. Si un cachorro es capaz de hacerlo, nada hay que temer entonces.

Así que dobló la esquina de la choza, se plantó ante el chiquillo, le arrebató el recipiente y desapareció entre la neblina, dejando al pequeño aullando de pavor.

—Se parecen mucho a mí —dijo Mowgli, soplando sobre lo que había dentro del recipiente, como había visto hacer a la mujer de la choza—. Esto se morirá si no le doy de comer.

Echó ramitas y cortezas sobre la masa roja. A medio camino colina arriba se encontró con Bagheera, sobre cuya piel el rocío matutino brillaba como las piedras preciosas.

—Akela ha fallado —dijo la Pantera—. Lo habrían matado anoche mismo, pero te necesitaban también a ti. Te estaban buscando por la colina.

—Estaba abajo, en los campos de cultivo. ¡Mira! ¡Ya estoy preparado! —dijo Mowgli, alzando el recipiente del fuego.

—¡Muy bien! Vamos a ver: he visto que los hombres a veces meten una rama seca en esa materia y al poco la Flor Roja se abre en la punta de la rama. ¿No tienes miedo?

—No. ¿Por qué iba a tenerlo? Ahora recuerdo, si es que no se trata de un sueño, recuerdo que, antes de ser lobo, solía acostarme al lado de la Flor Roja, que era cálida y agradable.

Aquel día se lo pasó todo Mowgli sentado en la cueva cuidando de su recipiente del fuego, dentro del cual ponía ramas secas para ver qué pasaba. Encontró una rama que lo dejó satisfecho y por la tarde, cuando Tabaqui se presentó en la cueva y, con muy malos modales, le dijo que reclamaban su presencia en la Roca del Consejo, Mowgli se echó a reír hasta que Tabaqui huyó despavorido. Entonces Mowgli se encaminó hacia el Consejo, sin dejar de reírse.

Akela, Lobo Solitario, yacía en el suelo junto a su roca, en señal de que el liderazgo de la Manada estaba vacante, mientras Shere Khan, con su cortejo de lobos alimentados de sobras, paseaba abiertamente de un lado a otro, recibiendo halagos. Bagheera se tendió cerca de Mowgli, que tenía el recipiente del fuego entre sus rodillas. Una vez estuvieron todos reunidos, Shere Khan empezó a hablar, cosa que jamás habría osado hacer cuando Akela se hallaba en la flor de la vida.

—No tiene ningún derecho —susurró Bagheera—. Díselo a los demás. Es hijo de un perro y se asustará.

De un brinco Mowgli se levantó y exclamó:

—¡Oídmeme, los del Pueblo Libre! ¿Acaso Shere Khan es el Jefe de la Manada? ¿Qué tiene que ver un tigre con nuestro liderazgo?

—Viendo que este sigue vacante y habiéndoseme pedido que hablase... —empezó a decir Shere Khan.

—¿Quién te lo ha pedido? —preguntó Mowgli—. ¿Es que somos todos unos chacales deseosos de adular a este matavacas? El liderazgo de la Manada es cosa que concierne solamente a la Manada.

Se oyeron gritos de:

—¡Silencio, Cachorro de Hombre!

—Dejad que hable, pues ha respetado nuestra ley.

Y finalmente los ancianos de la Manada clamaron con sus vozarrones:

—¡Dejad que hable Lobo Muerto!

Cuando el cabecilla de una manada fracasa al tratar de coger una presa lo llaman Lobo Muerto mientras vive, que por lo general no suele ser mucho tiempo.

Akela alzó cansinamente su anciana cabeza:

—Pueblo Libre, y vosotros también, chacales de Shere Khan. Durante mucho tiempo os he conducido a donde estaba la caza y luego al regresar a casa, y jamás ninguno de nosotros ha caído en una trampa o resultado herido. Ahora no he logrado dar muerte a mi presa. Vosotros sabéis cómo se ha tramado este complot. Sabéis que se me hizo perseguir un gamo al que no habían acosado los demás, para que de esta forma mi flaqueza resultase más evidente. Ha sido una jugada maestra. Tenéis derecho a

matarme aquí mismo, en la Roca del Consejo. Así, pues, os pregunto esto: ¿quién quiere poner fin a la vida de Lobo Solitario? Pues estoy en mi derecho, según la Ley de la Jungla, al pedirlos que os acerquéis de uno en uno.

Se produjo un largo silencio, ya que ni uno solo de los lobos tenía ganas de entablar una lucha a muerte con Akela. Luego Shere Khan rugió:

—¡Bah! ¿Qué nos importa este imbécil desdentado? ¡Está condenado a morir! Es el cachorro de hombre el que ha vivido demasiado tiempo. Pueblo Libre, su carne me pertenece de buen principio. Dádmelo a mí. Estoy cansado de tanta tontería sobre el hombre lobo. Lleva diez años causando molestias en la jungla. Entregadme el cachorro de hombre y cazaré siempre en esta región, sin daros un solo hueso a vosotros. Es un hombre, el hijo de un hombre ¡y lo odio hasta la médula!

Más de la mitad de la Manada se puso a chillar:

—¡Un hombre! ¡Un hombre! ¿Qué hace un hombre entre nosotros? Que se vaya a donde esté su lugar.

—¿Y que ponga en contra de nosotros a toda la gente de los pueblos? —rugió Shere Khan—. ¡No! Entregádmelo a mí. Es un hombre y ninguno de nosotros puede mirarlo a los ojos.

Akela volvió a levantar la cabeza y dijo:

—Ha comido nuestros alimentos. Ha dormido con nosotros. Ha ojeado la caza para nosotros. No ha quebrantado la Ley de la Jungla.

—Además, pagué por él con un buey cuando lo aceptasteis. El valor de un buey es poca cosa, pero el honor de Bagheera es algo por lo que quizá luchará —dijo Bagheera con toda la gentileza de que era capaz.

—¡Un buey pagado hace diez años! —gruñó la Manada, enseñando los colmillos—. ¿Qué nos importan los huesos de hace diez años?

—¿Y las promesas? —dijo Bagheera, mostrándoles sus blancos colmillos—. ¡Ya hacen bien en llamaros el Pueblo Libre!

—¡Ningún cachorro de hombre puede correr con el Pueblo de la Jungla! —aulló Shere Khan—. ¡Dádmelo a mí!

—Es nuestro hermano en todo salvo la sangre —prosiguió Akela— ¡y pese a ello lo mataríais aquí mismo! En verdad que he vivido demasiado. Algunos de vosotros sois devoradores de reses y de otros he oído decir que, siguiendo las enseñanzas de Shere Khan, al amparo de la noche os acercáis a las cabañas y os lleváis a los niños. Así, pues, sé que sois unos cobardes y que con cobardes estoy hablando. Es cierto que debo morir y que mi vida no vale nada, pues de lo contrario os la ofrecería a cambio de la del cachorro de hombre. Pero, por el honor de la Manada, que es una cosilla de la que

os habéis olvidado al no tener jefe, os prometo que, si dejáis que el cachorro de hombre regrese con los suyos, yo, cuando llegue la hora de mi muerte, no alzaré un solo colmillo contra vosotros. Moriré sin luchar. Eso, cuando menos, le ahorrará tres vidas a la Manada. Más no puedo hacer; pero, si queréis, os puedo ahorrar la vergüenza de matar a un hermano contra el que no se tiene nada, un hermano que, conforme la Ley de la Jungla, ingresó en la Manada después de que dos de sus miembros hablasen por él y, asimismo, se pagase el correspondiente precio.

—¡Es un hombre! ¡Un hombre! ¡Un hombre! —gruñía la Manada, mientras la mayor parte de los lobos se agrupaban alrededor de Shere Khan, que empezaba a mover la cola.

—Ahora el asunto está en tus manos —le dijo Bagheera a Mowgli—. Nosotros ya no podemos hacer nada más, salvo luchar.

Mowgli se irguió con el recipiente del fuego en las manos. Seguidamente extendió los brazos y bostezó de cara al Consejo, pero por dentro se sentía furioso de rabia y tristeza, pues los lobos, como lobos que eran, nunca le habían dicho lo mucho que lo odiaban.

—¡Escuchadme! —exclamó—. No hay ninguna necesidad de tanto parloteo perruno. Me habéis dicho tantas veces que soy un hombre esta noche (y la verdad es que habría seguido siendo un lobo hasta el fin de mis días) que tengo la sensación de que vuestras palabras son ciertas. Así que ya no os volveré a llamar mis hermanos, sino que os llamaré sag (perros), igual que haría un hombre. Lo que hagáis o no hagáis no es cosa vuestra, sino que depende de mí. Y para que veáis el asunto más claramente, yo, el hombre, os he traído un poco de la Flor Roja que vosotros, perros, teméis.

Arrojó el recipiente al suelo y varios carbones prendieron fuego a un puñado de musgo seco que ardió inmediatamente con llamas muy vivas. El Consejo en pleno retrocedió aterrorizado ante las llamaradas.

Mowgli metió la rama seca en el fuego hasta que las ramitas se encendieron y empezaron a crepitar. Entonces alzó la mano y se puso a describir amplios círculos de fuego entre los atemorizados lobos.

—Tú eres el maestro —dijo en voz baja Bagheera—. Salva a Akela de la muerte, que él siempre fue tu amigo.

Akela, el entristecido y viejo lobo que jamás en toda su vida había pedido compasión, dirigió una lastimera mirada a Mowgli, que completamente desnudo, con su largo pelo negro sobre los hombros, permanecía de pie bañado por la luz de la rama llameante que hacía saltar y estremecerse a las sombras.

—¡Muy bien! —exclamó Mowgli, mirando lentamente a su alrededor—. Ya veo que sois unos perros. Os abandono para reunirme con mi gente, si es que son mi gente. La jungla me está vedada y debo olvidarme de vuestra forma de hablar y de vuestra camaradería. Pero seré más misericordioso que vosotros. Porque, salvo en la sangre, he sido vuestro hermano en todo lo demás, os prometo que cuando sea un hombre entre los otros hombres no os traicionaré del mismo modo que vosotros me habéis traicionado.

Dio un puntapié al fuego y levantó un surtidor de chispas.

—No habrá guerra entre ninguno de nosotros y la Manada. Pero antes de irme quiero pagar una deuda.

Avanzó hacia el sitio donde Shere Khan se hallaba sentado, guiñando estúpidamente los ojos ante las llamas, y lo cogió por el mechón de pelo que le crecía debajo de la barbilla. Bagheera fue tras él por si se producía algún accidente.

—¡Arriba, perro! —gritó Mowgli—. Levántate cuando hable un hombre. ¡Arriba o te prendo fuego a la piel!

Shere Khan tenía las orejas pegadas a la cabeza y los ojos cerrados, ya que la llameante rama estaba muy cerca de él.

—Este matavacas dijo que me mataría en el Consejo porque no me había matado cuando yo era un cachorro. Así, así es como pegamos los hombres a los perros. ¡Mueve el bigote si te atreves y te meteré la Flor Roja en el gaznate!

Empezó a golpear con la rama la cabeza de Shere Khan. El tigre gemía y lloraba, presa de insoportable terror.

—¡Bah! ¡Ya te puedes ir, gato chamuscado! Pero recuerda que cuando vuelva a la Roca del Consejo, tal como corresponde a un hombre, llevaré en la cabeza un gorro hecho con la piel de Shere Khan. En cuanto a los demás, Akela queda en libertad para vivir como le plazca. No lo mataréis, porque yo no quiero. Tampoco creo que os quedéis sentados aquí más rato, sacando la lengua como si fueseis alguien, en vez de ser los perros a los que arrojo fuera... ¡así! ¡Largaos todos!

El fuego ardía furiosamente en el extremo de la rama y Mowgli golpeaba a diestro y siniestro con ella cuando, por unos segundos, dejaba de trazar un círculo en torno a su cabeza, mientras los lobos corrían aullando al sentir las quemaduras de las chispas en el pelo. Por fin quedaron únicamente Akela, Bagheera y unos diez lobos que habían tomado partido por Mowgli. Entonces a Mowgli empezó a dolerle algo en las entrañas, con un dolor como jamás había conocido en su vida, y, conteniendo el aliento, prorrumpió en sollozos, al tiempo que las lágrimas surcaban sus mejillas.

—¿Qué es? ¿Qué es? —dijo—. No deseo abandonar la jungla y no sé qué es lo que me pasa. ¿Es que estoy muriendo, Bagheera?

—No, Hermanito. Eso no son más que lágrimas como las que derraman los hombres —dijo Bagheera—. Ahora sé que eres un hombre, que ya has dejado de ser un cachorro de hombre. En verdad que a partir de ahora la jungla te está vedada. Déjalas caer, Mowgli. Son lágrimas solamente.

Mowgli se sentó y siguió llorando como si el corazón fuese a rompérselo. Jamás había llorado en toda su vida.

—Ahora —dijo—, me iré con los hombres. Pero antes debo decirle adiós a mi madre.

Se dirigió a la cueva donde su madre vivía con Padre Lobo y derramó lágrimas sobre la piel materna, mientras los cuatro lobeznos aullaban tristemente.

—¿No me olvidaréis? —dijo Mowgli.

—Nunca, mientras seamos capaces de seguir un rastro —dijeron los cachorros—. Cuando seas un hombre, ven al pie de la colina y hablaremos contigo. Nosotros, por nuestra parte, bajaremos de noche a jugar contigo en los labrantíos.

—¡Ven a vernos pronto! —exclamó Padre Lobo—. Oh, ranita sabia, no tardes en visitarnos, pues somos viejos, tu madre y yo.

—Ven pronto, mi hijito desnudo —dijo Madre Loba—; pues, escúchame, hijo del hombre, te he querido más de lo que jamás haya querido a mis cachorros.

—Seguro que vendré a veros —dijo Mowgli—. Y cuando lo haga será para extender el pellejo de Shere Khan sobre la Roca del Consejo. ¡No me olvidéis! ¡Decid a los de la jungla que nunca me olviden!

El alba empezaba ya a despuntar cuando Mowgli bajó solo por la ladera de la colina, dirigiéndose al encuentro de aquellos seres misteriosos a los que llaman hombres.

### Canción de caza de la Manada de Seeonee

Cuando el alba apuntaba, bramó el sambhur  
¡una vez, dos veces y otra más!  
Y un antílope saltaba y un antílope saltaba  
junto al estanque del bosque donde abrevan los ciervos.  
Y todo esto yo, explorando a solas, contemplé.

Cuando el alba apuntaba, bramó el sambhur  
¡una vez, dos veces y otra más!  
Y un lobo regresaba y un lobo regresaba  
a llevar la noticia a la Manada que aguardaba.  
Y buscamos y encontramos y sobre un rastro ladramos  
¡una vez, dos veces y otra más!

Cuando el alba apuntaba, aulló la Manada  
¡una vez, dos veces y otra más!  
¡Pies que en la jungla huella no dejan!  
¡Ojos que ven en la oscuridad, en la oscuridad!  
¡Lengua, ládrale, lengua! ¡Eh! ¡Escuchad!  
¡una vez, dos veces y otra más!



## LA CACERÍA DE KAA

Las manchas son la alegría del leopardo, y del búfalo los cuernos son orgullo.  
Sed limpios, pues del cazador la fuerza por el brillo de su piel se sabe.  
Si veis que el buey al aire lanzaros puede y de perforaros capaz es el cejudo  
sambhur,  
no dejéis vuestro trabajo para informaros, pues diez años hace que lo  
sabemos.  
No oprimáis a los cachorros del extraño. Salúdalos como Hermana y  
Hermano.  
«¡Nadie hay como yo!», dice el Cachorro llevado por el orgullo de su primera  
presa.  
Más la jungla es grande y pequeño es el Cachorro. Dejadle tranquilo para que  
piense.

Máximas de Baloo

Todo lo que aquí se narra aconteció cierto tiempo antes de que Mowgli fuese expulsado de la Manada de Lobos de Seeonee, o de que se vengase de Shere Khan, el Tigre. Fue durante la época en que Baloo le enseñaba la Ley de la Jungla. Al corpulento, serio y anciano oso pardo le encantaba tener un alumno tan despierto, pues los lobos jóvenes no aprenden de la Ley de la Jungla más que aquello que es aplicable a su propia manada o tribu, y huyen en cuanto son capaces de repetir el Verso de Caza: «Pies que no hacen ruido; ojos que pueden ver en la oscuridad; orejas que saben oír a los vientos desde la guarida, y dientes blancos y afilados; todas estas cosas son las marcas de nuestros hermanos, salvo Tabaqui, el Chacal, y la Hiena a los que odiamos». Pero Mowgli, por ser un cachorro de hombre, tuvo que aprender mucho más que todo esto. A veces Bagheera, la Pantera Negra, se acercaba perezosamente a través de la jungla para ver qué tal iban los estudios de su favorito, y se quedaba ronroneando, con la cabeza apoyada en un árbol, mientras Mowgli recitaba la lección del día ante Baloo. El pequeño sabía trepar casi tan bien como

nadaba y nadaba casi tan bien como corría. Así que Baloo, Profesor de Leyes, le enseñó las Leyes de la Madera y del Agua, cómo distinguir entre una rama podrida y otra buena, cómo hablarles cortésmente a las abejas silvestres cuando se encontrase una de sus colmenas a quince metros sobre el nivel del suelo, qué decirle a Mang, el Murciélago, cuando turbase su sueño del mediodía en lo alto de las ramas, y cómo avisar a las serpientes de agua que había en los estanques antes de zambullirse entre ellas. A ninguno de los que forman el Pueblo de la Jungla le gusta que lo molesten, por lo que todos son muy propensos a arrojarle sobre el intruso. Luego, Mowgli aprendió también la Llamada de Caza del Forastero, que debe ser repetida en voz alta hasta que alguien conteste a ella siempre que alguno de los habitantes de la jungla esté cazando en territorio ajeno. Traducida, significa: «Dadme permiso para cazar aquí, porque tengo hambre». Y la respuesta es: «Caza, pues, en busca de alimento, pero no por placer».

Todo esto os hará comprender lo mucho que Mowgli tuvo que aprenderse de memoria. Y se cansaba mucho de repetir la misma cosa más de cien veces. Pero, como Baloo le dijo a Bagheera un día que, tras recibir un pescozón, Mowgli se había marchado lleno de enojo:

—Un cachorro de hombre es un cachorro de hombre y debe aprenderse toda la Ley de la Jungla.

—Pero piensa que es muy pequeño —dijo la Pantera Negra, que, de haberse salido con la suya, habría mimado excesivamente a Mowgli—. ¿Cómo pueden caber tus largas explicaciones en su cabecita?

—¿Hay algo en la jungla que sea demasiado pequeño para que le den muerte? No. Pues por eso le enseñé estas cosas y por eso le pego muy flojo, cuando las olvida.

—¡Flojo! ¿Qué sabes tú de pegar flojo, Pies de Hierro? —gruñó Bagheera—. Hoy lleva toda la cara magullada a causa de tus golpes... flojos. ¡Uf!

—Preferible es que vaya cubierto de pies a cabeza por mis magulladuras, ya que yo le quiero, a que sufra algún daño por culpa de la ignorancia —contestó Baloo muy seriamente—. Ahora le estoy enseñando las Palabras Maestras de la Jungla que lo protegerán contra los pájaros, contra el Pueblo de las Serpientes y contra todos los que cazan sobre cuatro patas, salvo los de su propia manada. Ahora puede reclamar protección de todos los habitantes de la jungla. Bastará con que recuerde las palabras. ¿No vale eso por cualquier pequeña paliza?

—Bueno, pero cuida de no matar al cachorro de hombre. No es ningún tronco de árbol en el que puedas afilar tus garras. Pero ¿qué Palabras Maestras son esas que dices? Es más probable que pueda ayudarte que pedirte ayuda.

Bagheera estiró una de sus patas y admiró las afiladas garras, de un color azul acerado, que había en el extremo.

—De todos modos —prosiguió—, me gustaría conocerlas.

—Llamaré a Mowgli y él las recitará... si quiere. ¡Ven aquí, Hermanito!

—La cabeza me zumba como un árbol lleno de abejas —dijo una vocecita plañidera por encima de sus cabezas.

Mowgli, lleno de enojo e indignación, bajó deslizándose por el tronco, agregando, en el momento de llegar al suelo:

—Si he venido es por Bagheera y no por ti, ¡Baloo gordo y viejo!

—Me da lo mismo —contestó Baloo, aunque se sentía ofendido y apenado—. Entonces dile a Bagheera las Palabras Maestras de la Jungla que te he enseñado hoy.

—¿Las Palabras Maestras para qué gente? —dijo Mowgli, encantado de poder lucirse—. La jungla tiene muchas lenguas. Yo me las sé todas.

—Un poco es lo que sabes tú, pero no mucho. Fíjate, Bagheera, cómo nunca se muestran agradecidos con su profesor. Nunca un lobo pequeñajo ha vuelto para agradecer al viejo Baloo sus enseñanzas. Pues entonces, oh gran erudito, recita las que se dicen al Pueblo Cazador.

—Somos de la misma sangre, vosotros y yo —dijo Mowgli, adoptando el acento de oso que utiliza todo el Pueblo Cazador.

—Bien. Ahora veamos las de los pájaros.

Mowgli las repitió, emitiendo el silbido del milano al final de cada oración.

—Ahora las del Pueblo de las Serpientes —dijo Bagheera.

La respuesta fue un silbido perfectamente indescriptible. Mowgli levantó los pies por detrás, empezó a dar palmas para aplaudirse a sí mismo y saltó sobre el lomo de Bagheera, donde se sentó de lado, tamborileando con los pies en la lustrosa piel y dedicando a Baloo las muecas más espantosas que se le ocurrían.

—¡Ea, ea! Eso vale por una pequeña magulladura —dijo tiernamente el Oso Pardo—. Algún día me recordarás.

Después se volvió para decirle a Bagheera de qué modo había implorado a Hathi, el Elefante Salvaje, que le indicase las Palabras Maestras, pues Hathi se sabía todas esas cosas al dedillo. Hathi había bajado con Mowgli al estanque para preguntarle a una serpiente de agua cuáles eran las Palabras de las Serpientes, ya que Baloo era incapaz de pronunciarlas. Así que Mowgli se encontraba razonablemente a salvo de todos los accidentes que se pueden sufrir en la jungla, ya que ni las serpientes, los pájaros o las bestias le harían daño.

—Así que no hay que tener miedo de nadie —dijo finalmente Baloo, acariciándose con orgullo su enorme y peludo estómago.

—Excepto de los de su propia tribu —dijo Bagheera por lo bajo, añadiendo seguidamente en voz alta, dirigiéndose a Mowgli—: ¡Ten cuidado con mis costillas, Hermanito! ¿A qué viene tanto bailoteo ahí arriba?

Mowgli había estado intentando que lo oyesen tirando del pelo que cubría los hombros de Bagheera, al tiempo que le daba fuertes coces. Cuando los dos le prestaron atención estaba gritando a pleno pulmón:

—¡Y he aquí que tendré una tribu mía y la conduciré por las ramas todo el día!

—¿Qué nueva locura es esa, pequeño soñador de sueños? —preguntó Bagheera.

—Sí, y le arrojaremos ramas y tierra al viejo Baloo —prosiguió Mowgli—. Me lo han prometido. ¡Ay!

—¡Uf!

La enorme pata de Baloo arrancó a Mowgli del lomo de Bagheera y el pequeño, aprisionado entre las gruesas patas delanteras del oso, pudo advertir que este se había enojado.

—¡Mowgli! —dijo Baloo—. Ya has estado hablando con los Bandar-log (el Pueblo de los Monos).

Mowgli miró a Bagheera para ver si también la Pantera estaba enfadada: los ojos de Bagheera eran duros como trozos de jade.

—Ya has estado con el Pueblo de los Monos, los monos grises, el Pueblo sin Ley, los que se lo comen todo. ¡Qué vergüenza!

—Cuando Baloo me pegó en la cabeza —dijo Mowgli, que seguía tumbado en el suelo— me alejé de aquí y los monos grises bajaron de los árboles y se apiadaron de mí. Nadie más se ocupó de mí.

Hablaba como si tuviera la nariz algo obstruida.

—¡La compasión del Pueblo de los Monos! —exclamó Baloo, soltando un bufido—. La quietud de un torrente de montaña! ¡El frescor del sol de verano! ¿Y después qué, Cachorro de Hombre?

—Y después... después, me dieron nueces y otras golosinas y... y me subieron en brazos a la copa de los árboles y dijeron que era su hermano de sangre, solo que yo no tenía cola, y que algún día sería su jefe.

—Ellos no tienen jefe —dijo Bagheera—. Mienten. Siempre han mentido.

—Fueron muy amables y me pidieron que volviera a verlos. ¿Por qué nunca me has llevado a visitar el Pueblo de los Monos? Caminan de pie como yo. No me pegan con

sus patas. Se pasan el día jugando. ¡Déjame levantarme! ¡Eres malo, Baloo! ¡Déjame levantarme! Quiero jugar otra vez con ellos.

—Escucha, Cachorro de Hombre —dijo el Oso con una voz que retumbaba como los truenos en una noche cálida—. Te he enseñado la Ley de la Jungla para todos los pueblos que en ella habitan, salvo el Pueblo de los Monos, que vive en los árboles. Ellos no tienen ley. Son unos proscritos. No tienen un idioma propio, sino que utilizan palabras robadas de las que oyen decir a los demás cuando espían y acechan en las copas de los árboles. Sus costumbres no son las nuestras. No tienen jefes. Carecen de memoria. Fanfarronean y charlan fingiendo ser un gran pueblo que se dispone a acometer grandes empresas en la jungla, pero basta que oigan el ruido de una nuez al caer para que se echen a reír y se olviden de todo. Los de la jungla no queremos tratos con ellos. No bebemos donde beben ellos, no vamos a donde van ellos, no cazamos donde ellos cazan, no morimos donde ellos mueren. ¿Me has oído hablar alguna vez de los Bandar-log antes de hoy?

—No —susurró Mowgli, pues un gran silencio se había apoderado de la selva al acabar Baloo su explicación.

—El Pueblo de la Jungla los mantiene alejados de su boca y de su pensamiento. Son muy numerosos, malvados, sucios, desvergonzados y lo que desean, si es que son capaces de desear algo, es llamar la atención del Pueblo de la Jungla. Pero nosotros no nos fijamos en ellos aunque nos tiren nueces y porquería a la cabeza.

Apenas acababa de decirlo cuando una lluvia de nueces y ramitas cayó de entre las ramas. En las alturas, entre las delgadas ramas de los árboles, se oyeron toses, aullidos y el ruido de saltos furiosos.

—El Pueblo de los Monos está prohibido —dijo Baloo—. Le está vedado al Pueblo de la Jungla. Que no se te olvide.

—Prohibido —dijo Bagheera—, aunque sigo creyendo que Baloo debería haberte prevenido en su contra.

—¿Yo... yo? ¿Cómo iba yo a saber que se pondría a jugar con semejante gentuza? ¡El Pueblo de los Monos! ¡Puaf!

Un nuevo chubasco cayó sobre sus cabezas y los dos se alejaron trotando, llevándose a Mowgli consigo. Lo que Baloo había dicho de los monos era enteramente cierto. Su lugar estaba en las copas de los árboles y, como las bestias raras veces alzan la cabeza, no había ocasión de que los monos y el Pueblo de la Jungla se encontrasen. Pero siempre que se encontraban con un lobo enfermo, un tigre herido o un oso en igual estado, los monos lo atormentaban y, además, se divertían arrojando palos y nueces a las bestias, esperando llamar así la atención. Luego se ponían a chillar y

cantar canciones insensatas e invitaban al Pueblo de la Jungla a trepar por sus árboles y luchar contra ellos. Otras veces entablaban furiosas batallas entre ellos mismos, por cualquier nimiedad, y dejaban a los monos muertos en un sitio donde el Pueblo de la Jungla pudiera verlos. Siempre estaban a punto de elegir un jefe, de dictar leyes y adoptar costumbres propias, pero nunca lo hacían, pues la memoria se les iba de un día para otro, así que, a guisa de compromiso, solían decir:

—Lo que ahora piensan los Bandar-log más adelante lo pensará la jungla.

Eso les servía de mucho consuelo. Ninguno de los otros animales podía alcanzarlos, pero, por otro lado, ninguno de los otros se fijaba en ellos, y por esta razón se sintieron tan complacidos cuando Mowgli fue a jugar con ellos y se enteraron de lo muy enojado que estaba Baloo.

No pensaban pasar de aquí (los Bandar-log jamás se proponían hacer algo), pero uno de ellos inventó lo que a él se le antojaba una brillante idea y les dijo a todos los demás que resultaría útil tener a Mowgli en la tribu, ya que sabía entrelazar ramas de modo que sirvieran de protección contra el viento. Así, pues, si lo atrapaban, podrían obligarlo a enseñarles a hacerlo. Por supuesto que Mowgli, por ser hijo de leñador, había heredado toda suerte de instintos que utilizaba para construir cabañitas con ramas desgajadas sin saber realmente cómo lo hacía. El Pueblo de los Monos, observándole desde los árboles, se quedaba maravillado al verle hacerlo. «Esta vez — se decían— era verdad que tendrían un jefe y se convertirían en el pueblo más sabio de la jungla, tan sabio que todos los demás se darían cuenta y los envidiarían». Por lo tanto, siguieron a Baloo, Bagheera y Mowgli a través de la jungla, con mucho sigilo, hasta que llegó la hora de la siesta de mediodía y Mowgli, que se sentía muy avergonzado de sí mismo, se echó a dormir entre la Pantera y el Oso, decidido a no tratarse más con el Pueblo de los Monos.

Despertó al sentir que unas manos pequeñas, duras y fuertes lo sujetaban por los brazos y las piernas. Notó luego que las ramas le azotaban el rostro y seguidamente se encontró en lo alto de las cimbreantes ramas, mirando hacia abajo, mientras Baloo despertaba a la jungla con sus gritos y Bagheera trepaba por el tronco mostrando todos los dientes. Los Bandar-log profirieron aullidos triunfales y corrieron hacia las ramas más altas, pues Bagheera no se atrevería a perseguirlos hasta ellas.

—¡Se ha fijado en nosotros! —gritaban—. ¡Bagheera nos hace caso! Todo el Pueblo de la Jungla admira nuestra habilidad y astucia.

Inmediatamente emprendieron la huida, y la huida del Pueblo de los Monos entre el follaje es algo que nadie puede describir. Tienen allá arriba sus propios caminos y cruces, sus pendientes y bajadas, todo ello a quince, veinte o treinta metros sobre el

nivel del suelo, que les permiten viajar incluso de noche si es preciso. Dos monos de los más fuertes asieron a Mowgli por los sobacos y empezaron a saltar de árbol en árbol, a razón de seis metros por salto. De haber estado solos, habrían saltado el doble de esa distancia, pero el peso del muchacho los entorpecía. Pese a sentirse mareado y notar que la cabeza le daba vueltas, Mowgli disfrutó de aquella alocada huida, aunque se asustaba al ver de vez en cuando el suelo muy por debajo de donde estaban él y sus acompañantes y a pesar de la terrible sacudida que seguía a cada salto en el vacío con el corazón en un puño. Su escolta le obligaba a trepar velozmente por un tronco hasta que debajo de él notaba las frágiles ramitas de la copa y entonces, tosiendo y gritando, saltaban hacia abajo y quedaban asidos con las manos o los pies a las ramas inferiores del siguiente árbol. A veces divisaba millas y millas de verde jungla, igual que el vigía de un buque divisa millas y más millas de mar. Luego las ramas y las hojas le azotaban el rostro y él y sus dos guardianes se encontraban de nuevo casi en el suelo. Y así, saltando y brincando, chillando y aullando, toda la tribu de Bandar-log recorrió la arbórea senda llevando a Mowgli prisionero.

Por unos instantes temió que lo dejaran caer, luego se enfadó pero la prudencia le aconsejó que no tratara de librarse de sus captores y, finalmente, empezó a pensar. Lo más urgente era avisar a Baloo y Bagheera, ya que, al paso que iban los monos, sabía que sus amigos quedarían muy rezagados. Era inútil mirar abajo, ya que solo podía ver la superficie de las ramas, de manera que volvió la vista hacia arriba y a lo lejos, sobre el azul del cielo, vio a Chil, el Milano, volando en círculo, deteniéndose a veces en el aire, vigilando la jungla en espera de que algo muriese. Chil observó que los monos transportaban algo, de modo que descendió unos cuantos centenares de metros para averiguar si su carga consistía en algo bueno para comer. Soltó un silbido de sorpresa al ver que se trataba de Mowgli, al que en aquel momento arrastraban hacia la copa de un árbol, y al oír que el pequeño le dirigía la Llamada del Milano, la que significaba: «Tú y yo somos de la misma sangre». El oleaje de las ramas se cerró sobre el pequeño, pero Chil se posó en el siguiente árbol justo a tiempo para ver cómo la carita morena de Mowgli de nuevo se volvía hacia el cielo.

—¡Señala mi rastro! —gritó Mowgli—. Avisa a Baloo, de la Manada de Seeonee, y a Bagheera, de la Roca del Consejo.

—¿En nombre de quién, hermano?

Era la primera vez que Chil veía a Mowgli, aunque, desde luego, había oído hablar de él.

—De Mowgli, la Rana. ¡Cachorro de Hombre es cómo me llaman! ¡Sigue bien mi rastro!

Las últimas palabras fueron más un alarido que un simple grito, pues las dijo cuando saltaba ya al vacío, pero Chil pudo oírlas y, después de asentir con la cabeza, remontó el vuelo hasta quedar reducido a un puntito no mayor que una mota de polvo. Y allí arriba se quedó, observando con sus ojos telescópicos el movimiento de las copas de los árboles, agitadas por la escolta de Mowgli.

—Nunca llegan lejos —dijo con una risita burlona—. Nunca hacen lo que se proponen hacer. Siempre están picoteando cosas nuevas los Bandar-log. Esta vez, a menos que me engañe la vista, sus picoteos les acarrearán complicaciones, pues Baloo no es ningún jovenzuelo inexperto y bien sé que Bagheera, por su parte, sabe matar algo más que cabras.

Y, así diciendo, con las patas dobladas bajo el cuerpo, siguió balanceándose en el aire, esperando.

Mientras tanto, Baloo y Bagheera estaban locos de rabia y de pena. Bagheera trepaba por los árboles como jamás había trepado, pero las delgadas ramas se quebraban bajo su peso y caía deslizándose por el tronco, con las zarpas llenas de corteza.

—¿Por qué no avisaste a Cachorro de Hombre? —rugió ante el pobre Baloo, que había iniciado un torpe trote con la esperanza de dar alcance a los monos—. ¿De qué sirvió dejarlo medio muerto a golpes si no lo preveniste?

—¡Corre! ¡Vamos, corre! ¡Pue... puede que aún podamos atraparlos! —exclamó Baloo entre jadeos.

—¡A semejante paso ni una vaca herida se cansaría! Escúchame, Profesor de Leyes, terror de cachorros: si sigues corriendo así una milla más, vas a reventar. ¡Siéntate y piensa! Traza un plan. No es este momento para persecuciones. Si los seguimos desde demasiado cerca puede que lo dejen caer.

—¡Aaay! ¡Uuuy! Puede que ya lo hayan hecho, cansados de transportarlo. ¿Quién se fía de los Bandar-log? ¡Pónme murciélagos muertos sobre la cabeza! ¡Dame de comer huesos negros! ¡Méteme en las colmenas de las abejas silvestres, para que me maten a picadas, y entiérrame con la Hiena, pues soy el más miserable de los osos! ¡Aaay! ¡Uuuy! ¡Oh, Mowgli, Mowgli! ¿Por qué no te advertí de lo malo que es el Pueblo de los Monos, en vez de romperte la cabeza? Puede que mis golpes le hayan hecho olvidar la lección del día y que ahora se encuentre en la jungla solo y sin recordar las Palabras Maestras.

Baloo se apretó las orejas con las zarpas y se puso a caminar de un lado a otro, soltando terribles gemidos.



—Las Palabras Maestras me las recitó sin equivocarse hace un rato —dijo Bagheera, llena de impaciencia—. No tienes memoria ni respeto, Baloo. ¿Qué pensaría la jungla si yo, la Pantera Negra, me enroscase igual que Ikki, el Puerco Espín, y me pusiera a aullar?

—¿Qué me importa a mí lo que piense la jungla? Puede que a estas alturas Mowgli ya haya muerto.

—A no ser que lo dejen caer desde las ramas jugando o que lo maten por pereza, no siento ningún temor por Cachorro de Hombre. Es sabio e instruido y, sobre todo, tiene esos ojos que atemorizan al Pueblo de la Jungla. Pero, por desgracia, está en poder de los Bandar-log y esa gente, como vive en lo alto de los árboles, no temen a ninguno de los nuestros.

Bagheera se lamió pensativamente una de sus zarpas.

—¡Qué estúpido soy! ¡Qué estúpido gordinflón comedor de raíces soy! —exclamó Baloo, desenroscándose bruscamente—. Es muy cierto lo que dice Hathi, el Elefante Salvaje: «A cada uno su propio miedo». Y ellos, los Bandar-log, temen a Kaa, la Serpiente de la Roca. Ella puede trepar tan bien como ellos. De noche rapta a los monos jóvenes. Basta susurrarles su nombre para que se les hiele la cola. Vamos a buscar a Kaa.

—¿De qué nos servirá? No pertenece a nuestra tribu, ya que no tiene patas. Además, tiene unos ojos tan malévolos... —dijo Bagheera.

—Es muy anciana y muy astuta. Pero, sobre todo, siempre tiene hambre —dijo Baloo, lleno de esperanza—. Le prometeremos un buen número de cabras.

—Duerme un mes entero después de haber comido siquiera una vez. Puede que ahora mismo esté durmiendo y, aunque estuviera despierta, ¿qué pasaría si prefiriese matar ella misma las cabras que se come?

Bagheera, que no conocía demasiado bien las costumbres de Kaa, se sentía suspicaz, naturalmente.

—En tal caso, tú y yo juntos, vieja cazadora, la haríamos entrar en razón —dijo Baloo, frotando su hombro de un pardo deslucido contra el cuerpo de la Pantera.

Acto seguido se pusieron en camino para dar con Kaa, la Pitón de la Roca.

La encontraron en un saliente, donde estaba echada tomando el sol y admirando su bonito manto nuevo, pues llevaba diez días retirada en aquel lugar para cambiar la piel, y su aspecto era ahora espléndido, moviendo su cabezota de nariz chata a ras del suelo y retorciendo sus nueve metros de cuerpo en forma de fantásticos nudos y curvas, al tiempo que se lamía los labios como pensando en el próximo festín.

—No ha comido —dijo Baloo con un gruñido de alivio en cuanto vio el hermoso manto moteado de marrón y amarillo—. ¡Ve con cuidado, Bagheera! Siempre está un poco ciega después de cambiar la piel y le cuesta muy poco atacar.

Kaa no era una serpiente venenosa, a decir verdad, despreciaba a las serpientes venenosas, pues las consideraba cobardes. Su fuerza radicaba en su abrazo y, una vez había enroscado sus enormes anillos alrededor de alguien, nada más quedaba por decir.

—¡Buena caza! —exclamó Baloo, sentándose sobre los cuartos traseros.

Al igual que todas las serpientes de su especie, Kaa era bastante dura de oído y al principio no oyó el saludo de Baloo. Luego, con la cabeza gacha, se enroscó aprestándose para cualquier contingencia.

—¡Buena caza tengamos todos! —contestó—. ¡Caramba, Baloo! ¿Qué haces tú por aquí? ¡Buena caza, Bagheera! Uno de nosotros por lo menos necesita comer. ¿Me traéis noticias buenas? ¿Habéis visto alguna pieza por los alrededores? ¿Un ciervo, siquiera un gamo joven? Estoy tan vacía como un pozo seco.

—Vamos de cacería —dijo Baloo despreocupadamente, pues sabía que no convenía dar prisa a Kaa: era demasiado corpulenta.

—Dadme permiso para acompañaros —dijo Kaa—. Para ti, Bagheera, o para ti, Baloo, poca importancia tiene un zarpazo de más o de menos, pero yo... yo tengo que esperar y esperar día tras día, en un sendero de la selva o pasarme casi toda la noche trepando a los árboles a ver si por simple casualidad atrapo algún monito. ¡Puaf! Las ramas ya no son lo que eran cuando yo era joven. ¡Todo son ramitas podridas y ramas secas!

—Puede que lo mucho que pesas tenga algo que ver en el asunto —dijo Baloo.

—No puedo quejarme de mi longitud —dijo Kaa con un poquitín de orgullo—. Es suficiente, pero, así y todo, la culpa es de esos árboles de ahora. La última vez que salí de caza estuve a punto de caerme, muy a punto en verdad. Y, como no me había agarrado fuerte con la cola, al caer hice ruido y desperté a los Bandar-log, que empezaron a insultarme atrocemente.

—Ese gusano amarillo y sin patas —dijo Bagheera por lo bajo, como si tratase de hacer memoria.

—¡Sss! ¿Han llegado a decirme eso? —preguntó Kaa.

—Algo por el estilo nos gritaron la pasada luna, pero no les hicimos el menor caso. Son capaces de decir cualquier cosa, incluso que ya no te queda ningún diente y no te atreves a plantarle cara a nada que sea mayor que un cabritillo, porque... (hay que ver

lo desvergonzados que son esos Bandar-log) porque te dan miedo los cuernos del macho cabrío —prosiguió Bagheera zalameramente.

Ahora bien, una serpiente, especialmente si es una pitón vieja y cautelosa como Kaa, muy raras veces deja entrever que está enfadada, pero Baloo y Bagheera pudieron observar cómo se movían y abultaban los músculos que, situados a ambos lados de la garganta de Kaa, le servían para deglutir sus presas.

—Los Bandar-log han mudado de territorio —dijo tranquilamente—. Al salir hoy a tomar el sol los oí pasar gritando por las copas de los árboles.

—Son... son los Bandar-log que andamos siguiendo —dijo Baloo, aunque las palabras se le atragantaron, pues, que él recordase, era la primera vez que un miembro del Pueblo de la Jungla reconocía sentirse interesado por lo que hacían los monos.

—Entonces no hay duda de que es algo importante lo que impulsa a dos cazadores como vosotros, líderes en vuestra propia jungla, a seguir la pista de los Bandar-log —replicó cortésmente Kaa, sintiendo crecer su curiosidad.

—Cierto —dijo Baloo— que no soy más que el viejo y a veces tontísimo Profesor de Leyes para los cachorros de Seeonee, mientras Bagheera, aquí presente, no es más que...

—Que Bagheera —dijo la Pantera Negra, cerrando con fuerza las fauces, ya que no creía en la modestia—. El problema es el siguiente, Kaa. Esos ladrones de nueces y recolectores de hojas de palmera nos han robado nuestro cachorro humano, sobre el que tal vez ya habrás oído hablar.

—Algo me contó Ikki (ese que se ufana tanto de sus púas) sobre un ser humano que había ingresado en una manada de lobos, pero no me lo creía. Ikki siempre está con esas historias que conoce a medias y cuenta muy mal.

—Pues esta es cierta. Es un cachorro de hombre como jamás se había visto —dijo Baloo—. El mejor y más sabio y más atrevido de los cachorros de hombre... Mi propio alumno, el que hará que el nombre de Baloo sea famoso en todas las junglas. Además, yo... nosotros... le tenemos cariño, Kaa.

—¡Sss! ¡Sss! —dijo Kaa, meneando la cabeza—. También yo he conocido el amor. Os podría contar cosas que...

—Para eso hace falta una noche estrellada y que todos estemos con el estómago lleno, para apreciarlas mejor —se apresuró a decir Bagheera—. Nuestro cachorro humano está en manos de los Bandar-log y sabemos que de todo el Pueblo de la Jungla solamente temen a Kaa.

—A mí y a nadie más temen. Y no les faltan buenas razones —dijo Kaa—. Parlanchines, estúpidos y vanidosos... Vanidosos, estúpidos y parlanchines. Así son los monos. Pero un ser humano en su poder corre peligro. Se cansan de las nueces que recogen y las arrojan al suelo. Se pasan medio día acarreado una rama, decididos a hacer grandes cosas con ella, y luego la parten en dos. No se puede envidiar a ese ser humano. También me llamaron «pescado amarillo», ¿verdad?

—Gusano, gusano, gusano de tierra —dijo Bagheera—, aparte de otras cosas que la vergüenza me impide repetir.

—Tenemos que recordarles que deben hablar bien de su amo. ¡Aaasss! Hay que refrescarles esa memoria tan débil que tienen. Veamos: ¿adónde se fueron con el cachorro?

—Solo la jungla lo sabe. Creo que se dirigían hacia poniente —dijo Baloo—. Creíamos que tú lo sabrías, Kaa.

—¿Yo? ¿Cómo? Los atrapo cuando se cruzan en mi camino, pero no me dedico a cazar a los Bandar-log, ni a las ranas, ni tampoco a las heces verdes que se forman en los charcos de agua.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Aup! ¡Aup! ¡Mira arriba, Baloo de la Manada de Seeonee!

Baloo alzó la mirada para ver de dónde procedía la voz y vio que Chil, el Milano, bajaba volando con las alas iluminadas por el sol. Estaba ya cercana la hora en que Chil solía acostarse, pero había estado volando sobre toda la jungla en busca del Oso, sin poder encontrarlo debido al espeso follaje.

—¿Qué pasa? —preguntó Baloo.

—He visto a Mowgli entre los Bandar-log. Me dijo que te avisara. Me quedé vigilando. Los Bandar-log se lo han llevado más allá del río, a la ciudad de los monos... a los Cubiles Fríos. Puede que se queden allí una noche, o diez noches, o una hora. Les he dicho a los murciélagos que montasen guardia durante la noche. Ese es mi mensaje. ¡Que tengáis buena caza, vosotros los de abajo!

—¡Buche lleno y buen sueño te deseamos, Chil! —exclamó Bagheera—. Me acordaré de ti cuando mate otra pieza. ¡Tendrás la cabeza para ti solo! ¡Eres el mejor de los milanos!

—No es nada, no es nada. El chico sabía la Palabra Maestra. No podía yo hacer menos de lo que he hecho —dijo Chil, remontándose en círculos camino de su nido.

—No se ha olvidado de utilizar su lengua —dijo Baloo con una risita de orgullo—. ¡Pensar que alguien tan joven recordase la Palabra Maestra de los pájaros mientras lo arrastraban de árbol en árbol!

—Le fue inculcada con gran firmeza —dijo Bagheera—. Pero me siento orgullosa de él. Ahora debemos dirigirnos hacia los Cubiles Fríos.

Todo el mundo sabía dónde se hallaba ese sitio, pero eran pocos los del Pueblo de la Jungla que iban allí, ya que los Cubiles Fríos eran una ciudad vieja y abandonada, perdida y enterrada en la jungla, y las fieras raramente usan un lugar que haya sido frecuentado por el hombre. Los jabalíes sí lo usan, pero no así las tribus cazadoras. Además, los monos vivían allí, en la medida que de ellos pudiera decirse que vivían en alguna parte, y ningún animal que se respetase a sí mismo quería siquiera ver la ciudad de lejos, salvo en tiempos de sequía, cuando los embalses y depósitos semiderruidos contenían un poco de agua.

—Hay media noche de viaje... a toda marcha —dijo Bagheera, mientras Baloo la miraba con expresión muy seria.

—Iré todo lo aprisa que pueda —dijo Baloo ansiosamente.

—No nos atrevemos a esperarte. Tú síguenos, Baloo. Kaa y yo tenemos que ir corriendo.

—Con patas o sin patas, puedo correr tanto como tú con tus cuatro patas —dijo secamente Kaa.

Baloo hizo un esfuerzo por darse prisa, pero tuvo que sentarse jadeando. Así, pues, lo dejaron allí para que más tarde se reuniese con ellas, mientras Bagheera echaba a correr adelante con sus rápidos pasos de pantera. Kaa no dijo nada, pero por mucho que corriese Bagheera, la enorme Pitón de las Rocas no quedaba rezagada. Al llegar a un riachuelo que corría entre las colinas, Bagheera ganó terreno, pues lo salvó de un salto, mientras que Kaa lo cruzaba nadando, con la cabeza y unos sesenta centímetros de cuello sobresaliendo del agua. Pero, al llegar a terreno llano, Kaa recobró lo que había perdido.

—¡Por el Candado Roto que me libró! —exclamó Bagheera, al ponerse el sol—. ¡No eres nada lenta!

—Tengo hambre —dijo Kaa—. Además, me llamaron rana moteada.

—Gusano... gusano de tierra, y amarillo, por si fuera poco.

—Da igual. Sigamos adelante.

Kaa parecía fluir como un arroyo y con sus penetrantes ojos buscaba el camino más corto y no se apartaba de él.

En los Cubiles Fríos el Pueblo de los Monos era totalmente ajeno a los amigos de Mowgli. Habían traído al muchacho a la Ciudad Perdida y de momento se sentían la mar de satisfechos de sí mismos. Mowgli jamás había visto una ciudad india y, aunque esta era poco más que un montón de ruinas, le parecía algo maravilloso, espléndido.

Algún rey la había edificado sobre una pequeña colina hacía ya mucho tiempo. Aún podían seguirse las calzadas de piedra que llevaban hasta las ruinosas puertas, de cuyas herrumbrosas bisagras colgaban las últimas astillas de madera. Dentro y fuera de la muralla crecían los árboles. Las almenas se habían desmoronado o estaban a punto de hacerlo, y de las ventanas de las torres colgaban las enredaderas, formando frondosas masas suspendidas en el aire.

Un gran palacio sin tejado coronaba la colina. El mármol de los patios y de las fuentes estaba resquebrajado y lleno de manchas rojas y verdes, e incluso los adoquines de los patios donde solían vivir los elefantes del rey habían sido arrancados y esparcidos por la hierba y los árboles al crecer. Desde el palacio se divisaban hileras y más hileras de casas sin tejado que formaban la ciudad y que parecían panales abandonados por las abejas y llenos de negrura, el bloque de piedra sin forma que antes fuera un ídolo, allá en la plaza donde se encontraban cuatro calles. Veíanse también los hoyos y cavidades en las esquinas donde antes estaban los pozos públicos, así como las ruinas de las cúpulas, a cuyos costados crecían ahora las higueras silvestres. Los monos decían que aquel lugar era su ciudad y fingían despreciar al Pueblo de la Jungla porque vivía en la selva. Y, pese a ello, no tenían la menor idea de por qué se habían edificado aquellos edificios ni de cómo había que utilizarlos. Solían sentarse en círculo en el vestíbulo de la antigua cámara del Consejo Real, rascándose, cazando pulgas y simulando ser hombres. Otras veces entraban y salían corriendo en las casas sin techo, recogiendo pedazos de estuco y ladrillos viejos. Los almacenaban en cualquier rincón y luego se olvidaban de dónde los habían guardado y empezaban a llorar y a pegarse unos a otros, hasta que lo dejaban correr para dedicarse a subir y bajar de las terrazas del jardín del rey, donde, para divertirse, zarandeaban los rosales y los naranjos para ver cómo caían los frutos y las flores. Exploraban todos los pasadizos y túneles oscuros del palacio, así como los centenares de pequeños y tenebrosos aposentos, pero sin que jamás se acordasen de lo que habían visto ni de lo que no habían visto. Y así, de uno en uno, o por parejas, o en corrillos, vagaban de un lado para otro diciéndose que se estaban comportando como los hombres. Bebían en los depósitos y enturbiaban el agua, luego se peleaban a causa de ello y después volvían a juntarse para gritar:

—¡No hay en la jungla nadie tan sabio, bueno, inteligente, fuerte y amable como los Bandar-log!

Seguidamente todo volvía a empezar, hasta que se cansaban de la ciudad y regresaban a las copas de los árboles, esperando que el Pueblo de la Jungla se fijase en ellos.

Mowgli, al que habían instruido bajo la Ley de la Jungla, no aprobaba ni comprendía esa forma de vida. Los monos lo llevaron a rastras a los Cubiles Fríos a última hora de la tarde y, en vez de irse a dormir, como habría hecho Mowgli tras un largo viaje, se dieron las manos y empezaron a bailar y a cantar sus necias canciones. Uno de los monos pronunció un discurso y dijo a sus compañeros que la captura de Mowgli constituía un nuevo hito en la historia de los Bandar-log, pues Mowgli iba a enseñarles a entrelazar cañas y bastones para fabricarse una protección contra la lluvia y el frío. Mowgli recogió unas cuantas enredaderas y empezó a trenzarlas. Los monos trataron de imitarle, pero al cabo de escasos minutos perdieron interés por aquello y se pusieron a tirarse de la cola unos a otros o a saltar de cuatro patas, tosiendo.

—Deseo comer —dijo Mowgli—. Soy forastero en esta parte de la jungla. Traedme alimentos o dadme permiso para cazar por aquí.

Unos veinte o treinta monos salieron corriendo a buscarle nueces y papayas silvestres, pero empezaron a pelearse por el camino y resultó demasiado esfuerzo regresar con lo que quedaba de la fruta. Mowgli se sentía molesto y enojado, además de hambriento, y empezó a vagar por la ciudad profiriendo de vez en cuando la Llamada de Caza del Forastero, pero, como nadie le contestaba, Mowgli pensó que realmente había ido a caer en muy mal lugar.

«Es verdad todo lo que ha dicho Baloo sobre los Bandar-log —pensó—. No tienen ninguna Ley, ni Llamada de Caza, ni líderes... Nada excepto palabras necias y manitas de ladrón. Así que si me matan o muero de hambre aquí, la culpa será mía y de nadie más. Pero debo intentar volver a mi propia jungla. Seguramente Baloo me dará una zurra, pero eso será mejor que perseguir tontos pétalos de rosa en compañía de los Bandar-log.»

Apenas llegó a los muros de la ciudad los monos le obligaron a volver sobre sus pasos, diciéndole que no sabía lo afortunado que era y pellizcándolo para que se sintiera agradecido. Mowgli apretó los dientes y no dijo nada. Echó a andar con los vociferantes monos hacia una terraza situada por encima de los depósitos de roja piedra arenisca, que estaban medio llenos de agua de lluvia. En medio de la terraza había una glorieta de mármol blanco en ruinas, construida para reinas que llevaban muertas cien años. El techo en forma de cúpula se había derrumbado parcialmente y los cascotes bloqueaban el pasadizo subterráneo que las reinas usaban para ir desde el palacio hasta la glorieta. Pero las paredes consistían en tabiques de tracería de mármol, bellos entrelazados blancos como la leche, adornados con ágatas, cornalinas, jaspe y lapislázuli y la luna, al surgir por detrás de la colina, penetraba por el enrejado y proyectaba sobre el suelo sombras que parecían bordados de terciopelo. Magullado,

soñoliento y hambriento como estaba, no pudo evitar Mowgli echarse a reír cuando los Bandar-log, hablando veinte de ellos a la vez, empezaron a explicarle cuán grandes, sabios, fuertes y amables eran, así como cuán tonto era él por desear abandonarlos.

—Somos grandes. Somos libres. Somos maravillosos. ¡Somos la gente más maravillosa de toda la jungla! ¡Todos lo decimos, así que tiene que ser verdad! —gritaban—. Veamos, siendo la primera vez que nos escuchas, y como podrás llevar nuestras palabras al Pueblo de la Jungla, para que en lo sucesivo nos hagan caso, te contaremos todo lo que haya que contar sobre nuestras excelentes personas.

Mowgli no puso ningún reparo, así que los monos se congregaron a centenares y más centenares en la terraza, para oír cómo sus propios oradores cantaban las alabanzas de los Bandar-log. Cuando alguno de los oradores, faltándole el aliento, se callaba, gritaban todos a una:

—¡Es verdad! ¡Todos lo decimos!

Mowgli asentía con la cabeza, parpadeaba y contestaba que sí a todas las preguntas que le hacían. La cabeza le daba vueltas a causa del barullo.

—Tabaqui, el Chacal, debe de haber mordido a toda esta gente —se dijo—, y ahora están todos locos. No hay duda de que esto es dewanee, la locura. ¿Es que nunca se van a dormir? Veo una nube que se dispone a ocultar la luna. Si fuera lo bastante grande, podría tratar de fugarme al amparo de la oscuridad. Pero estoy tan cansado...

La misma nube la estaban observando dos buenas amigas suyas que se hallaban apostadas en el ruinoso foso situado al otro lado de la muralla de la ciudad. En efecto, Bagheera y Kaa, sabedoras de lo peligroso que es el Pueblo de los Monos cuando se reúne en gran número, no deseaban correr ningún riesgo. Los monos nunca luchan a no ser que sean cien contra uno, y pocos seres hay en la jungla a los que les haga gracia semejante desproporción.

—Me iré a la muralla del oeste —susurró Kaa— y bajaré a toda prisa aprovechando la inclinación del terreno. No se me echarán encima a centenares, pero...

—Lo sé —dijo Bagheera—. ¡Ojalá Baloo estuviera aquí! Pero hay que hacer lo que se pueda. Cuando la luna quede oculta por esa nube, me dirigiré a la terraza. Están celebrando una especie de consejo relacionado con el chico.

—¡Buena caza! —dijo Kaa sombríamente, deslizándose hacia la muralla del oeste.

Casualmente, esta era la menos ruinoso de las murallas, por lo que la corpulenta serpiente perdió cierto tiempo tratando de encontrar el modo de encaramarse a las piedras. La nube cubrió la luna y, mientras Mowgli se preguntaba qué iba a pasar, oyó las leves pisadas de Bagheera sobre la terraza. La Pantera Negra había subido corriendo por la pendiente, casi sin hacer ruido, y descargaba zarpazos (era demasiado



lista para perder tiempo mordiendo) a diestro y siniestro entre los monos que se hallaban sentados alrededor de Mowgli, formando círculos de hasta cincuenta o sesenta de fondo. Se oyó un alarido de rabia y terror y seguidamente, mientras Bagheera pasaba por encima de los cuerpos que se retorcían y pataleaban, un mono gritó:

—¡No hay más que uno! ¡Matadlo! ¡Matadlo!

Una masa de monos que mordían, arañaban, pegaban y empujaban cayó sobre Bagheera, al tiempo que otros cinco o seis apresaban a Mowgli, lo arrastraban hasta la pared de la glorieta y lo obligaban a entrar por el agujero de la destrozada cúpula. Un chico educado al modo de los humanos habría resultado terriblemente magullado, pues la caída fue de más de cuatro metros y medio, pero Mowgli llegó al suelo tal como Baloo le había enseñado: aterrizando sobre los pies.

—¡Quédate aquí! —gritaron los monos—. No te muevas hasta que hayamos matado a tus amigos. Ya jugaremos después contigo... si el Pueblo Venenoso permite que sigas vivo.

—Vosotras y yo somos de la misma sangre —se apresuró a decir Mowgli, pues era conveniente que recitase la Llamada de la Serpiente.

A su alrededor oyó silbar y moverse las serpientes entre las ruinas, de manera que, para asegurarse, repitió la llamada.

—¡Assí esss! ¡Ssilencio todasss! —dijeron media docena de voces bajas (todas las ruinas de la India se convierten antes o después en un nido de serpientes, y la vieja glorieta estaba llena de cobras)—. No te muevas, Hermanito, pues nos puedes hacer daño con los pies.

Mowgli se quedó tan quieto como pudo, atisbando por entre el enrejado y escuchando el furioso ruido de la pelea que se estaba librando alrededor de la Pantera Negra: los aullidos, el castañetear de colmillos, los golpes, el rugido grave y áspero de Bagheera al recular y embestir y arrojarse de cabeza debajo de los montones que formaban sus enemigos. Por primera vez desde su nacimiento, Bagheera estaba luchando por salvar la vida.

«Baloo debe de andar cerca. Bagheera no habría venido sola» —pensó Mowgli y seguidamente, en voz alta, gritó—: ¡Al depósito, Bagheera! ¡Rueda hasta el depósito! ¡Zambúllete en él! ¡Al agua! ¡Aprisa!

Bagheera le oyó y por el grito de Mowgli comprendió que el chico se hallaba a salvo y esto le dio nuevos ánimos. Se abrió paso desesperadamente, centímetro a centímetro, golpeando en silencio mientras se dirigía en línea recta hacia los depósitos. En estas, de la muralla en ruinas que más cerca quedaba de la jungla surgió

el retumbante grito de guerra de Baloo. El viejo oso había hecho todo lo posible, pero no había podido llegar antes.

—¡Bagheera! —gritó—. ¡Aquí estoy! ¡Ya subo! ¡Ya me doy prisa! Ahuwora! ¡Las patas me resbalan sobre las piedras! ¡Esperad que ahora vengo, infames Bandar-log!

Subió jadeando a la terraza y su figura desapareció entre una oleada de monos, pero, apoyándose firmemente sobre las patas traseras y abriendo los brazos, atrapó tantos enemigos como cabían en ellos y empezó a golpear con un ¡plaf! ¡plaf! ¡plaf! regular que recordaba el chapoteo de las ruedas de un vapor fluvial. Un fuerte chapoteo indicó a Mowgli que Bagheera había conseguido abrirse paso a zarpazos hasta el depósito, donde los monos no podían seguirla. La Pantera se tumbó para recobrar el aliento, con la cabeza sobresaliendo un poco de la superficie, mientras los monos se apelotonaban en los escalones rojos, brincando de rabia, dispuestos a saltar sobre ella desde todos los lados si se atrevía a salir para ayudar a Baloo. Fue entonces cuando Bagheera, levantando sus chorreantes fauces, lanzó la Llamada de la Serpiente, pidiendo protección: «¡Vosotras y yo somos de la misma sangre!», pues creía que Kaa se había vuelto atrás en el último minuto. Ni siquiera Baloo, que en el borde de la terraza se hallaba medio ahogado por un montón de monos, pudo reprimir una risita al oír que la Pantera Negra pedía socorro.

Kaa acababa de llegar a lo alto del muro occidental, sobre el que aterrizó con tal sacudida que una de las piedras se desprendió y fue a caer en el foso. No tenía la menor intención de perder ninguna de las ventajas del terreno, por lo que se enroscó y desenroscó una o dos veces, para asegurarse de que cada palmo de su alargado cuerpo se encontraba a punto. Mientras tanto, Baloo seguía luchando y los monos chillaban alrededor del depósito donde estaba Bagheera, al tiempo que Mang, el Murciélago, volaba de un lado a otro, dando noticias de la gran batalla por toda la jungla, hasta que incluso Hathi, el Elefante Salvaje, se puso a bramar, y a lo lejos, bandas dispersas del Pueblo de los Monos despertaron y empezaron a recorrer sus arbóreos caminos para acudir en auxilio de sus camaradas de los Cubiles Fríos, con lo que el estruendo de la lucha despertó a todos los pájaros diurnos que se hallaban en varias millas a la redonda. Entonces Kaa se lanzó al ataque, decidida, veloz y con ganas de matar. La mejor arma de la pitón consiste en los tremendos golpes que asesta con la cabeza, apoyada por toda la fuerza y el peso de su cuerpo. Si os podéis imaginar una lanza, un ariete o un martillo que pesen casi media tonelada y que se muevan a impulsos de un cerebro frío y calculador situado en su empuñadura, tendréis una idea bastante aproximada de cómo luchaba Kaa. Una pitón de metro y pico a metro y medio de largo es capaz de derribar a un hombre si logra golpearlo en el pecho y Kaa,

como sabéis, medía nueve metros. Su primer golpe cayó en el corazón del grupo que rodeaba a Baloo. Lo descargó sin decir nada y no tuvo ninguna necesidad de asestar otro. Los monos se dispersaron gritando:

—¡Kaa! ¡Es Kaa! ¡Corred! ¡Huyamos!

Generaciones y generaciones de monos habían aprendido a portarse bien gracias al miedo que sus mayores les daban contándoles historias sobre Kaa, la ladrona nocturna que se deslizaba por las ramas tan silenciosamente como el musgo al crecer y era capaz de llevarse al más fuerte de los monos. La vieja Kaa, que sabía hacerse pasar por una rama muerta o un tocón podrido, tan bien que hasta los más sabios caían en la trampa, hasta que de pronto la rama los aprisionaba. Kaa representaba todo cuanto los monos temían en la jungla, pues ninguno de ellos conocía el límite de su poder, ninguno podía mirarla cara a cara y jamás un mono había salido con vida de su abrazo. Por eso salieron corriendo, tartamudeando de terror, encaramándose a las paredes y los tejados de las casas y dando un momento de respiro a Baloo. Su pelo era mucho más espeso que el de Bagheera, pero salió muy maltrecho de la pelea. Entonces Kaa abrió la boca por primera vez y pronunció una larga y sibilante palabra. Los monos que a toda prisa acudían a la defensa de los Cubiles Fríos se pararon en seco al oír a Kaa, hasta que las ramas empezaron a crujir bajo el peso de los atemorizados monos. Los monos que se hallaban en los muros y en las casas abandonadas dejaron de chillar y en medio del silencio que cayó sobre la ciudad Mowgli oyó cómo Bagheera sacudía sus mojados flancos al salir del depósito. Luego el clamor estalló de nuevo. Los monos brincaron para subir aún más alto, se aferraron al cuello de los enormes ídolos de piedra y profirieron agudos alaridos mientras recorrían los muros. En la glorieta Mowgli bailaba de alegría al ver la huida de los simios y, atisbando por el enrejado, imitaba el grito de la lechuza para expresar su desdén y su burla.

—Sacad al cachorro de hombre de esa trampa. Yo ya no puedo más —dijo Bagheera con voz entrecortada—. Cojamos al cachorro de hombre y vayámonos de aquí. Puede que vuelvan a atacarnos.

—No se moverán hasta que yo lo ordene. ¡Quedaos assíí! —silbó Kaa, haciendo que la ciudad enmudeciera de nuevo—. No pude venir antes, hermana, pero creí oír tu llamada —añadió, dirigiéndose a Bagheera.

—Yo... puede que gritase durante la batalla —respondió Bagheera—. ¿Estás herido, Baloo?

—No estoy muy seguro de que no me hayan dejado convertido en un centenar de ositos —dijo Baloo con acento sombrío, agitando primero una pata y después la otra—

. ¡Caramba! ¡Estoy molido! Kaa, me parece que te debemos la vida..., quiero decir, Bagheera y yo.

—No tiene importancia. ¿Dónde está el cachorro humano?

—Aquí, en una trampa. No puedo salir de ella —dijo Mowgli.

Sobre su cabeza colgaba la curva de la cúpula semiderruida.

—Llévólo de aquí. Baila que parece Mao, el Pavo Real. Nos aplastará a los pequeños —dijeron las cobras desde dentro.

—¡Ja! —exclamó Kaa—. ¡Tiene amigos en todas partes, ese cachorro humano! Échate atrás, Cachorro de Hombre. Y vosotras escondeos, Pueblo de las Serpientes. Voy a derribar la pared.

Kaa examinó cuidadosamente la pared hasta que, en la tracería de mármol, advirtió una mancha descolorida que señalaba un punto débil. Dio dos o tres golpecitos con la cabeza para medir la distancia y luego, alzando sobre el suelo casi dos metros de su cuerpo, descargó con el hocico media docena de golpes devastadores. El enrejado se rompió y cayó entre una nube de polvo y cascotes. Mowgli saltó por la brecha y fue a parar entre Baloo y Bagheera, rodeando con sus brazos el grueso cuello de ambos.

—¿Estás herido? —preguntó Baloo, abrazándolo suavemente.

—Lo que estoy es hambriento y un poco magullado. Pero ¡qué veo! ¡Os han hecho daño, hermanos míos! Estáis sangrando.

—También sangran otros —dijo Bagheera, lamiéndose los labios y volviendo la mirada hacia los cadáveres de mono que yacían en la terraza y alrededor del depósito de agua.

—No es nada, no es nada. Lo importante es que estés a salvo, ¡orgullo de todas mis ranitas! —gimoteó Baloo.

—De eso ya hablaremos más tarde —dijo Bagheera con una sequedad que a Mowgli no le gustó—. Pero he aquí a Kaa, a la que debemos la victoria y tú debes la vida. Dale las gracias conforme a nuestras costumbres, Mowgli.

Mowgli se volvió y vio la enorme cabeza de la pitón balanceándose a poca distancia por encima de la suya.

—Conque este es Cachorro de Hombre —dijo Kaa—. Tiene la piel muy suave y se parece bastante a los Bandar-log. Ve con cuidado, Cachorro de Hombre, no fuera yo a confundirte con un mono algún atardecer, al poco de haber cambiado de manto.

—Tú y yo somos de la misma sangre —susurró Mowgli—. De ti recibo esta noche mi vida. Lo que cace será tuyo si alguna vez pasas hambre, Kaa.

—Muchas gracias, Hermanito —contestó Kaa con ojos centelleantes—. ¿Y qué es lo que matará tan osado cazador? Lo pregunto para poder seguirlo la próxima vez que salga de cacería.

—No mato nada... Soy demasiado pequeño. Pero hago que las cabras se dirijan hacia quien puede matarlas. Cuando tengas el estómago vacío, ven a verme y verás si lo que digo es verdad. Tengo cierta habilidad con estas. —Le mostró las manos—. Si alguna vez caes en una trampa, pagaré la deuda que he contraído contigo, con Bagheera y con Baloo. ¡Buena caza a todos, mis amos!

—Bien dicho —gruñó Baloo, pues Mowgli había expresado su agradecimiento de muy bonita manera.

La pitón apoyó suavemente la cabeza sobre el hombro de Mowgli y, al cabo de unos instantes, dijo:

—Tienes el corazón bravo y la lengua cortés. Te llevarán lejos a través de la jungla, Cachorro de Hombre. Pero, de momento, date prisa en alejarte de aquí con tus amigos. Vete a dormir, pues la luna empieza a ponerse y no conviene que veas lo que viene ahora.

La luna empezaba a ocultarse detrás de las colinas y las filas de monos temblorosos que se acurrucaban en lo alto de los muros y almenas parecían un fleco de trémulos hilachos. Baloo bajó a beber en el depósito, mientras Bagheera ponía en orden su pelo y Kaa reptaba hasta el centro de la terraza, donde cerró las fauces con un golpe seco que atrajo sobre ella la mirada de todos los monos.

—La luna se pone ya —dijo—. ¿Queda suficiente luz para ver?

De las murallas surgió un gemido como el del viento al soplar entre la copa de los árboles:

—Podemos ver, Kaa.

—Muy bien. Pues ahora empieza la Danza... la Danza del Hambre de Kaa. Seguid sentados y observad.

Dio dos o tres vueltas describiendo un amplio círculo y balanceando la cabeza de derecha a izquierda. Luego empezó a dibujar curvas y ochos con el cuerpo, así como triángulos sinuosos que se convertían en cuadrados y en figuras de cinco lados que a su vez se transformaban en montículos enroscados, sin descansar ni darse prisa, sin interrumpir en ningún instante su monótono sonsonete. La oscuridad iba enseñoreándose de todo hasta que por fin aquellas espirales que se arrastraban y movían sin cesar desaparecieron de vista, aunque los monos podían oír aún el ruido de las escamas frotando sobre el suelo.

Baloo y Bagheera parecían dos estatuas de piedra mientras contemplaban la escena gruñendo guturalmente y sintiendo cómo se les erizaba el pelo del cogote. Mowgli, a su vez, permanecía expectante, lleno de curiosidad.

—Bandar-log —se oyó decir por fin a la voz de Kaa—. ¿Podéis mover las manos o los pies sin que yo os lo ordene? ¡Hablad!

—¡Sin que tú lo ordenes, oh Kaa, no podemos mover las manos ni los pies!

—¡Muy bien! Dad todos un paso hacia mí.

Las hileras de monos se movieron hacia delante con gesto de impotencia, al tiempo que Baloo y Bagheera hacían lo propio.

—¡Más cerca! —silbó Kaa.

Los monos volvieron a avanzar un paso.

Mowgli apoyó las manos sobre Baloo y Bagheera para llevárselos de allí. Las dos corpulentas fieras se sobresaltaron como si acabasen de despertarlas de un sueño.

—No apartes la mano de mi espalda —susurró Bagheera—. No la apartes o tendré que volver... tendré que volver a donde está Kaa. ¡Aaah!

—Pero si se trata solo de la vieja Kaa trazando círculos en el polvo —dijo Mowgli—. Vayámonos de aquí.

Los tres se deslizaron a través de una brecha de la pared y se encaminaron hacia la jungla.

—¡Uuuf! —exclamó Baloo al encontrarse de nuevo bajo los tranquilos árboles—. Nunca más me aliaré con Kaa —agregó, estremeciéndose de pies a cabeza.

—Sabe más que nosotros —dijo Bagheera, temblando—. De habernos quedado, no habría tardado en pisotearle la garganta.

—Muchos pasarán por ella antes de que vuelva a salir la luna —dijo Baloo—. Tendrá buena caza... ¡a su manera!

—Pero ¿qué quería decir todo aquello? —preguntó Mowgli, que no sabía nada acerca del poder de fascinación de las pitones—. No vi más que una serpiente grande describiendo círculos tontos hasta que se hizo oscuro. Y tenía la nariz lastimada. ¡Jo, jo!

—Mowgli —dijo Bagheera con acento de enfado—. Si tenía la nariz lastimada era por tu causa. Igual que yo tengo las orejas, los costados y las patas llenos de mordiscos y Baloo tiene así el cuello y los hombros. Todo ha sido por tu causa. Pasarán muchos días antes de que Baloo y Bagheera puedan cazar a gusto.

—No es nada —dijo Baloo—. Hemos recuperado a Cachorro de Hombre.

—Cierto, pero nos ha costado mucho tiempo, que habríamos podido emplear cazando, muchas heridas y mucho pelo... Tengo casi todo el lomo pelado. Y, finalmente, nos ha costado mucho honor. Pues debes recordar, Mowgli, que yo, la

Pantera Negra, me vi obligada a pedir protección a Kaa, mientras Baloo y yo quedábamos como un par de pajarillos estúpidos por culpa de la Danza del Hambre. Todo esto, Cachorro de Hombre, viene de que te pusieras a jugar con los Bandar-log.

—Cierto, es verdad —dijo Mowgli con voz apenada—. Soy un cachorro humano muy malo y siento tristeza en el estómago.

—¡Uf! ¿Qué dice la Ley de la Jungla, Baloo?

Baloo no deseaba causarle más apuros a Mowgli, pero no podía jugar con la ley, así que musitó:

—El arrepentimiento jamás exime del castigo. Pero recuerda, Bagheera, que es muy pequeño.

—Lo tendré en cuenta. Pero ha hecho una diablura y se merece una zurra. ¿Tienes algo que decir, Mowgli?

—Nada. Hice mal. Baloo y tú estáis heridos. Es justo que se me castigue.

Bagheera le propinó media docena de golpes cariñosos que, desde el punto de vista de una pantera, apenas habrían despertado a uno de sus cachorros, pero que, para un niño de siete años, fueron tan fuertes como la mayor paliza que no queráis recibir. Al terminar, Mowgli estornudó y recobró la compostura sin decir palabra.

—Ahora —dijo Bagheera— salta sobre mi lomo, Hermanito, y nos iremos a casa.

Una de las cosas bellas de la Ley de la Jungla estriba en que el castigo salda todas las cuentas. Después, ya no se vuelve a hablar del asunto.

Mowgli recostó la cabeza sobre el lomo de Bagheera y se durmió tan profundamente que ni notó que lo acostaban junto a Madre Loba en la cueva que era su hogar.

### Canción de viaje de los Bandar-log

¡Ahí vamos cual guirnalda saltarina,  
a punto de alcanzar la luna!  
¿No envidiáis nuestras alegres pandillas?  
¿No quisierais tener más manos?  
¿No os gustaría tener la cola  
curva cual arco de Cupido?  
Ahora te enfadas, pero... ¡qué más da!  
¡Hermano, por detrás te cuelga la cola!

Henos aquí sentados en las ramas,  
pensando en las cosas bellas que conocemos,  
soñando las hazañas que haremos  
dentro de uno o dos minutos.  
Algo noble, grandioso y bueno,  
ganado con solo desearlo.  
Ahora vamos a... ¡qué más da!  
¡Hermano, por detrás te cuelga la cola!

Todas las palabras que hayamos oído  
en boca de murciélago, fiera o pájaro,  
piel, aleta, escama o pluma,  
¡repiteámoslas todos a una!  
¡Excelente! ¡Maravilloso! ¡Otra vez!  
Ahora hablamos como los hombres.  
Finjamos que somos... ¡qué más da!  
¡Hermano, por detrás te cuelga la cola!

Así somos los de la especie de los monos.

Únete, pues, a las líneas saltarinas que atraviesan los pinos,  
y cual cohete suben adonde las uvas silvestres cuelgan.  
Por los desperdicios que dejamos y el ruido que armamos,  
¡estad seguros de que vamos a hacer algo espléndido!



## ¡EL TIGRE! ¡EL TIGRE!

¿Qué tal la cacería, valiente cazador?

Hermano, larga y fría fue la espera.

¿Qué tal la presa que a matar fuiste?

Hermano, en la jungla está todavía.

¿Dónde está el poder que era tu orgullo?

Hermano, por la herida se me escapa.

¿Adónde vas con tanta prisa?

Hermano, a mi guarida... ¡a morir!

Ahora tenemos que regresar al primer cuento. Cuando Mowgli abandonó la cueva del lobo tras luchar con la Manada en la Roca del Consejo, bajó a los labrantíos donde vivían los campesinos, pero no quería quedarse allí, pues la jungla estaba demasiado cerca y sabía que, en el Consejo, se había creado por lo menos un enemigo encarnizado. Así que se dio prisa, sin apartarse del tosco camino que cruzaba el valle, recorriéndolo a buen paso durante casi veinte millas, hasta llegar a un país que le era desconocido. El valle se abría ante una extensa llanura sembrada de rocas y cortada por barrancos. En un extremo se alzaba un pueblecito y en el otro la espesa jungla bajaba hasta el borde mismo de los pastizales, deteniéndose allí como si la hubiesen cortado con un azadón. Por toda la llanura pacían las reses y los búfalos, y los pastorcillos que cuidaban los rebaños veían a Mowgli, gritaban y salían corriendo, mientras los perros famélicos y amarillos que merodean alrededor de todos los poblados de la India se ponían a ladrar. Mowgli siguió su camino, pues tenía hambre, y, al llegar a la entrada del poblado, vio que la frondosa mata de espinos que al anochecer colocan ante la entrada estaba ahora apartada a un lado.

—¡Hum! —exclamó, pues había saltado más de una barricada como aquella durante sus correrías nocturnas en busca de comida—. Así que también aquí los hombres temen al Pueblo de la Jungla.

Se sentó al lado de la entrada y, cuando salió un hombre, se levantó, abrió la boca y con una mano señaló la garganta para indicar que quería comida. El hombre lo miró

fijamente y echó a correr por la única calle del poblado, reclamando a gritos la presencia del sacerdote. Este era un hombre muy gordo que iba vestido de blanco y ostentaba una señal roja y amarilla en la frente. El sacerdote se dirigió a la entrada, seguido por un centenar de personas por lo menos, que miraban con curiosidad, hablaban, gritaban y señalaban a Mowgli.

—No tienen modales, estos hombres —se dijo Mowgli—. Solo el mono gris se comportaría de ese modo.

Se apartó el largo pelo del rostro y miró a la multitud con expresión ceñuda.

—¿De qué tenéis miedo? —preguntó el sacerdote—. Mirad las señales que tiene en los brazos y las piernas. Son mordeduras de lobo. No es más que un niño lobo que se ha escapado de la jungla.

Desde luego, al jugar con ellos, los cachorros a menudo habían mordido a Mowgli con más fuerza de lo que querían, por lo que tenía los brazos y las piernas cubiertos de cicatrices blancas. Pero era la última persona del mundo que habría dicho que aquello eran mordeduras, pues sabía cómo eran los mordiscos de verdad.

—¡Arré! ¡Arré! —dijeron a la vez dos o tres mujeres—. ¡Lo han mordido los lobos! ¡Pobre pequeño! Es un niño muy guapo. Tiene los ojos como el fuego encendido. Por mi honor, Messua, que se parece bastante al chico que se llevó el tigre.

—Déjame verlo —dijo una mujer que lucía gruesas anillas de cobre en las muñecas y los tobillos, mirando a Mowgli mientras se protegía los ojos con la palma de la mano—. En verdad que se parece. Está más delgado, pero tiene la misma expresión de mi chico.

El sacerdote era hombre inteligente y sabía que Messua era la esposa del más rico de los habitantes del poblado. De manera que alzó los ojos y, tras contemplar el cielo durante un minuto, dijo solemnemente:

—Lo que la jungla se llevó, la jungla nos ha devuelto. Llévate el niño a tu casa, hermana, y no te olvides de honrar al sacerdote que tan lejos ve en la vida de los hombres.

«¡Por el buey con que me compraron! —dijo Mowgli para sí—. ¡Tanta palabrería resulta como una nueva inspección a cargo de la Manada! Bueno, si hombre soy, en hombre debo convertirme.»

La multitud se apartó para dejar sitio a la mujer, que por señas indicó a Mowgli que la siguiera hasta su choza, en la que había una cama laqueada de color rojo, un gran recipiente de tierra con dibujos en relieve que servía para guardar el grano, media docena de cacharros de cobre, la imagen de un dios hindú en una pequeña hornacina

y, colgado en la pared, un espejo de verdad, igual que los que se venden en las ferias rurales.

Le sirvió un buen trago de leche y un poco de pan. Luego apoyó la mano en la cabeza del chico y le miró a los ojos, pues pensaba que tal vez fuese su verdadero hijo, que acababa de regresar de la jungla adonde el tigre se lo había llevado.

—¡Nathoo, oh Nathoo! —dijo la mujer.

Mowgli no dio a entender que el nombre le resultara conocido.

—¿No te acuerdas del día en que te di los zapatos nuevos?

La mujer tocó los pies del muchacho, que estaban duros como si estuvieran hechos de asta.

—No —dijo la mujer con tristeza—, estos pies nunca han llevado zapatos. Pero te pareces mucho a mi Nathoo, así que serás mi hijo.

Mowgli se sentía incómodo, ya que jamás había estado bajo un techo. Sin embargo, al mirar la puerta vio que podría echarla abajo en cualquier momento si quería escapar. Observó también que la ventana estaba desprovista de pestillo o cosas parecidas.

«¿De qué sirve un hombre —dijo para sí finalmente— si no es capaz de entender lo que dicen los hombres? Ahora soy tan tonto y zoquete como lo sería un hombre estando con nosotros en la jungla. Debo aprender a hablar igual que ellos.»

No había sido por diversión que, mientras se hallaba con los lobos, en la jungla, había aprendido a imitar el grito de los gamos o los gruñidos de los cerditos salvajes. Así, pues, en cuanto Messua pronunciaba una palabra, Mowgli la imitaba casi a la perfección y antes de que cayera la noche ya había aprendido el nombre de muchas de las cosas que había en la choza.

A la hora de acostarse se presentó un contratiempo, ya que Mowgli no quería dormir en algo que, como sucedía con la choza, se pareciese tanto a una trampa para cazar panteras y se escapó por la ventana en cuanto cerraron la puerta.

—Deja que se salga con la suya —dijo el marido de Messua—. No olvides que con toda seguridad jamás habrá dormido en una cama. Si en verdad ha venido a ocupar el sitio de nuestro hijo, no se fugará.

Así que Mowgli se tumbó en la hierba larga y limpia que crecía al borde del campo; pero antes de que hubiese cerrado los ojos, un hocico suave y gris se puso a hurgarle el mentón.

—¡Uf! —exclamó Hermano Gris (el mayor de los cachorros de Madre Loba)—. Mala recompensa es esta por haberte seguido veinte millas. Hueles a humo de leña y a ganado... como si ya fueras un hombre. Despierta, Hermanito, que te traigo noticias.

—¿Están todos bien en la jungla? —preguntó Mowgli, abrazándolo.

—Todos menos los lobos que se quemaron en la Flor Roja. Ahora escucha. Shere Khan se ha ido muy lejos, a cazar, y no volverá hasta que le crezca de nuevo el pelo. Salió muy chamuscado. Ha jurado que, cuando vuelva, dejará tus huesos en el Waingunga.

—No es el único que ha jurado algo. También yo he hecho una pequeña promesa. Pero siempre es bueno recibir noticias. Esta noche me siento cansado, muy cansado a causa de tantas novedades, Hermano Gris..., pero ven siempre que quieras a traerme noticias.

—¿No te olvidarás de que eres un lobo? ¿Los hombres no te lo harán olvidar? — preguntó ansiosamente Hermano Gris.

—Nunca. Siempre recordaré que te quiero a ti y a todos los que están en nuestra cueva, pero también me acordaré siempre de que he sido expulsado de la Manada.

—Y puede que te expulsen de otra manada también. Los hombres no son más que hombres, Hermanito, y lo que dicen es igual que las palabras de las ranas del estanque. Cuando vuelva a bajar a verte, esperaré escondido entre los bambúes que hay en el borde de los pastizales.

Durante los tres meses que siguieron a aquella noche raramente salió Mowgli del recinto del poblado, pues estaba ocupadísimo aprendiendo los usos y costumbres de los hombres. Primero tuvo que aprender a llevar el cuerpo envuelto en ropas, cosa que le molestaba horriblemente. Luego tuvo que aprender qué era el dinero, y se quedó sin comprender nada de nada, y, finalmente, tuvo que aprender cosas sobre la labranza, cuya utilidad no alcanzaba a ver. Entonces los niños del poblado lo hicieron enfadar mucho. Por suerte, la Ley de la Jungla le había enseñado a dominarse, ya que en la jungla la vida y el alimento dependen de que uno no se encolerice. Pero cuando se burlaron de él porque no quería participar en sus juegos ni acompañarlos a elevar cometas, o porque pronunciaba mal alguna palabra, lo único que evitó que cogiese a los críos y los partiese en dos fue el hecho de saber que no era jugar limpio matar cachorritos desnudos.

No tenía la menor idea de su propia fuerza. Cuando vivía en la jungla se sabía débil en comparación con las fieras, pero la gente del poblado decía de él que era fuerte como un toro.

Mowgli no tenía ni asomo de sospecha de las diferencias que las castas imponían entre un hombre y sus semejantes. Cuando el burro del alfarero resbaló en el gredal, Mowgli lo sacó de allí tirándole de la cola y luego ayudó a cargarlo con los cacharros que debía transportar hasta el mercado de Khanhiwara. El hecho produjo gran escándalo, ya que el alfarero pertenece a la casta inferior y su burro es todavía peor.

Cuando el sacerdote lo regañó, Mowgli amenazó con cargarlo también a él en el burro. Entonces el sacerdote le dijo al marido de Messua que convenía poner a Mowgli a trabajar cuanto antes. El jefe del poblado le dijo a Mowgli que al día siguiente tendría que salir con los búfalos y cuidarlos mientras pacían. Nadie se sintió más complacido que Mowgli y aquella noche, por haber sido nombrado servidor del poblado, por decirlo así, se acercó a un círculo que cada noche se reunía en una plataforma de ladrillos construida debajo de una gran higuera. Se trataba del club del poblado y a él acudían, para hablar y fumar, el jefe, el vigilante, el barbero (que estaba al corriente de todos los chismorreos del poblado) y el viejo Buldeo, que era el cazador del lugar y poseía un viejo mosquete. Los monos se sentaban a conversar en las ramas superiores, mientras que debajo de la plataforma había un agujero donde vivía una cobra, a la que cada noche se servía un platito de leche, ya que era sagrada. Los ancianos se sentaban alrededor del árbol, hablando y chupando sus largas hookahs (pipas) hasta bien entrada la noche. Contaban prodigiosas historias de dioses, hombres y fantasmas y Buldeo contaba cosas aún más portentosas sobre las costumbres de las fieras de la jungla, hasta que a los niños que se sentaban fuera del círculo los ojos se les salían de las órbitas a causa del asombro. La mayor parte de las narraciones tenían que ver con animales, pues la jungla la tenían siempre a la puerta de sus casas. Los ciervos y los cerdos salvajes se les comían las cosechas y de vez en cuando, al caer la noche, algún tigre se llevaba un hombre a corta distancia de la entrada del poblado.

Mowgli, que, naturalmente, algo sabía acerca de lo que hablaban, tenía que taparse la cara para que no lo vieran reír, mientras Buldeo, con el viejo mosquete sobre las rodillas, pasaba de una historia maravillosa a otra, haciendo que los hombros de Mowgli se agitasen convulsivamente a causa de la risa.

Buldeo estaba explicando que el tigre que se había llevado al hijo de Messua era un tigre fantasmal, en cuyo cuerpo habitaba el fantasma de un viejo y malvado prestamista fallecido unos años antes.

—Y sé que es así —dijo— porque Purun Dass siempre cojeó a causa del golpe que recibió en una trifulca, cuando le quemaron los libros de cuentas, y el tigre del que os hablo cojea también, pues las huellas de sus patas son desiguales.

—Cierto, cierto. Eso tiene que ser verdad —dijeron los hombres de barbas grises, asintiendo todos con la cabeza.

—¿Son todos tus cuentos patrañas y sandeces como este? —preguntó Mowgli—. Ese tigre cojea porque nació cojo, como sabe todo el mundo. Hablar de que el alma de un prestamista se aloja en una fiera que jamás tuvo el coraje de un chacal siquiera no es más que una paparrucha de críos.

Durante unos instantes Buldeo se quedó mudo de sorpresa, al tiempo que el jefe del poblado miraba fijamente a Mowgli.

—¡Ajá! Conque eres el hijo de la jungla, ¿eh? —dijo Buldeo—. Si tan sabio eres, mejor harías llevando su pellejo a Khanhiwara, pues el gobierno ofrece cien rupias por su vida. Y mejor harías no abriendo la boca cuando hablan los mayores.

Mowgli se levantó para irse.

—He estado aquí tendido, escuchando lo que decís, toda la velada —dijo por encima del hombro— y, salvando una o dos excepciones, Buldeo no ha dicho una sola palabra cierta acerca de la jungla, y eso que la tiene a la puerta de su casa. Siendo así, ¿cómo voy a creerme esas historias de fantasmas, dioses y duendecillos que dice haber visto?

—Ya va siendo hora de que ese chico se ocupe del ganado —dijo el jefe, al mismo tiempo que Buldeo daba una chupada a la pipa y resoplaba ante la impertinencia de Mowgli.

En la mayor parte de los poblados indios se sigue la costumbre de que, a primera hora de la mañana, unos cuantos chicos llevan las reses y los búfalos a apacentar, regresando luego con ellos al amanecer. Y el mismo ganado que aplastaría a un hombre blanco hasta matarlo se deja pegar y maltratar y gritar por unos críos que apenas le llegan al hocico. Mientras estén con el rebaño, los chicos no corren peligro, pues ni siquiera el tigre se atreve a saltar sobre un rebaño de bueyes. Pero si se apartan para coger flores o cazar lagartos, a veces se los lleva alguna fiera. Al amanecer, Mowgli cruzó la calle del poblado sentado en el lomo de Rama, el gran buey del rebaño, y los búfalos de piel azulada como la pizarra, con sus largos cuernos doblados hacia atrás y sus ojos salvajes, fueron saliendo de sus corrales, uno a uno, y siguiéndolo. Mowgli dejó bien sentado ante los niños que iban con él que era él el que mandaba allí. Golpeaba a los búfalos con una larga caña de bambú y le dijo a Kamyá, uno de los críos, que se encargasen ellos de apacentar a las reses, mientras él seguía su camino con los búfalos. Le dijo también que tuvieran mucho cuidado en no alejarse del rebaño.

Los pastizales de la India son todo rocas, arbustos, matorrales y pequeñas hondonadas entre las cuales el rebaño se dispersa y desaparece. Los búfalos, por lo general, se quedan en los estanques y en los sitios donde hay fango, pues les gusta pasarse horas enteras revolcándose en el cálido fango o tomando el sol. Mowgli los condujo hasta el borde de la llanura, allí donde el río Waingunga salía de la jungla. Al llegar, bajó de lomos de Rama, se acercó a un bosquecillo de bambúes y se reunió con Hermano Gris.

—¡Ah! —dijo este—. Llevo muchos días esperándote aquí. ¿Por qué estás apacentando el ganado?

—Porque me lo han ordenado —respondió Mowgli—. De momento soy el pastor del poblado. ¿Qué noticias hay de Shere Khan?

—Ha regresado a esta región y se ha pasado mucho tiempo aquí, esperándote. Ahora vuelve a estar ausente, ya que la caza es escasa. Pero se propone matarte.

—Muy bien —dijo Mowgli—. Mientras él esté fuera, tú o uno de tus cuatro hermanos os sentáis en esa roca, para que pueda veros al salir del poblado. Cuando vuelva, me esperáis en el barranco, junto al dhák, en el centro de la llanura. No nos hace ninguna falta meternos en las fauces de Shere Khan.

Seguidamente, Mowgli buscó un lugar sombreado y se tumbó a dormir mientras los búfalos pacían a su alrededor. El pastoreo en la India es una de las actividades más perezosas que hay en el mundo. El ganado camina y mastica, ora tumbándose, ora levantándose y caminando un poco más, sin mugir siquiera. Se limitan a lanzar algún que otro gruñido. Los búfalos, por su parte, raras veces dicen algo. Se limitan a meterse en las charcas fangosas y a hundirse en el barro hasta que sobre la superficie solo se ven sus hocicos y sus ojos, que parecen de porcelana azul. Así se quedan, quietos como troncos. El sol hace que las rocas dancen en medio del calor. Los niños pastores oyen silbar algún milano (nunca más de uno) en las alturas, tan lejano que apenas se ve, y saben que si se muriesen, o se muriera una vaca, el milano bajaría y otro milano, a varias millas de distancia, lo vería bajar y lo seguiría, y lo mismo haría otro y otro y casi antes de que hubieran muerto habría una veintena de milanos hambrientos salidos de la nada. Luego se duermen, despiertan, vuelven a dormirse y tejen cestitos con hierba seca para meter saltamontes en ellos, o cogen un par de mantis religiosas y las hacen luchar, o se hacen un collar de nueces silvestres blancas y rojas, o se ponen a contemplar un lagarto que toma el sol sobre una roca o una serpiente que persigue a una rana por el barro. Después cantan largas canciones que terminan con curiosos trémolos y el día parece más largo que la vida de la mayoría de la gente y puede que hasta construyan un castillo de barro, con figuras de hombres, caballos y búfalos hechas también de barro y colocan cañas en las manos de los hombres y se figuran que ellos son reyes y las figuras sus ejércitos, o bien que ellos son dioses a los que hay que rendir culto. Luego cae la noche, los chicos llaman y los búfalos salen pesadamente del barro pegajoso, haciendo un ruido que parecen cañonazos uno detrás de otro, y todos juntos cruzan la llanura gris hacia el poblado, cuyas luces titilan a lo lejos.

Día tras día sacaba Mowgli a los búfalos para llevarlos a las charcas fangosas, y día tras día veía el lomo de Hermano Gris a milla y media de distancia, en el otro lado de la llanura (sabiendo así que Shere Khan aún no había regresado) y día tras día se tumbaba en la hierba y escuchaba los ruidos que lo rodeaban y soñaba con los viejos tiempos en la jungla. Si, a causa de su cojera, Shere Khan hubiese dado un paso en falso en las junglas cercanas al Waingunga, Mowgli habría oído el ruido en la quietud de aquellas largas mañanas.

Por fin vino un día en el que no vio a Hermano Gris en el lugar convenido. Mowgli se echó a reír y llevó los búfalos hacia el barranco que había junto al dhâk, que se hallaba completamente cubierto de flores rojas y doradas. Allí le esperaba sentado Hermano Gris, de punta todos los pelos de su lomo.

—Se ha pasado un mes escondido para pillarte por sorpresa. Anoche cruzó los pastos con Tabaqui, siguiendo tu rastro —dijo el lobo, jadeando.

Mowgli frunció el ceño.

—No me da miedo Shere Khan, pero Tabaqui es muy astuto.

—No temas —dijo Hermano Gris, lamiéndose los labios—. Me crucé con Tabaqui al amanecer. Ahora está trasmitiendo toda su sabiduría a los milanos, pero me lo contó todo a mí antes de que le rompiera el lomo. El plan de Shere Khan consiste en acechar tu llegada junto a la entrada del poblado esta noche. Acechará tu llegada solamente. Ahora se encuentra en el gran barranco seco del Waingunga.

—¿Ha comido ya hoy o va de caza con el estómago vacío? —preguntó Mowgli, sabiendo que de la respuesta dependía su vida o su muerte.

—Mató un cerdo al amanecer y también ha bebido. Recuerda que Shere Khan nunca supo guardar ayuno, ni siquiera en bien de la venganza.

—¡Oh! ¡Qué estúpido, qué estúpido! ¡Qué cachorro es! Ha comido y bebido y se cree que voy a esperar hasta que haya dormido. Vamos a ver, ¿dónde has dicho que estaba? Si fuésemos diez, podríamos atraparlo mientras duerme. Estos búfalos no cargarán a menos que lo olfateen y yo no sé hablar su lengua. ¿No podemos colocarnos tras su rastro para que lo olfateen?

—Recorrió un largo trecho nadando en el Waingunga, para no dejar rastro —dijo Hermano Gris.

—Seguro que Tabaqui le dijo que lo hiciera. A él nunca se le habría ocurrido.

Mowgli se quedó pensativo, chupándose un dedo.

—El gran barranco del Waingunga..., ese que da a la llanura a menos de media milla de aquí. Podría dar un rodeo a través de la jungla con el ganado, llegar al extremo del



barranco y descender desde allí. Pero él se escabulliría por el otro extremo. Debemos bloquearlo. ¿Puedes dividirme el rebaño en dos, Hermano Gris?

—Puede que yo no, pero me he traído un valioso ayudante.

Hermano Gris se alejó trotando y se metió en un agujero, del que a los pocos instantes surgió una cabeza grande y gris que Mowgli conocía bien. El aire cálido se llenó del más desolado de los gritos de toda la jungla: el aullido de caza de un lobo al mediodía.

—¡Akela! ¡Akela! —exclamó Mowgli, batiendo palmas—. ¿Cómo no se me ocurrió pensar que no te olvidarías de mí? Tenemos mucho trabajo que hacer. Divide el rebaño en dos grupos, Akela: las vacas y los becerros en uno y los bueyes y búfalos de labranza en otro.

Los dos lobos empezaron a correr entrando y saliendo del rebaño, cuyos componentes, resoplando y piafando, se separaron en dos grupos. En uno se hallaban las hembras, con los becerros en medio del grupo. Lanzaban miradas asesinas hacia los lobos y los habrían aplastado de haber permanecido ellos suficiente tiempo en un mismo lugar. En el otro estaban los bueyes, que piafaban y resoplaban también. Aunque su aspecto era más impresionante, resultaban menos peligrosos, ya que no tenían que proteger a ningún becerro. Seis hombres juntos no habrían podido dividir el rebaño tan limpiamente.

—¿Cuáles son las órdenes? —preguntó Akela entre jadeos—. Si nos descuidamos, volverán a juntarse.

Mowgli se subió al lomo de Rama.

—Llévate los bueyes a la izquierda, Akela. Y tú, Hermano Gris, encárgate de que las vacas sigan juntas cuando nos hayamos ido y llévalas hasta el pie del barranco.

—¿Debo adentrarme mucho? —preguntó Hermano Gris con la respiración entrecortada.

—Hasta que las paredes del barranco sean más altas de lo que Shere Khan es capaz de saltar —dijo Mowgli—. Os quedaréis allí hasta que nosotros bajemos.

Los bueyes se pusieron en camino al oír un ladrido de Akela. Hermano Gris se detuvo ante las vacas, que cargaron contra él. Hermano Gris echó a correr delante de las vacas hasta llegar al pie del barranco, al tiempo que Akela se alejaba con los bueyes por la izquierda.

—¡Bien hecho! Otra carga y las tendremos a punto. Ahora con cuidado, Akela, con cuidado. Un mordisco de más y los bueyes te atacarán. Huyah! Esto es más difícil que conducir un rebaño de gamos negros. ¿A que no te imaginabas que estos animales se movieran con tanta agilidad? —dijo Mowgli.

—Los... los cazaba también cuando era joven —dijo Akela, jadeando en medio de una nube de polvo—. ¿Los desvío hacia la jungla!

—¡Sí, hazlo! ¡Date prisa! ¡Desvíalos! Rama está furioso. ¡Ojalá pudiera decirle lo que necesito que haga hoy!

Esta vez los bueyes torcieron a la derecha y se metieron en la espesura, aplastando cuanto hallaban a su paso. Los demás pastorcillos, que observaban la escena desde media milla, echaron a correr hacia el poblado tan aprisa como sus piernas les permitían, gritando que los búfalos habían huido enloquecidos.

El plan de Mowgli, sin embargo, era de lo más sencillo. Lo único que quería era dar un amplio rodeo cuesta arriba, para llegar a lo alto del barranco y luego bajar por él con los búfalos, atrapando a Shere Khan entre ellos y las vacas, pues sabía que, después de comer y beber en abundancia, Shere Khan no estaría en condiciones de luchar o de trepar por las paredes del barranco. Mowgli se encontraba ahora aplacando a los animales con palabras, mientras Akela, que se había quedado a la zaga, solo aullaba de vez en cuando para dar prisa a los búfalos que marchaban a retaguardia. Dieron un rodeo muy, muy amplio, ya que no querían acercarse demasiado al barranco y avisar a Shere Khan de su presencia. Por fin Mowgli reunió al desconcertado rebaño en lo alto del barranco, en una pendiente cubierta de hierba que más abajo se confundía con el barranco propiamente dicho. Desde aquella altura se divisaba la llanura por encima de la copa de los árboles, pero lo que miraba Mowgli eran las paredes del barranco. Se sintió muy satisfecho al observar que eran casi verticales y que las parras y plantas trepadoras que crecían en lo alto no ofrecían ningún apoyo a un tigre que quisiera salir de allí.

—Dales un respiro, Akela —dijo, alzando la mano—. Todavía no han olfateado al tigre. Déjalos descansar. Debo decirle a Shere Khan que hemos venido a por él. Lo tenemos atrapado.

Acercó las manos a la boca, gritó hacia el barranco (fue como gritar en un túnel) y el eco hizo que sus palabras rebotasen de roca en roca.

Transcurrió un largo rato antes de que el eco le devolviera el rugido perezoso y soñoliento de un tigre que acababa de despertar en plena digestión.

—¿Quién llama? —dijo Shere Khan, al tiempo que un espléndido pavo real remontaba el vuelo por encima del barranco, llenando el aire con sus chillidos.

—Yo, Mowgli. ¡Es hora de acudir a la Roca del Consejo, robavacas! ¡Hazlos bajar, Akela! ¡Rápido! ¡Abajo, Rama, abajo!

El rebaño se detuvo unos segundos al borde de la pendiente, pero Akela soltó un aullido de caza en toda regla y los animales empezaron a descender uno tras otro,

igual que un vapor navegando velozmente por los rápidos de un río, levantando arena y piedras con las patas. Una vez puestos en marcha, no había ni que pensar en detenerlos. Antes de que llegasen al lecho del barranco, Rama, olfateando la proximidad de Shere Khan, se puso a mugir.

—¡Ja, ja! —exclamó Mowgli, que iba montado en Rama—. ¡Ahora ya sabes lo que quiero!

El torrente de cuernos negros, hocicos llenos de espuma y ojos de mirar enfurecido, descendió por el barranco como guijarros en época de inundaciones. Los búfalos más débiles se veían empujados a un lado de la pendiente, donde se abrían paso entre las plantas trepadoras. Sabían qué era lo que tenían delante: la terrible carga de un rebaño de búfalos, cuya acometida ningún tigre puede aguantar. Shere Khan oyó el tronar de sus patas, se levantó y empezó a descender trabajosamente por el barranco, mirando a diestro y siniestro en busca de alguna escapatoria. Pero las paredes del barranco eran rectas y tuvo que seguir adelante, entorpecido por lo mucho que había comido y bebido, deseando hacer lo que fuera menos luchar. El rebaño cruzó con gran chapoteo el estanque que el tigre acababa de abandonar, atronando el angosto pasaje con sus bramidos. Mowgli oyó un mugido que contestaba desde el pie del barranco y vio que Shere Khan se volvía (el tigre sabía que, en el peor de los casos, era mejor enfrentarse a los bueyes que a las vacas con sus becerros). Justo en aquel momento Rama dio un traspié, se tambaleó y de nuevo siguió avanzando sobre algo blando y, con los bueyes pisándole los talones, chocó de lleno contra el otro rebaño, al tiempo que los búfalos más débiles se veían alzados en el aire por la violencia del choque. La carga llevó a los dos rebaños hasta la llanura, dando cornadas, piafando y resoplando. Mowgli aguardó el momento oportuno y entonces saltó de lomos de Rama y con un bastón empezó a repartir garrotazos a derecha e izquierda.

—¡Rápido, Akela! Dispersadlos o empezarán a luchar entre ellos. Llévatelos, Akela. ¡Eh, Rama! ¡Eh, eh, eh, hijos míos! ¡Con cuidado, con cuidado! Ya ha terminado todo.

Akela y Hermano Gris corrían de un lado a otro mordisqueando las patas de los búfalos y, aunque el rebaño torció de nuevo para cargar cuesta arriba, Mowgli consiguió que Rama diera media vuelta y los demás lo siguieran hasta meterse en los charcos.

Shere Khan no necesitaba que siguieran pisoteándolo. Estaba muerto y ya los milanos venían por él.

—Hermanos, esa ha sido una muerte de perro —dijo Mowgli, buscando el cuchillo que llevaba siempre en una vaina colgada del cuello desde que vivía entre los hombres—. Pero nunca habría plantado cara para luchar. Su pellejo será un buen

adorno para la Roca del Consejo. Hay que poner manos a la obra sin perder un minuto.

A un chico educado entre los hombres ni en sueños se le habría ocurrido despellejar él solo un tigre de tres metros, pero Mowgli conocía mejor que nadie de qué modo los animales llevan ajustada la piel y qué hay que hacer para quitársela. Con todo, la tarea era ardua y Mowgli se pasó una hora cortando, rasgando y gruñendo, mientras los lobos lo contemplaban con la lengua fuera o se acercaban a ayudarlo cuando él se lo ordenaba.

Al cabo de un rato, sintió que una mano se posaba en su hombro y, al alzar los ojos, vio a Buldeo con su viejo mosquete. Los niños habían avisado a los del poblado de la estampida de los búfalos y Buldeo había salido hecho una furia, ansiando regañar a Mowgli por no haber cuidado mejor del rebaño. Los lobos se esfumaron en cuanto vieron acercarse al hombre.

—¿Qué tontería es esta? —dijo Buldeo ásperamente—. ¡Creerte capaz de despellejar un tigre! ¿Dónde lo han matado los búfalos? Veo que es el Tigre Cojo, por cuya cabeza ofrecen cien rupias. Vaya, vaya, por esta vez olvidaremos que dejaste que el rebaño se te escapara y puede que hasta te dé una rupia de recompensa cuando haya llevado el pellejo a Khanhiwara.

Palpó la faja que le ceñía la cintura buscando eslabón y pedernal. Luego se agachó para chamuscar los bigotes de Shere Khan. La mayoría de los cazadores nativos chamuscan los bigotes de un tigre para evitar que su fantasma los persiga.

—¡Hum! —dijo Mowgli más bien para sí, mientras arrancaba la piel de una de las patas delanteras—. ¿Conque llevarás el pellejo a Khanhiwara para cobrar la recompensa y puede que a mí me des una rupia? Pues resulta que necesito el pellejo para mí. ¡Eh, viejo, aparta ese fuego!

—¿Qué forma de hablar al principal cazador del poblado es esa? La suerte y la estupidez de tus búfalos te han ayudado a cobrar esta pieza. El tigre acababa de comer, pues de lo contrario a estas alturas estaría ya a veinte millas de aquí. Ni siquiera sabes despellejarlo como es debido, pordioserillo, pero te atreves a decirme a mí, a Buldeo, que no le chamusque los bigotes. No voy a darte ni un ana de la recompensa, Mowgli. Lo que sí te voy a dar va a ser una buena paliza. ¡Deja en paz el cadáver!

—¡Por el buey con que me compraron! —exclamó Mowgli, que trataba de llegar al hombro de la fiera—. ¿Tengo que pasarme toda la tarde escuchando las tonterías de un mono viejo? Ven aquí, Akela, que este hombre me está molestando.

De pronto Buldeo, que seguía agachado ante la cabeza de Shere Khan, se encontró tendido en la hierba con un lobo gris encima, mientras Mowgli seguía despellejando como si no hubiera nadie más en toda la India.

—Sí —dijo Mowgli entre dientes—. Tienes toda la razón, Buldeo. No me darás ni un anna de la recompensa que te entreguen. Existe una vieja guerra entre este tigre cojo y yo, una guerra que viene de muy lejos y que yo he ganado.

Para hacer justicia a Buldeo, hay que reconocer que, de haber sido diez años más joven, se habría enfrentado a Akela si se hubiese cruzado con él en los bosques. Pero un lobo que obedecía las órdenes de un niño que tenía sus guerras privadas con tigres devoradores de hombres no era un animal corriente. Aquello era brujería, magia de la peor suerte, y Buldeo se preguntó si el amuleto que llevaba colgado del cuello lo protegería. Se quedó quieto como un muerto, esperando que Mowgli se transformase en tigre de un momento a otro.

—¡Maharajá! ¡Gran rey! —exclamó por fin con voz que era casi un susurro.

—Sí —dijo Mowgli sin volverse y soltando una risita burlona.

—Soy un viejo. No sabía que fueses algo más que un pastorcillo. ¿Puedo levantarme para irme o tu sirviente me despedazará?

—Vete y que la paz sea contigo. Pero no vuelvas a meter las narices en lo que yo cace. Deja que se vaya, Akela.

Buldeo emprendió el regreso al poblado tan aprisa como la cojera le permitía y mirando de vez en cuando por encima del hombro, para ver si Mowgli se convertía en algún ser espeluznante. Al llegar al poblado, contó una historia de magia, encantamientos y brujería que dejó al sacerdote muy pensativo.

Mowgli siguió con su tarea. Faltaba ya muy poco para el crepúsculo cuando entre él y los lobos consiguieron arrancar la vistosa piel del cuerpo del tigre.

—¡Ahora hay que esconderla y llevar los búfalos a casa! Ayúdame a juntarlos, Akela.

El rebaño se agrupó de nuevo en medio de la neblina crepuscular. Al llegar cerca del poblado, Mowgli vio luces encendidas y oyó que la gente soplabá cuernos y repicaba campanas. Le dio la impresión de que la mitad de los habitantes le estaban aguardando en la entrada.

—Es porque he matado a Shere Khan —se dijo.

Pero al instante una lluvia de piedras silbó junto a sus oídos, al tiempo que los lugareños gritaban:

—¡Brujo! ¡Cachorro de lobo! ¡Demonio de la jungla! ¡Vete de aquí! Lárgate ahora mismo o el sacerdote volverá a convertirte en lobo. ¡Dispara, Buldeo, dispara!

El viejo mosquete hizo fuego con gran estruendo y uno de los búfalos jóvenes mugió de dolor.

—¡Más brujería! —gritaron los del poblado—. Sabe desviar las balas. Le has dado a tu búfalo, Buldeo.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó Mowgli, desconcertado, mientras la lluvia de piedras arreciaba.

—No se diferencian mucho de la Manada, estos hermanos tuyos —dijo Akela, sentándose con gran compostura—. Se me ocurre que, si las balas significan algo, quieren expulsarte del poblado.

—¡Lobo! ¡Cachorro de lobo! ¡Vete! —gritaba el sacerdote, blandiendo una rama de tulsi, la planta sagrada.

—¿Otra vez? La última vez fue porque era hombre. Ahora es porque soy lobo. Vámonos de aquí, Akela.

Una mujer, Messua, echó a correr hacia el rebaño, gritando:

—¡Oh, hijo mío! ¡Hijo mío! Dicen que eres un brujo y que sabes transformarte en una fiera cuando te apetece. Yo no lo creo, pero vete antes de que te maten. Buldeo dice que eres un brujo, pero yo sé que lo que has hecho ha sido vengar la muerte de Nathoo.

—¡Vuelve, Messua! —gritó la multitud—. ¡Vuelve o te lapidaremos!

Mowgli soltó una carcajada breve y desagradable, pues una piedra acababa de darle en la boca.

—Regresa corriendo, Messua. Esta no es más que una de esas historias estúpidas que al anochecer cuentan debajo del árbol grande. Al menos he vengado la muerte de tu hijo. Ahora adiós. Vuelve corriendo, porque les voy a soltar el rebaño más aprisa de lo que vuelan sus ladrillos. No soy ningún brujo, Messua. ¡Adiós!

—¡Manos a la obra otra vez, Akela! —exclamó—. Hazlos entrar en el poblado.

Los búfalos ya se sentían impacientes por llegar al poblado, así que poca falta les hacían los aullidos de Akela. Como un torbellino cargaron hacia la entrada y dispersaron a la multitud, que salió corriendo en todas direcciones.

—¡Llevad la cuenta! —dijo Mowgli despreciativamente—. Puede que os haya robado uno. Así que contadlos, porque nunca más cuidaré de vuestros rebaños. Adiós, hijos de los hombres. Dadle las gracias a Messua, porque, si no fuera por ella, entraría con los lobos y os cazaría.

Giró sobre sus talones y se alejó con Lobo Solitario. Alzó la vista hacia las estrellas y se sintió feliz.

—Se acabó eso de dormir en una trampa, Akela. Vamos a recoger el pellejo de Shere Khan y después nos marcharemos de aquí. No, no vamos a hacer ningún daño al poblado, pues Messua fue buena conmigo.

Cuando la luna se alzó sobre la llanura, bañándolo todo con su luz lechosa, los horrorizados habitantes del poblado vieron que Mowgli, seguido muy de cerca por un par de lobos y con un fardo en la cabeza, se alejaba con ese trotar de los lobos que se zampa las millas como si nada. Al verlo, hicieron sonar las campanas del templo y soplaron sus caracoles con más fuerza que nunca. Messua prorrumpió en llanto y Buldeo se dedicó a adornar la historia de sus aventuras en la jungla, hasta terminar diciendo que Akela se había alzado sobre sus patas traseras, hablando igual que un hombre.

La luna empezaba a descender cuando Mowgli y los dos lobos llegaron a la colina donde estaba la Roca del Consejo. Hicieron un alto al pasar por la cueva de Madre Loba.

—Me han expulsado de la Manada Humana, Madre —gritó Mowgli—. Pero he cumplido mi palabra y vengo con la piel de Shere Khan.

Madre Loba salió de la cueva. Caminaba con el cuerpo rígido y la seguían los cachorros. Sus ojos relucieron al ver la piel del tigre.

—Se lo dije aquel día que metió la cabeza y las espaldas en esta cueva, persiguiéndote a ti, Ranita... Le dije que el cazador sería cazado. ¡Bien hecho!

—¡Bien hecho, Hermanito! —dijo una voz grave que surgió de la espesura—. Nos sentíamos solos sin ti en la jungla.

Bagheera corrió a postrarse ante los pies desnudos de Mowgli. Juntos subieron a la Roca del Consejo, y Mowgli extendió la piel del tigre sobre la roca lisa donde Akela solía sentarse, sujetándola con cuatro pedazos de bambú. Akela se instaló sobre la piel y soltó la antigua llamada convocando al Consejo:

—¡Fijaos! ¡Fijaos bien, oh lobos!

La repitió exactamente como la había pronunciado la primera vez que Mowgli fue llevado allí.

Desde que Akela había sido depuesto, la Manada estaba sin jefe y cazaba y luchaba a su antojo. Pero la fuerza de la costumbre hizo que acudiera a la llamada. Varios lobos cojeaban a causa de las trampas en que habían caído, otros renqueaban por culpa de algún balazo, otros padecían sarna por haber comido alimentos en malas condiciones y muchos habían desaparecido ya. Pero los que quedaban acudieron a la Roca del Consejo y vieron la piel de Shere Khan tendida sobre la roca, con las gruesas garras en el extremo de las patas vacías y colgantes. Fue entonces cuando Mowgli compuso una

canción sin rima, una canción que salió espontáneamente de su garganta y que el pequeño cantó a voz en grito, mientras saltaba sobre la piel, marcando el compás con los talones hasta que se quedó sin aliento. Hermano Gris y Akela aullaban entre una estrofa y la siguiente.

—¡Fijaos bien, oh lobos! ¿He cumplido mi palabra? —dijo Mowgli al terminar.

—Sí —ladraron los lobos.

Todos salvo uno muy maltrecho que aulló:

—Vuelve a ser nuestro jefe, oh Akela. Guíanos otra vez, oh Cachorro de Hombre. Estamos ya hartos de vivir sin ley y queremos volver a ser el Pueblo Libre.

—No —ronroneó Bagheera—. No puede ser. Cuando tengáis la panza llena os puede dar otra vez la locura. No es por nada que os llaman el Pueblo Libre. Luchasteis por la libertad y ahora la tenéis. Coméosla, oh lobos.

—La Manada Humana y la Manada de los Lobos me han expulsado de su seno —dijo Mowgli—. A partir de ahora cazaré solo en la jungla.

—Y nosotros cazaremos contigo —dijeron los cuatro cachorros.

Y he aquí que de aquel día en adelante Mowgli cazó con los cuatro cachorros en la jungla. Pero no siempre estuvo solo, pues al cabo de unos años se hizo hombre y se casó.

Pero esa es una historia para gente mayor.

### La canción de Mowgli

(cantada en la Roca del Consejo, mientras bailaba sobre la piel de Shere Khan)

La canción de Mowgli, que yo mismo, Mowgli, canto. Escucha, jungla las cosas que he hecho.

Shere Khan dijo que me mataría, ¡que me mataría! Al anochecer, en la entrada del poblado, mataría a Mowgli, la Rana.

Comió y bebió. Duerme bien, Shere Khan, pues ¿cuándo volverás a beber de nuevo? Duerme y sueña en la matanza.

Solo estoy en los pastizales. ¡Ven a mí, Hermano Gris! Ven a mí, Lobo Solitario, pues la caza es abundante.

Traed los búfalos y los bueyes de piel azulada y mirada furiosa. Conducidlos como os ordeno.



¿Duermes tranquilo, Shere Khan? ¡Despierta, oh, despierta! Que ahí voy con los bueyes detrás.

Rama, el Rey de los Búfalos, dio patadas en el suelo. Aguas del Waingunga, decidme, ¿adónde se fue Shere Khan?

No es Ikki, el que hace agujeros, ni vuela como Mao, el Pavo Real. No se cuelga de las ramas como Mang, el Murciélago. Pequeños bambúes que juntos crujís, decidme adónde se ha ido.

¡Ay! Ahí está. ¡Ahooo! Vedlo allí. ¡Bajo los pies de Rama yace el Cojo! ¡Arriba, Shere Khan! ¡Levántate y mata! ¡Aquí tienes carne! ¡Rómpeles el cuello a los bueyes!

¡Chist! Se ha dormido. No lo despertaremos, pues grande es su fuerza. Los milanos han bajado para verlo. Las hormigas negras han subido para conocerlo. Una gran reunión se celebra en su honor.

¡Alalá! No tengo ningún trapo con que cubrirme. Los milanos me verán desnudo. Me da vergüenza conocer a toda esta gente.

Préstame tu abrigo, Shere Khan. Déjame tu vistoso manto rayado para que pueda acudir a la Roca del Consejo.

Por el buey con que me compraron, he hecho una promesa, una pequeña promesa. Solo el manto me falta para cumplir mi palabra.

Con el cuchillo, con el cuchillo que usan los hombres, con el cuchillo del cazador, el hombre, me agacharé para recoger mi regalo.

Aguas del Waingunga, sed testigos de que Shere Khan me da su abrigo por el cariño que me profesa. ¡Tira, Hermano Gris! ¡Tira, Akela! Gruesa es la piel de Shere Khan.

La Manada Humana está enojada. Arrojan piedras y hablan como críos. Me sangra la boca. Huyamos corriendo.

A través de la noche, a través de la cálida noche, corred conmigo, hermanos míos. Dejaremos atrás las luces del poblado e iremos allí donde brilla la luna.

Aguas del Waingunga, la Manada Humana me ha expulsado. Ningún daño les hice, pero tenían miedo de mí. ¿Por qué?

Manada de Lobos, también vosotros me habéis expulsado. La jungla me está vedada y me han cerrado las puertas del poblado. ¿Por qué?

Igual que Mang vuela entre las fieras y los pájaros, vuelo yo entre el poblado y la jungla. ¿Por qué?

Bailo sobre la piel de Shere Khan, pero siento un peso en el corazón. Tengo un corte en la boca y estoy herido por las piedras que me han arrojado los del poblado, pero mi corazón se siente muy ligero porque he regresado a la jungla. ¿Por qué?

Dentro de mí luchan estas dos cosas entre sí, igual que las serpientes luchan en primavera.

Agua mana de mis ojos, pero río al verla caer. ¿Por qué?

Soy dos Mowgli, pero la piel de Shere Khan está bajo mis pies.

Toda la jungla sabe que he matado a Shere Khan. ¡Fijaos, fijaos bien, oh lobos!

¡Ay! Mi corazón oprimen las cosas que no comprendo.

## LA FOCA BLANCA

Duerme ya, pequeño mío, que la noche se acerca,  
y verdes son las aguas que como esmeraldas brillaban.  
La luna allá en lo alto trata de encontrarnos  
descansando entre las olas del mar embravecido.  
Donde ola con ola se encuentran, hallarás tú la almohada.  
¡Descansa bien, mi pequeña foca!  
No te despertará la tempestad ni te cogerá el tiburón.  
Duerme arrullada por los brazos del mar.

Canción de cuna de las focas

Todas estas cosas sucedieron hace varios años en un lugar llamado Novastoshnah o Punta del Nordeste, en la isla de San Pablo, lejos, muy lejos, en el mar de Bering. Limmershin, el Reyzeuelo Invernal, me contó esta historia cuando el viento lo arrojó contra el aparejo de un vapor que navegaba hacia el Japón y yo me lo llevé a mi camarote, donde lo tuve abrigado y alimentado un par de días hasta que de nuevo se sintió en condiciones de regresar volando a San Pablo. Limmershin es un pajarillo muy raro, pero sabe decir la verdad.

Nadie va a Novastoshnah a no ser que tenga que resolver algún negocio y los únicos seres que tienen negocios regulares allí son las focas. Durante los meses de verano acuden a cientos y cientos de miles a la isla, procedentes del mar frío y gris, pues la playa de Novastoshnah dispone del mejor alojamiento que en el mundo hay para las focas.

Gancho de Mar lo sabía y cada primavera, sin importar donde estuviese, nadaba veloz como una torpedera hacia Novastoshnah y se pasaba un mes peleándose con sus compañeras para encontrar un buen sitio en las rocas, lo más cerca posible del mar. Gancho de Mar tenía quince años y era una foca peluda, grande y gris, con una melena que le caía casi sobre el lomo y dientes amenazadores, largos como colmillos de perro. Cuando se apoyaba en las aletas delanteras y se erguía, se alzaba más de un

metro sobre el suelo y su peso, si hubiese habido alguien lo bastante osado para pesarla, era de casi de setecientas libras. Llevaba el cuerpo entero cubierto de cicatrices, fruto de salvajes combates, pero siempre estaba dispuesta a entablar una pelea más. Echaba la cabeza a un lado, como si le diera miedo mirar a su enemigo cara a cara. Luego saltaba con la rapidez de un rayo y cuando sus grandes dientes se hallaban clavados en el cuello de la otra foca, esta tal vez se escapaba si podía, pero no porque Gancho de Mar la ayudase.

Pese a todo, Gancho de Mar nunca cazaba a una foca herida, pues eso iba contra las Reglas de la Playa. Lo único que quería era un lugar junto al mar, para sus crías. Pero como cada primavera había otras cuarenta o cincuenta mil focas que buscaban lo mismo, en la playa se armaba un tremendo barullo de silbidos, mugidos, rugidos y golpes.

Desde una pequeña colina llamada la Colina de Hutchinson se divisaban más de tres millas y media de terreno cubierto de focas que luchaban, al tiempo que el lugar donde las olas rompían sobre la playa se encontraba lleno de focas que velozmente acudían a cumplir con la parte que les tocaba en la lucha. Luchaban en los rompientes, luchaban en la arena y luchaban en las suaves rocas de basalto donde dejaban a sus crías, pues eran tan estúpidas e intransigentes como los hombres. Sus esposas jamás llegaban a la isla hasta fines de mayo o principios de junio, pues no les hacía ninguna gracia la posibilidad de que las despedazasen, y las jóvenes focas de dos, tres y cuatro años, las que aún no se encargaban de las labores domésticas, se adentraban como media milla entre las filas de las que luchaban y a bandadas y legiones se ponían a jugar en las dunas de arena y a dar buena cuenta de todo lo verde que por allí creciera. Las llamaban holluschickie (los solteros) y solo en Novastoshnah habría tal vez dos o trescientos mil.

Una primavera, Gancho de Mar acababa de terminar el combate que hacía el número cuarenta y cinco de los que había librado, cuando Matkah, su esposa de piel suave, cuerpo esbelto y mirar dulce, surgió del mar y él, agarrándola por la nuca, la dejó caer en la roca que tenía reservada, mientras con voz enojada le decía:

—Tarde como siempre. ¿Se puede saber dónde has estado?

Gancho de Mar tenía la costumbre de no comer nada durante los cuatro meses que pasaba en las playas, por lo que generalmente estaba de mal humor. Matkah sabía que era mejor no contestar. Miró a su alrededor y con voz arrulladora dijo:

—¡Qué bien pensado! Has vuelto a tomar el sitio de costumbre.

—¡Vaya si lo he hecho! —dijo Gancho de Mar—. ¡Mírame!

Sangraba por veinte sitios a causa de los arañazos, apenas veía con un ojo y la piel de los costados le colgaba a tiras.

—¡Hombres, hombres! —exclamó Matkah, abanicándose con la aleta posterior—. ¿Por qué no sois sensatos y os repartís los sitios tranquilamente? Al verte se diría que has luchado contra la Ballena Asesina.

—No he hecho otra cosa que luchar desde mediados de mayo. Esta temporada la playa está demasiado concurrida. Es un asco. Al menos me he encontrado con cien focas de la playa de Lukannon que andaban buscando casa. ¿Por qué la gente no se queda en su lugar?

—A veces pienso que seríamos mucho más felices si nos mudásemos a la isla de Otter en lugar de venir a este lugar tan lleno de gente —dijo Matkah.

—¡Bah! Solo los holluschickie van a la isla de Otter. Si fuéramos allí, dirían que teníamos miedo. Hay que guardar las apariencias, querida mía.

Gancho de Mar hundió la cabeza con orgullo entre sus gruesas espaldas y fingió dormir durante unos minutos, aunque en ningún momento dejó de estar ojo avizor por si se entablaba alguna pelea por allí cerca. Ahora que todas las focas y sus esposas estaban ya en tierra, el barullo que armaban era tal que se oía desde varias millas mar adentro, pues era incluso más fuerte que el fragor de las más espantosas tempestades. Contando por lo bajo, habría más de un millón de focas en la playa: focas viejas, focas madres, focas recién nacidas y holluschickie, peleándose, riñendo, balando, arrastrándose y jugando unas con otras, bajando hasta el mar y regresando en cuadrillas y regimientos, cubriendo cada palmo del terreno hasta allí donde alcanzaba la vista, librando escaramuzas entre la niebla. Casi siempre hay niebla en Novastoshnah, salvo las veces en que sale el sol y su luz, durante un rato, lo baña todo con el alegre color del arco iris.

Kotick, el bebé de Matkah, nació en medio de aquella confusión. Era todo cabeza y espaldas, con ojos acuosos de color azul pálido, como deben ser todas las focas recién nacidas. Pero tenía algo en la piel que hizo que su madre lo observase atentamente.

—Gancho de Mar —dijo finalmente—, ¡nuestro bebé será blanco!

—¡Conchas vacías y algas secas! —exclamó Gancho de Mar—. Jamás ha existido una foca blanca en el mundo.

—No puedo remediarlo —dijo Matkah—. Ahora la habrá.

Y se puso a cantar por lo bajo la canción de cuna que todas las focas madre cantan a sus bebés:

No debes nadar hasta que tengas seis semanas,

o se te irá la cabeza a la cola.  
Y las tempestades de verano y las ballenas asesinas  
son malas para las focas pequeñas.

Son malas para las focas pequeñas, ratita mía,  
tan malas como malas pueden ser.  
Pero nada y hazte fuerte,  
que entonces nada malo te pasará,  
¡Hijo del Mar Abierto!

Huelga decir que al principio el pequeño no entendía las palabras de la canción. Nadaba y jugaba al lado de su madre y aprendió a escabullirse cuando su padre se peleaba con otra foca y los dos, rugiendo como leones, rodaban por las rocas resbaladizas. Matkah solía recoger del mar las cosas que comían, y no alimentaba al bebé más de una vez cada dos días, aunque entonces comía cuanto podía y así iba engordando.

La primera cosa que hizo fue arrastrarse tierra adentro y allí encontró decenas de miles de bebés de su misma edad, y jugaron juntos como perritos, dormían sobre la arena limpia y después volvían a jugar.

Los mayores del vivero no se fijaban en ellos y los holluschickie no salían de su propio terreno, por lo que los pequeños podían jugar a sus anchas.

Cuando Matkah regresaba de pescar en alta mar se dirigía directamente al sitio donde jugaban los pequeños y llamaba al suyo del mismo modo que la oveja llama a sus corderitos. Luego se quedaba esperando a que Kotick contestase con sus balidos. Entonces tomaba el camino más recto para llegar a él y con sus aletas delanteras iba derribando a los jovenzuelos que se cruzaban en su camino. Había siempre varios centenares de madres buscando a sus pequeños allí donde estos jugaban con gran animación. Pero, como dijo Matkah a Kotick:

—Mientras no te metas en aguas fangosas y te ensucies, ni te entre arena en algún corte o araño y mientras no se te ocurra nadar estando el mar muy movido, nada malo te pasará aquí.

Las focas pequeñas saben nadar tan poco como los niños pequeños, pero se sienten desgraciadas hasta que aprenden. La primera vez que Kotick bajó al mar, una ola se lo llevó hasta un sitio donde perdió pie y su enorme cabeza se hundió, al tiempo que se le alzaban en el aire las aletas posteriores, exactamente como su madre le había dicho

en la canción. Si la siguiente ola no lo hubiese arrojado de nuevo a la playa, habría perecido ahogado.

Después de eso aprendió a quedarse tumbado en las balsas que había en la playa y dejar que las olas lo cubrieran y levantasen mientras él chapoteaba, atento siempre a si venía una ola grande que pudiera hacerle daño. Tardó dos semanas en aprender a valerse de las aletas y durante todo ese tiempo entraba y salía torpemente del agua, tosiendo y gruñendo, y se arrastraba por la arena hasta encontrar un sitio donde pudiera descabezar un sueñecito. Luego volvía a meterse en el agua y así siguió hasta que en ella se encontró en su elemento.

Ya os podéis figurar lo bien que se lo pasaba entonces con sus compañeros, zambulléndose debajo de las olas o montando en sus crestas y poniendo los pies en tierra con gran chapoteo cuando la gran ola rompía sobre la playa. A veces se erguía sobre la cola y se rascaba la cabeza como hacían las personas mayores, o jugaba al «Yo soy el rey del castillo» en las rocas resbaladizas y cubiertas de algas que surgían a flor de agua. De vez en cuando veía una aleta fina como la de un tiburón de gran tamaño que surcaba las aguas a poca distancia de la costa y entonces sabía que rondaba por allí la Ballena Asesina. La orca que se come a las focas jóvenes cuando logra atraparlas. Kotick salía disparado como una flecha hacia la playa, mientras la aleta variaba lentamente su rumbo, como si no estuviera buscando nada en particular.

A finales de octubre las focas empezaron a marcharse de San Pablo para dirigirse a alta mar. Abandonaban la isla por tribus y familias y ya no hubo más peleas por encontrar alojamiento. Los holluschickie, por su parte, jugaban donde les apetecía.

—El próximo año —le dijo Matkah a Kotick—, serás ya un holluschickie. Pero este año debes aprender cómo se atrapan los peces.

Juntos se fueron a través del Pacífico y Matkah le enseñó a Kotick a dormir panza arriba, con las aletas pegadas a los costados y la naricilla sobresaliendo apenas de la superficie. Ninguna cuna es tan cómoda como las largas olas del Pacífico. Cuando Kotick sintió un cosquilleo por toda la piel, Matkah le dijo que era porque empezaba a «comprender a las aguas» y que aquella sensación significaba que iban a tener mal tiempo y que debían nadar a toda prisa para alejarse de allí.

—Dentro de poco —dijo— sabrás hacia dónde tienes que nadar, pero de momento seguiremos a Cerdo de Mar, la Marsopa, que es muy sabio.

Una manada de marposas nadaban y se zambullían por allí cerca y el pequeño Kotick las siguió tan aprisa como pudo.

—¿Cómo se sabe adónde hay que ir? —preguntó, jadeando.

La marsopa que nadaba a la cabeza de las demás puso los ojos en blanco y sumergió la cabeza.

—Siento un hormigueo en la cola, pequeño —dijo—. Eso quiere decir que se avecina una tempestad. ¡Vamos! Cuando estás al sur de las Aguas Pegajosas (se refería al Ecuador) y sientes cosquillas en la cola, es que hay una tormenta delante de ti y debes encaminarte hacia el norte. ¡Vamos! No se está bien en estas aguas.

Esta fue una de las muchísimas cosas que aprendió Kotick, que siempre estaba aprendiendo algo. Matkah le enseñó a seguir a los bacalaos y las platijas por los bancos submarinos, a arrancar a los peces de roca de sus guaridas entre las algas, a esquivar los restos de naufragio que yacían a cien brazas por debajo de la superficie, a entrar con la rapidez de una bala de rifle por una porta y a salir por otra igual que hacían los peces. Le enseñó también a bailar sobre la cresta de las olas mientras los relámpagos rasgaban el firmamento entero, a mover las aletas para saludar cortésmente al albatros de cola achatada y al halcón marino o buque de guerra que volaban con el viento a favor, a saltar más de un metro sobre el agua, como hacían los delfines, con las aletas pegadas al costado y la cola encorvada, a no hacer caso de los peces voladores porque eran todo espinas, a arrancarles un trozo de espalda a los bacalaos que pasaban nadando velozmente a diez brazas de profundidad y a no detenerse nunca para mirar a un buque o cualquier otra embarcación, especialmente si era de remos. Al cabo de seis meses, lo que Kotick ignorase acerca de la pesca en alta mar era porque no valía la pena saberlo. Durante todo aquel tiempo jamás puso aleta en tierra firme.

Un día, sin embargo, mientras yacía medio dormido en las cálidas aguas próximas a la isla de Juan Fernández, se sintió invadido de pronto por una sensación de debilidad y pereza, como la que sienten los seres humanos cuando la primavera está cerca, y se acordó de las hermosas playas de Novastoshnah a siete mil millas de allí, de los juegos de sus compañeros, del olor de las algas, del rugir de las focas y de las peleas. Sin perder un segundo puso rumbo hacia el norte y empezó a nadar sin detenerse, encontrándose de vez en cuando con compañeros suyos que en grupo se dirigían al mismo sitio y lo saludaban diciendo:

—¡Hola, Kotick! Este año somos todos holluschickie y podemos bailar la Danza del Fuego en los rompientes de Lukannon y jugar sobre la hierba recién salida. Pero ¿de dónde has sacado esa piel?

La piel de Kotick era ya casi blanca del todo y él, aunque estaba muy orgulloso de que así fuera, se limitaba a decir:

—¡Nadad aprisa! Me duelen los huesos de ganas de tocar tierra.



Y así todos llegaron a las playas donde habían nacido y oyeron luchar en medio de la niebla a las focas mayores, sus padres.

Aquella noche Kotick bailó la Danza del Fuego con las focas de un añito. En las noches de verano el mar, desde Novastoshnah hasta Lukannon, está lleno de fuego y las focas dejan una estela como de aceite ardiendo y al zambullirse se ve un resplandor llameante, y las olas se rompen formando grandes remolinos y trazos fosforescentes. Luego se adentraron en la isla camino de los sitios donde jugaban los holluschickie, y se revolcaron por el trigo silvestre y se contaron historias sobre lo que habían hecho mientras se hallaban en el mar. Hablaban del Pacífico del mismo modo que unos chicos hablarían del bosque donde habían estado cogiendo nueces, y si alguien hubiese podido comprender lo que decían, habría hecho una carta de navegación como jamás ha existido. Los holluschickie de tres y cuatro años bajaron corriendo y retozando de la Colina de Hutchinson, gritando:

—¡Apartaos, pequeños! El mar es profundo y aún no sabéis lo que hay en él. Esperad a haber doblado el cabo de Hornos. ¡Eh, tú, pequeñajo! ¿De dónde has sacado esa piel blanca?

—No la saqué de ningún sitio —repuso Kotick—. Me salió así.

Y justo en el momento en que se disponía a arrollar a su interlocutor, un par de hombres de pelo negro y cara rojiza y chata salieron de detrás de una duna de arena y Kotick, que nunca había visto un hombre, tosió y agachó la cabeza. Los holluschickie se limitaron a correr unos cuantos metros más y luego se sentaron y se quedaron mirándolo estúpidamente. Los hombres eran nada menos que Kerick Booterin, el jefe de los cazadores de focas de la isla, y Patalamon, su hijo. Venían del pueblecito situado a menos de media milla del sitio donde se reunían las focas y estaban decidiendo cuáles serían las focas que se llevarían al matadero (a las focas las llevan en rebaño igual que a los corderos) para convertirlas más adelante en chaquetas de piel de foca.

—¡Oh! —exclamó Patalamon—. ¡Mira! ¡Una foca blanca!

A Kerick Booterin le faltó poco para quedarse blanco debajo de la capa de grasa y humo que le cubría el rostro, pues era oriundo de las islas Aleutianas, cuyos habitantes no son gente limpia. Seguidamente se puso a musitar una plegaria.

—No la toques, Patalamon. Nunca ha habido una foca blanca desde... desde que nació. Puede que sea el fantasma del viejo Zaharrof, el que se perdió el año pasado durante aquella tremenda tempestad.

—No pienso acercarme a ella. Trae mala suerte —dijo Patalamon—. ¿Crees de veras que se trata del viejo Zaharrof que vuelve? Todavía le debo unos huevos de gaviota.

—No la mires —dijo Kerick—. Llévate aquella bandada de focas de cuatro años. Los hombres deberían despellejar doscientas focas hoy, aunque estamos a principios de temporada y aún no han aprendido el oficio. Bastará con un centenar. ¡Date prisa!

Patalamon hizo sonar un par de huesos de foca ante una manada de holluschickie que, al oírlo, se pararon en seco y empezaron a resoplar. Entonces se acercó a ellas, las focas reemprendieron la marcha y Kerick las desvió hacia el interior de la isla, sin que los animales hicieran el menor esfuerzo por regresar junto a sus compañeras. Centenares y centenares de miles de focas contemplaron cómo se llevaban a sus congéneres y luego siguieron jugando tranquilamente. Kotick fue el único que hizo preguntas, aunque ninguno de sus compañeros fue capaz de contestarlas. Lo único que supieron decirle fue que cada año, durante seis semanas o un par de meses, los hombres se llevaban grupos de focas de aquella manera.

—Voy a seguirlas —dijo.

Los ojos casi se le salían de las órbitas mientras iba de un lado a otro siguiendo las huellas del rebaño.

—¡La foca blanca nos viene siguiendo! —exclamó Patalamon—. Es la primera vez que una foca viene sola al matadero.

—¡Chist! ¡No mires atrás! —dijo Kerick—. ¡Seguro que es el fantasma de Zaharrof! Tengo que hablar de esto con el sacerdote.

La distancia hasta el matadero era solo de media milla, pero tardaron una hora en recorrerla, ya que Kerick sabía que, si las focas corrían demasiado, se acalorarían y luego, al despellejarlas, la piel se les caería en pedazos. Así que avanzaron lentamente, pasando por la Garganta del León Marino y la Casa de Webster, hasta llegar a la Casa de la Sal adonde no llegaban las miradas de las focas que estaban en la playa. Kotick los siguió, jadeando y lleno de curiosidad. Creía encontrarse en el fin del mundo, aunque el rugido de las focas de la playa sonaba tras él con la misma fuerza que el estruendo de un tren al atravesar un túnel. Luego Kerick se sentó en el musgo, sacó un pesado reloj del bolsillo y durante treinta minutos dejó que las focas se enfriasen. Kotick podía oír cómo de la visera de su gorra caían al suelo las gotas de humedad de la niebla. Luego aparecieron diez o doce hombres armados con garrotes forrados de hierro y Kerick les señaló una o dos focas que habían sido mordidas por las demás o estaban demasiado acaloradas. Los hombres las apartaron de las demás a puntapiés, con sus pesadas botas hechas con piel de garganta de morsa, y entonces Kerick exclamó:

—¡Empezad ya!

Los hombres empezaron a descargar golpes en las cabezas de las focas con toda la rapidez de que eran capaces.

Al cabo de diez minutos, el pequeño Kotick ya no era capaz de reconocer a sus amigos, pues les arrancaron la piel desde el hocico hasta las aletas posteriores y la arrojaron al suelo.

Kotick tuvo suficiente con eso. Dio media vuelta y galopando (la foca puede galopar muy velozmente durante breve tiempo) regresó al mar, con sus mostachos recién salidos erizados de espanto. Al llegar a la Garganta del León Marino, que era el sitio junto al mar donde se sentaban los grandes leones marinos, se arrojó de cabeza a las frías aguas y se quedó flotando en el mar, horrorizado y boqueando.

—¿Qué pasa? —le preguntó un león marino con cara de pocos amigos, pues, por regla general, los leones marinos no se mezclan con los demás seres.

—Scoochnie! Ochen scoochnie! (¡Estoy solo, muy solo!) —exclamó Kotick—. ¡Están matando a todos los holiuschickie de todas las playas!

El león marino volvió la cabeza hacia tierra.

—¡Tonterías! —dijo—. Tus amigos están en la playa, armando tanto ruido como siempre. Lo que has visto habrá sido el viejo Kerick llevándose unas cuantas. Lo viene haciendo desde hace treinta años.

—Es horrible —dijo Kotick, cuando al ver venir una ola y tratando de recuperar luego el equilibrio con un par de aletazos que lo dejaron a pocos centímetros de una roca de cortante filo.

—¡Bien hecho para tratarse de un pequeño! —exclamó el león marino, que sabía reconocer las proezas natatorias—. Supongo que es bastante desagradable viéndolo desde tu punto de vista. Pero si vosotras las focas venís aquí un año tras otro, inevitablemente los hombres se enteran y, a menos que encontréis una isla en la que el hombre jamás ponga los pies, se llevarán unas cuantas de vosotras.

—¿No hay ninguna isla como esa de que hablas? —preguntó Kotick.

—He seguido a las poltoos (las platijas) durante veinte años y aún no puedo decir que la haya encontrado. Pero escucha, ya que al parecer te gusta hablar con tus mayores, ¿y si fueras a la Isleta de la Morsa y hablases con Bruja de Mar? Puede que sepa algo. No corras tanto, que al menos hay seis millas. Yo en tu lugar descabezaría un sueñecito antes de ponerme en marcha, pequeño.

A Kotick le pareció un buen consejo, así que regresó nadando a su playa, saltó a tierra y durmió media hora, temblando de pies a cabeza, como suelen hacer las focas. Luego puso rumbo a la Isleta de la Morsa, que era una pequeña extensión de roca

situada al nordeste de Novastoshnah y en la que no había más que rocas y nidos de gaviotas y a la que solamente acudían las morsas.

Salió del agua cerca de donde estaba Bruja de Mar, la morsa del Pacífico Norte, corpulenta, fea, hinchada, llena de granos, de cuello macizo y largos colmillos, que solo tiene buenos modales cuando duerme. Precisamente en aquel momento estaba durmiendo, con las aletas posteriores medio sumergidas en el agua.

—¡Despierta! —ladró Kotick, pues las gaviotas estaban haciendo mucho ruido.

—¡Ja! ¡Jo! ¡Hum! ¿Qué pasa? —dijo Bruja de Mar, golpeando a la morsa de al lado con sus colmillos y esta, despertando, golpeando a su vecina y esta a la siguiente y así hasta que todas despertaron y se quedaron mirando a todos lados menos a donde debían mirar.

—¡Eh! ¡Soy yo! —dijo Kotick, columpiándose donde el oleaje rompía en la playa. Parecía una babosilla blanca.

—¡Caramba! ¡Que me despellejen! —exclamó Bruja de Mar, mientras todas las demás miraban a Kotick del mismo modo que los venerables socios de un club habrían mirado a un chiquillo que los hubiese despertado bruscamente.

En aquellos momentos Kotick no estaba para oír hablar de despellejar, pues ya había visto bastante, así que preguntó:

—¿Hay algún lugar adonde puedan ir las focas sin que los hombres las sigan?

—Búscalos tú misma —contestó Bruja de Mar, cerrando los ojos—. Vete de aquí, que estamos ocupadas.

Kotick hizo su salto de delfín en el aire y gritó tan fuerte como pudo:

—¡Comealmejas! ¡Comealmejas!

Sabía que Bruja de Mar jamás en la vida había atrapado un pez y se alimentaba de las almejas y algas que arrancaba de las rocas, aunque fingía ser un personaje de lo más terrible. Naturalmente, los chickies, gooveroskies y epatkas, las gaviotas burgomaestres, los kittiwakes y los frailecillos, que siempre están esperando la oportunidad de molestar a los demás, corearon el grito de Kotick y, según me contó Limmershin, durante casi cinco minutos en la Isleta de la Morsa habría sido imposible oír un cañonazo, pues toda la población del lugar chillaba y gritaba:

—¡Comealmejas! Stareek! (¡Viejo!)

Y mientras tanto, Bruja de Mar iba de un lado a otro gruñendo y tosiendo.

—¿Me lo vas a decir ahora? —dijo Kotick, ya sin aliento.

—Ve y pregúntaselo a Vaca Marina —dijo Bruja de Mar—. Si todavía vive, ella podrá decírtelo.

—¿Cómo reconoceré a Vaca Marina cuando la encuentre? —preguntó Kotick, empezando ya a alejarse.

—Es el único ser del mar que es más feo que Bruja de Mar —chilló una gaviota burgomaestre que pasó volando por debajo de las narices de Bruja de Mar—. ¡Más feo y con peores modales! Stareek!

Kotick regresó nadando a Novastoshnah, dejando atrás los chillidos de las gaviotas. Al llegar, se encontró con que nadie simpatizaba con sus modestos intentos de descubrir un lugar tranquilo para las focas. Le dijeron que los hombres siempre se habían llevado a los holluschickie, que era una cosa normal y que, si no le gustaba ver cosas desagradables, habría hecho mejor no yendo al matadero. Pero ninguna de las otras focas había presenciado la matanza. Esa era la diferencia entre Kotick y sus amigas. Además, Kotick era una foca blanca.

—Lo que tienes que hacer —dijo el viejo Gancho de Mar después de oír las aventuras de su hijo— es crecer hasta convertirte en una foca tan grande como tu padre y tener un lugar en la playa. Entonces te dejarán en paz. Dentro de cinco años ya tendrás que ser capaz de luchar por ti mismo.

Incluso la bondadosa Matkah, su madre, dijo:

—Nunca conseguirás que acaben las matanzas. Vete a jugar en el mar, Kotick.

Kotick se marchó y bailó la Danza del Fuego con un tremendo peso en su pequeño corazón.

Aquel otoño se marchó de la playa lo antes posible y se marchó solo debido a una idea que se le había metido en la cabecita. Pensaba encontrar a Vaca Marina, si es que tal ser existía en el mar, y pensaba encontrar también una isla tranquila, con buenas playas para las focas, donde los hombres no pudieran atraparlas. Así, pues, exploró incansablemente el Pacífico Norte y el Pacífico Sur, llegando a nadar hasta trescientas millas en un solo día con la correspondiente noche. Corrió más aventuras de las que os puedo narrar aquí y por un pelo escapó de las fauces del tiburón gigante y del tiburón moteado, así como del pez martillo, y se cruzó con todos los malvados rufianes que pululan por los mares y también con los peces bien educados y las veneras de manchas rojas que se pasan cientos de años amarradas al mismo sitio y se enorgullecen mucho de ello. Pero nunca dio con Vaca Marina y jamás encontró una isla que le gustase.

Si la playa era buena y segura, con una pendiente en la que pudieran jugar las focas, siempre se veía en el horizonte el humo de un buque ballenero que estaba fundiendo la grasa de ballena, y Kotick sabía qué quería decir eso. Otras veces había rastros de

que las focas habían visitado la isla anteriormente y las habían matado, y Kotick sabía que los hombres volvían siempre a donde ya habían estado una vez.

Un día encontró un albatros de cola achatada que le dijo que la isla de Kerguelen era el lugar más indicado para gozar de paz y tranquilidad, y cuando Kotick se dirigió allí estuvo a punto de morir despedazado contra unos traicioneros arrecifes negros durante una fuerte tormenta de aguanieve con gran aparato de rayos y truenos. Pero, incluso cuando luchaba contra la tempestad, pudo ver que el lugar ya había sido frecuentado por las focas. Y lo mismo le sucedió en todas las demás islas que visitó.

Limmershin le dio una larga lista de islas, pues, según dijo, Kotick estuvo explorando los mares durante cinco temporadas, tomándose cada año cuatro meses de descanso en Novastoshnah, donde los holluschickie se burlaban de él y de sus islas imaginarias. Se fue a las Galápagos, un lugar seco y horroroso situado en el Ecuador, y estuvo a punto de morir abrasado allí. Estuvo también en las islas Georgia, las Orcadas del Sur, la Esmeralda, la del Pequeño Ruiseñor, la de Gough, la de Bouvet, las Crosset e incluso una minúscula isla, apenas una salpicadura de roca, situada al sur del cabo de Buena Esperanza. Pero en todas partes el Pueblo del Mar le decía lo mismo. Las focas habían estado en aquellas islas hacía ya tiempo, pero los hombres las habían exterminando a todas. Incluso cuando abandonó el Pacífico y se adentró muchísimas millas en otros mares, llegando a un lugar llamado cabo Corrientes (eso fue cuando regresaba de la isla de Gough), encontró a unos cuantos centenares de focas sarnosas en una roca y le dijeron que los hombres visitaban también aquel lugar.

La noticia casi le partió el corazón. Se dispuso a doblar el cabo de Hornos para regresar a sus propias playas. Durante el camino hacia el norte desembarcó en una isla llena de árboles verdes en la que encontró una foca muy, muy vieja que estaba agonizando. Kotick pescó peces para ella y le contó sus penas.

—Ahora —dijo Kotick— voy de regreso a Novastoshnah y ya me da lo mismo que se me lleven al matadero junto con los holluschickie.

—Prueba una vez más —dijo la foca vieja—. Yo soy la última de la Tribu Perdida de las Masafuera y en los lejanos tiempos en que los hombres nos mataban a cientos de miles corría por las playas una historia según la cual algún día una foca blanca vendría del norte y conduciría el Pueblo de las Focas a un lugar tranquilo. Ya soy vieja y no viviré para ver ese día, pero otras lo verán. Prueba una vez más.

Kotick, enroscándose el bigote (que era muy bonito), dijo:

—Soy la única foca blanca que ha nacido en las playas y la única foca, blanca o negra, a la que se le haya ocurrido buscar islas nuevas.

Eso le dio muchos ánimos y aquel verano, al regresar a Novastoshnah, Matkah, su madre, le suplicó que se casara y sentase la cabeza, pues ya no era un holluschickie, sino un Gancho de Mar hecho y derecho, con una rizada melena blanca sobre los hombros, tan recia, grande y fiera como su padre.

—Dame una temporada más —dijo Kotick—. Recuerda madre, que es siempre la séptima ola la que llega más lejos playa adentro.

Por curioso que parezca, había otra foca que decidió aplazar su boda hasta el año siguiente y Kotick, la noche antes de emprender su última exploración, bailó con ella la Danza del Fuego por toda la playa de Lukannon.

Esta vez se dirigió hacia el oeste, ya que había encontrado el rastro de un gran banco de platijas y necesitaba como mínimo cien libras de pescado al día para estar en forma. Las persiguió hasta cansarse y entonces, acurrucándose, se durmió en una de las hondonadas que la resaca deja cerca de la isla del Cobre. Conocía la costa perfectamente, así que alrededor de la medianoche, cuando el mar lo depositó suavemente en un lecho de algas, dijo:

—¡Hum! La marea tiene fuerza esta noche.

Y, dando media vuelta debajo del agua, abrió lentamente los ojos y se desperezó. Enseguida pegó un salto, pues vio unas cosas muy grandes que andaban husmeando las aguas poco profundas y registrando los espesos matorrales de algas.

«¡Por las grandes olas del Magallanes! —dijo para sí—. ¿Quién diablos es esta gente?»

No se parecían a las morsas, leones marinos, focas, osos, ballenas, tiburones, peces, pulpos o conchas que Kotick hubiese visto jamás. Medían de seis a nueve metros de largo y no tenían aletas posteriores, sino que lucían una cola en forma de pala que parecía haber sido tallada en cuero mojado. Sus cabezas eran lo más estúpido que jamás se haya visto y, cuando no estaban comiendo algas, se sostenían de pie sobre la cola y se saludaban solemnemente agitando las aletas delanteras como un hombre que agitate los brazos.

—¡Ejem! —exclamó Kotick—. ¿Buena pesca, caballeros?

Los enormes seres le contestaron con reverencias y agitando las aletas igual que Frog-Footman. Cuando de nuevo se pusieron a comer, Kotick observó que tenían el labio superior dividido en dos partes que podían separar unos treinta centímetros para luego volver a juntar con todo un cargamento de algas en medio. Se metían las algas en la boca y las masticaban con mucha solemnidad.

—¡Qué forma más grosera de comer! —dijo Kotick.

Volvieron a hacerle una reverencia y Kotick empezó a encolerizarse.

—Muy bien —dijo—. Si casualmente tenéis una pieza más que los demás en las aletas delanteras, no hace falta que la ostentéis tanto. Ya veo que hacéis unas reverencias muy finas, pero lo que me gustaría saber es cómo os llamáis.

Los hendidos labios se movieron convulsivamente, los vidriosos ojos verdes lo miraron fijamente, pero no dijeron ni palabra.

—¡Caramba! —exclamó Kotick—. De toda la gente que he conocido, sois la única que es más fea que Bruja de Mar y que tiene peores modales.

Recordó entonces súbitamente lo que la gaviota burgomaestre le había indicado chillando cuando era una foquita allá en la Isleta de la Morsa y, al recordarlo, cayó de espaldas, pues comprendió que por fin había encontrado a la Vaca Marina.

Las vacas marinas siguieron masticando ruidosamente las algas. Kotick les hizo preguntas en todos los idiomas que había aprendido en el curso de sus viajes: el Pueblo del Mar habla casi tantas lenguas como los seres humanos. Pero la Vaca Marina no le contestó porque la Vaca Marina no sabe hablar. Tiene solamente seis huesos en la parte del cuello donde debería tener siete, y la gente que vive bajo el mar dice que eso les impide hablar incluso a sus congéneres. Pero, como sabéis, tiene una pieza más en las aletas delanteras y, agitándola arriba, abajo y de uno a otro lado, se expresa mediante una especie de tosco código telegráfico.

Al hacerse de día, Kotick tenía la melena de punta y su paciencia había ido a parar a donde van los cangrejos muertos. Entonces, con mucha calma, la Vaca Marina empezó a moverse hacia el norte, parándose de vez en cuando para celebrar absurdos consejos en los que todas se hacían reverencias. Kotick, que las iba siguiendo, se decía a sí mismo:

«A una gente tan idiota como esta la habrían matado hace ya mucho tiempo si no hubiese encontrado una isla segura y lo que es bastante bueno para la Vaca Marina lo es también para Gancho de Mar. De todos modos, preferiría que se dieran prisa».

El viaje resultó muy pesado para Kotick. La manada nunca hacía más de cuarenta o cincuenta millas al día y de noche se paraba para comer, aparte de que nunca se separaba mucho de la costa. Kotick, mientras, nadaba a su alrededor, por encima y por debajo de ellas, pero sin lograr que adelantasen media milla más de lo habitual. A medida que se alejaban más hacia el norte, celebraban uno de sus consejos cada dos por tres y Kotick casi se quedó sin bigotes a causa de los mordiscos que le hacía dar la impaciencia, hasta que vio que seguían una corriente de aguas cálidas y entonces sintió más respeto por ellas.

Una noche se hundieron en las aguas brillantes (se hundieron como piedras) y, por primera vez desde que las conocía, se pusieron a nadar velozmente. Kotick las siguió y



se sorprendió al ver lo deprisa que iban, pues nunca las había considerado gran cosa como nadadoras. Se encaminaron hacia un acantilado cercano a la playa, un acantilado que se hundía en las aguas profundas, y se zambulleron en un agujero oscuro que había al pie del mismo, hasta llegar a unas veinte brazas por debajo de la superficie. Nadaron mucho rato y Kotick necesitaba desesperadamente respirar aire fresco cuando hubieron cruzado el oscuro túnel.

—¡Cáspita! —exclamó cuando, boqueando y resoplando, salió a aguas abiertas por el otro extremo—. Qué zambullida más larga, aunque haya valido la pena.

Las vacas marinas se habían dispersado y curioseaban perezosamente los bordes de las playas más hermosas que jamás viera Kotick. Había largas extensiones, millas y millas, de roca pulida por la erosión que parecía hecha especialmente para poner en ella las crías, y había también zonas de arena firme, formando pendiente detrás de las rocas, que resultaban ideales como campo de juegos. Vio olas perfectas para que las focas bailasen en ellas, hierba muy crecida para revolcarse, dunas de arena para subir y bajar por ellas y, lo mejor de todo fue que, por la sensación que le dio el agua, que nunca engaña a un verdadero Gancho de Mar, Kotick comprendió que ningún hombre había hollado jamás aquel sitio.

Lo primero que hizo fue asegurarse de que la pesca fuese buena y luego nadó a lo largo de las playas, contando las deliciosas islas de arena medio ocultas por la hermosa niebla. A lo lejos, mar adentro en dirección al norte, se divisaba una línea de rocas y bajíos que nunca permitirían la entrada de un buque a menos de seis millas de la playa, y entre las islas y tierra firme había una extensión de aguas profundas que llegaba hasta los arrecifes perpendiculares, debajo de los cuales, en alguna parte, estaba la entrada del túnel.

—Esto es como Novastoshnah, solo que diez veces mejor —dijo Kotick—. Vaca Marina debe de ser más sabia de lo que me figuraba. Los hombres, suponiendo que los hubiera, no podrían bajar por el acantilado y cualquier barco quedaría hecho astillas si tratase de sortear los bajíos que hay por el lado del mar. Si hay en el mar algún lugar seguro, es este.

Empezó a pensar en la foca que había dejado atrás, pero, aunque tenía mucha prisa por regresar a Novastoshnah, exploró a fondo aquel país nuevo, para poder contestar a todas las preguntas que le hiciesen.

Después se zambulló, comprobó la situación de la entrada del túnel y seguidamente se dirigió velozmente hacia el sur. Nadie salvo una vaca marina o una foca habría soñado que existía un lugar semejante y al mismo Kotick, al volver la vista hacia atrás y ver los acantilados, le costaba trabajo creer que había estado debajo de ellos.

Tardó seis días en regresar a casa, pese a que no nadaba despacio. Cuando tocó tierra, justo encima de la Garganta del León Marino, la primera persona a la que encontró fue a la foca, que lo había estado esperando y que, al ver la expresión de sus ojos, comprendió que por fin había dado con la isla.

Pero los holluschickie y Gancho de Mar, su padre, así como todas las demás focas, se rieron de él cuando les contó lo que había descubierto, y una foca joven, que tendría más o menos su misma edad, dijo:

—Todo esto está muy bien, Kotick. Pero no puedes venir aquí de no sabemos dónde y, sin más, ordenarnos que nos vayamos. Recuerda que hemos luchado por conquistar nuestros lugares, cosa que tú no has hecho. Preferías pasarte el tiempo figgando en el mar.

Las otras focas se rieron al oír eso y la que acababa de decirlo se puso a mover la cabeza de un lado a otro. Se había casado aquel mismo año y se daba demasiados aires.

—Yo no tengo que luchar por ningún vivero —dijo Kotick—. Lo único que quiero es mostraros a todas un lugar en el que estaréis a salvo. ¿De qué sirve luchar?

—Oh, si lo que pretendes es echarte atrás, entonces, claro, nada más tengo que decir —contestó la foca joven, soltando una risita desagradable.

—¿Vendrás conmigo si te gano? —preguntó Kutick, en cuyos ojos brilló una luz verde, pues estaba furioso por tener que luchar.

—Muy bien —dijo la foca joven despreocupadamente—. Si ganas, iré contigo.

No tuvo tiempo de cambiar de parecer, pues Kotick la embistió velozmente y hundió los dientes en la grasa del cuello de la foca joven. Luego retrocedió, arrastró a su enemigo playa abajo, lo zarandó y le dio un buen revolcón. Acto seguido, se encaró con las focas y gritó:

—Me he pasado cinco temporadas esforzándome por vuestro bien. Os he encontrado una isla donde estaréis seguras, pero no os lo creeréis a menos que os arranquen la cabezota. Os voy a dar una lección. ¡Cuidado!

Me contó Limmershin que jamás en su vida (y eso que cada año Limmershin ve diez mil peleas entre focas grandes), que jamás en toda su vida vio algo parecido a la carga de Kotick contra los viveros. Se arrojó sobre la foca más corpulenta que encontró, la agarró por la garganta y se puso a ahogarla y golpearla hasta que la víctima gruñó pidiendo clemencia. Entonces la arrojó a un lado y atacó a la siguiente. Veréis, Kotick nunca había ayunado durante cuatro meses como cada año hacían las focas mayores y, además, sus viajes por alta mar lo habían puesto en plena forma y, lo mejor de todo, era la primera vez que luchaba. La furia hizo que se le erizase su rizada melena blanca,

sus ojos despedían llamaradas y sus colmillos de perro relucían y, en conjunto, era un bello espectáculo.

El viejo Gancho de Mar, su padre, lo vio pasar volando por su lado, arrastrando a las viejas focas de piel gris de un lado a otro, como si fueran platijas, y ahuyentando en todas direcciones a los jóvenes solteros. Gancho de Mar rugió y gritó:

—¡Puede que sea un tonto, pero es el mejor luchador de todas las playas! ¡No ataques a tu padre, hijo mío! ¡Él está de tu lado!

Kotick le contestó con un rugido y el viejo Gancho de Mar, con el bigote de punta, resoplando como una locomotora, se unió a la lucha, mientras Matkah y la foca que iba a casarse con Kotick retrocedían asustadas y contemplaban con admiración a sus machos. Fue una pelea magnífica, pues los dos lucharon mientras quedó una foca que se atreviera a levantar la cabeza y luego, uno al lado del otro, desfilaron triunfalmente por la playa, bramando.

Por la noche, cuando las Luces del Norte parpadeaban a través de la niebla, Kotick se encaramó a una roca pelada y contempló los viveros dispersos y las focas heridas y sangrantes que había a sus pies.

—Ya os he dado vuestra lección —dijo.

—¡Caramba! —exclamó el viejo Gancho de Mar, incorporándose trabajosamente, pues estaba malherido—. ¡Ni la misma Ballena Asesina las habría dejado tan maltrechas! Hijo mío, me enorgullezco de ti. Es más, iré contigo a tu isla... si es que existe.

—¡Oídme vosotros, cerdos gordinflones del mar! ¿Quién viene conmigo al túnel de la Vaca Marina? Respondedme u os daré otra lección —rugió Kotick.

Por toda la playa se oyó un rumor como el murmullo de la marea.

—Iremos contigo —dijeron varios miles de voces cansadas—. Seguiremos a Kotick, la Foca Blanca.

Entonces Kotick inclinó la cabeza entre los hombros y cerró los ojos orgullosamente. Ya no era una foca blanca, sino que era roja de cabeza a cola. Pero daba igual: se habría avergonzado de mirar o tocar una sola de sus heridas.

Una semana más tarde, Kotick y su ejército (casi diez mil holluschickie y focas viejas) se hicieron a la mar con rumbo al norte, hacia el túnel de la Vaca Marina, encabezados por Kotick, mientras las focas que se quedaban en Novastoshnah los llamaban idiotas. Pero en la primavera siguiente, cuando se reunieron todos en las pesquerías del Pacífico, fueron tales las historias que las focas de Kotick contaban sobre las nuevas playas que había al otro lado del túnel de la Vaca Marina, que cada vez eran más las focas que se marchaban de Novastoshnah.

Ni que decir tiene que no se hizo todo de una sola vez, ya que las focas necesitan tiempo para rumiar las cosas, pero un año tras otro aumentaba el número de focas que abandonaban Novastoshnah, Lukannon y los demás viveros, para dirigirse a las playas tranquilas y recoletas donde Kotick se pasa tranquilamente sentado todos los veranos, creciendo, engordando y haciéndose más fuerte cada año, mientras los holluschickie juegan a su alrededor, en aquel mar adonde nunca va ningún hombre.

## Lukannon

(Esta es la gran canción de alta mar que cantan todas las focas de San Pablo cuando, al llegar el verano, se dirigen a sus playas. Es una especie de Himno Nacional de las focas, muy triste.)

Encontré a mis compañeras al alba (¡ay, qué vieja soy!)  
allí donde las olas del verano rugían contra los acantilados.  
Oí sus voces a coro ahogar la canción de los rompientes.  
En las playas de Lukannon ¡resuenan dos millones de voces!

La canción de bellos parajes junto a lagos salados,  
la canción de los que juegan en las dunas de arena,  
la canción de bailes de medianoche que encienden el mar.  
Las playas de Lukannon, ¡antes de que llegase el hombre!

Encontré a mis compañeras al alba (¡nunca más así será!).  
De un lado a otro, sus legiones la playa ensombrecían.  
Y sobre la espuma de las aguas, hasta donde alcanza la voz,  
saludábamos a las que llegaban y cantábamos la bienvenida.

Las playas de Lukannon, el trigo invernal ya muy crecido,  
los líquenes retorcidos y chorreando, ¡la niebla envolviéndolo todo!  
¡Suaves y relucientes las rocas donde jugábamos las focas!  
Las playas de Lukannon ¡el hogar donde nacimos!

Encontré a mis compañeras al alba, en dispersa manada.

El hombre nos dispara en el agua y nos da garrotazos en tierra.  
Cual ovejas tontas y mansas nos lleva a la Casa de la Sal,  
y aún cantamos a Lukannon... antes de que viniera el hombre.

¡Virad, virad hacia el sur! ¡Oh, daos prisa, gooverooska!  
Contad a los virreyes de Alta Mar nuestra triste historia.  
Vacías cual huevo de tiburón que las olas arrojan a la costa,  
las playas de Lukannon ¡a sus hijos no volverán a ver!

## RIKKI-TIKKI-TAVI

En un agujero Piel Arrugada se metió  
y Ojo Rojo lo llamaba.  
Oíd lo que Ojo Rojo decía:  
«¡Nag, sal a bailar con la muerte!».  
Ojo a ojo y cabeza a cabeza,  
(no pierdas el compás, Nag)  
esto acabará cuando uno muera.  
(Como quieras, Nag.)  
Vuelta a vuelta y salto a salto.  
(Corre y escóndete, Nag.)  
¡Ja! ¡La muerte no te ha visto!  
(¡Ay de ti, Nag!)

He aquí la historia de la gran guerra que Rikki-Tikki-Tavi, sin ayuda de nadie, sostuvo en los cuartos de baño de la gran casa de campo, en el acantonamiento de Segowlee. Darzee, el pájaro sastre, la ayudó, y Chuchundra, la rata almizclera que nunca camina por el centro de una habitación, sino que se arrastra siempre siguiendo las paredes, fue su consejera, pero de la lucha propiamente dicha se encargó Rikki-Tikki.

Era una mangosta de pelo y cola parecidos a los de un gato, pero con cabeza y costumbres semejantes a las de una comadreja. Tenía los ojos y la punta de su inquieta nariz de color rosa y sabía rascarse donde quisiera con cualquiera de sus patas, tanto delanteras como traseras. Era capaz de esponjar la cola hasta que esta parecía una de esas escobillas que se utilizan para limpiar botellas y su grito de guerra, mientras se escurría entre las hierbas altas, era: «¡Rikk-tikk-tikki-tikki-tchk!».

Un día de verano, la crecida de las aguas la arrancó de la madriguera donde vivía con sus padres y se la llevó, pataleando y cloqueando, por la cuneta de un camino. Allí encontró un pequeño puñado de hierba que flotaba en el agua y a ella se aferró hasta que perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, se hallaba tendida bajo los fuertes

rayos del sol en mitad del sendero que cruzaba un jardín, muy descuidado, por cierto, y cerca de ella había un chico que decía:

—Aquí hay una mangosta muerta. Vamos a hacerle un entierro.

—No —dijo la madre del chico—. La entraremos en casa y la secaremos. Puede que no esté muerta aún.

La entraron en la casa, y un hombre corpulento que había en ella la cogió entre el pulgar y un dedo y dijo que no estaba muerta, sino medio ahogada solo, así que la envolvieron en algodón en rama y la calentaron hasta que abrió los ojos y estornudó.

—Ahora —dijo el hombre corpulento (un inglés que acababa de mudarse a aquella casa)— no la asustéis y veremos qué hace.

Darle un susto a una mangosta es la cosa más difícil del mundo, ya que la curiosidad se la está comiendo siempre, desde el hocico hasta la cola. La familia de las mangostas tiene un solo lema: «Corramos a ver qué es» y Rikki-Tikki era una verdadera mangosta. Echó un vistazo al algodón en rama, decidió que no era bueno para comer, corrió por toda la mesa, se sentó, puso en orden su pelo, se rascó y de un salto se plantó sobre un hombro del chico que la había encontrado.

—No te asustes, Teddy —le dijo su padre—. Esa es su manera de demostrarte su amistad.

—¡Ay! Me está haciendo cosquillas en la barbilla —dijo Teddy.

Rikki-Tikki se asomó por el cuello de la camisa del chico, para ver qué había entre él y el cogote, le husmeó la oreja y luego bajó al suelo y se quedó sentada, frotándose la nariz.

—¡Válgame el cielo! —exclamó la madre de Teddy—. ¡A eso llaman criatura salvaje! Supongo que si es tan mansa es porque hemos sido buenos con ella.

—Todas las mangostas son así —dijo su marido—. A no ser que Teddy la levante por la cola o trate de meterla en una jaula, se pasará el día entero entrando y saliendo de la casa. Vamos a darle algo de comer.

Le dieron un trocito de carne cruda. A Rikki-Tikki le gustó muchísimo y cuando terminó de comérsela salió a la galería, se sentó al sol y esponjó el pelo para que se le secasen las raíces. Después de eso, se sintió mejor.

«Aún quedan muchas cosas por investigar en esta casa —se dijo— Más de las que mi familia podría averiguar aunque se pasasen la vida entera en ella. Ciertamente, me voy a quedar y averiguaré de qué se trata.»

Se pasó el resto del día curioseando por toda la casa. Estuvo en un tris de perecer ahogada en las bañeras, metió la nariz en el tintero que encontró en un escritorio y se quemó al acercarla demasiado a la punta del cigarro que estaba fumando el hombre

corpulento, pues se subió al regazo del mismo para ver qué había que hacer para escribir. Al caer la noche, se metió corriendo en el cuarto de Teddy para ver cómo encendían las lámparas de queroseno y cuando Teddy se acostó, también Rikki-Tikki se encaramó a la cama. Pero resultó un compañero muy inquieto, ya que a cada momento se levantaba para investigar todos los ruidos que se oían en la noche y ver cuál era su causa. Antes de irse a dormir, los padres de Teddy entraron a ver a su hijo y se encontraron a Rikki-Tikki sobre la almohada, despierta.

—No me gusta eso —dijo la madre de Teddy—. Me da miedo que muerda al pequeño.

—No hará nada parecido —dijo el padre—. Con ella Teddy está más seguro que si tuviera un perro guardián. Si ahora entrase una serpiente...

Pero la madre de Teddy no quería ni pensar en algo tan horrible.

A primera hora de la mañana, Rikki-Tikki, montada en el hombro de Teddy, acudió a desayunar en la galería. Le dieron un plátano y un poco de huevo pasado por agua y ella fue pasando de un regazo a otro, ya que toda mangosta bien educada alberga la esperanza de llegar a ser una mangosta doméstica algún día y tener habitaciones por las que pueda correr y la madre de Rikki-Tikki (que había vivido en casa del general, en Segowlee) había cuidado de decirle a Rikki lo que tenía que hacer si alguna vez se encontraba con los hombres blancos.

Después del desayuno, Rikki-Tikki salió al jardín para ver lo que allí pudiera verse. El jardín era grande, cuidado solo a medias, con espesos rosales de la variedad denominada Mariscal Niel, con limoneros y naranjos, bosquecillos de bambúes y sitios donde la hierba crecía alta y espesa. Rikki-Tikki se pasó la lengua por los labios.

—Espléndido lugar para cazar —dijo, poniendo la cola como una escobilla al pensarlo.

Inmediatamente se puso a correr velozmente por todo el jardín, husmeando aquí y allá hasta que unas voces muy lastimeras llegaron a sus oídos procedentes de un matorral de espinos.

Eran Darzee, el pájaro sastre, y su esposa. Se habían construido un hermoso nido juntando dos grandes hojas, cosidas por los bordes, y llenando el hueco con algodón y suave pelusilla. El nido se mecía suavemente, mientras ellos, sentados en el borde, lloraban.

—Estamos muy tristes —dijo Darzee—. Uno de nuestros pequeñines se cayó del nido ayer y Nag se lo comió.

—¡Hum! —exclamó Rikki-Tikki—. ¡Qué pena! Pero decidme: ¿Quién es Nag? Es que soy forastera.



Darzee y su esposa no contestaron, limitándose a acurrucarse en el fondo del nido, llenos de espanto, pues entre la espesa hierba que crecía al pie del arbusto se oía un silbido bajo, un sonido frío y horrible que hizo que Rikki-Tikki diese un gran salto hacia atrás. Entonces, centímetro a centímetro, fue saliendo de entre la hierba la cabeza y la capucha abierta de Nag, la gran cobra negra, que medía metro y medio de la lengua a la cola. Cuando hubo alzado del suelo la tercera parte de su cuerpo, se quedó balanceándose de un lado a otro, exactamente igual que si fuera un diente de león meciéndose a impulsos del viento. Miró a Rikki-Tikki con sus malévolos ojos de serpiente que nunca cambian de expresión, sin que importe lo que la serpiente esté pensando.

—¿Quién es Nag? —dijo—. Yo soy Nag. El gran dios Brahma puso su señal en toda nuestra familia cuando la primera cobra abrió su capucha para protegerlo del sol cuando dormía. ¡Mira y tiembla!

Abrió aún más su capucha y Rikki-Tikki vio detrás de ella la señal redonda que se parece exactamente a la hembra de un corchete. Por de pronto sintió miedo, pero es imposible que una mangosta esté asustada un rato seguido y, aunque era la primera vez que Rikki-Tikki veía una cobra viva, su madre la había alimentado de cobras muertas y sabía que el único fin que una mangosta crecida tenía en la vida consistía en cazar serpientes para comérselas. También Nag estaba al tanto de eso y sintió miedo en el fondo de su frío corazón.

—Bueno —dijo Rikki-Tikki, al tiempo que su cola empezaba a esponjarse otra vez—. Con señales o sin ellas, ¿crees que está bien comerse los pajarillos inexpertos que se caen del nido?

Nag pensaba sin decir nada y permanecía atenta al más leve movimiento en la hierba que había detrás de Rikki-Tikki. Sabía que las mangostas en un jardín significaban la muerte, antes o después, para ella y su familia, pero quería pillar desprevenida a Rikki-Tikki. Así que, bajando un poco la cabeza, la apartó a un lado.

—Hablemos del asunto —dijo—. Si tú comes huevos, ¿por qué no puedo yo comer pájaros?

—¡Detrás de ti! ¡Mira detrás de ti! —grito Darzee.

Rikki-Tikki era demasiado lista para perder tiempo mirando. Saltó tan alto como pudo justo en el instante en que por debajo de sus patitas pasaba velozmente la cabeza de Nagaina, la perversa esposa de Nag. Mientras ella hablaba, la otra serpiente había reptado sigilosamente a sus espaldas, dispuesta a acabar con ella, y oyó el salvaje silbido que soltó al fallar el tiro. Cayó casi sobre el lomo de Nagaina y, de haber sido una mangosta vieja, habría sabido que aquel era el momento de romperle

la espalda de un mordisco, pero le daban miedo los terribles latigazos con que la serpiente herida respondería a su ataque. La mordió, por supuesto, pero no todo el tiempo suficiente, pues saltó para esquivar los coletazos, dejando a Nagaina herida y furiosa.

—¡Malvado, malvado Darzee! —exclamó Nag, tratando de alcanzar con sus coletazos el nido instalado entre los espinos.

Pero Darzee lo había construido en un sitio al que no podían llegar las serpientes y el nido se limitó a oscilar violentamente.

Rikki-Tikki sintió que sus ojos se ponían rojos y ardientes (cuando a una mangosta se le ponen rojos los ojos, es que está enfadada) y se sentó sobre la cola y las patitas traseras, igual que un cangurito, mirando a su alrededor y rechinando los dientes con rabia. Pero Nag y Nagaina ya se habían esfumado entre la hierba. Cuando el ataque le sale mal, una serpiente nunca dice nada ni deja entrever lo que piensa hacer a continuación. Rikki-Tikki no quiso emprender su persecución, pues no estaba segura de poder con dos serpientes a la vez. De manera que se dirigió trotando al sendero de grava próximo a la casa y se sentó a reflexionar. El asunto era serio para ella.

Si leéis los viejos libros de historia natural, veréis que en ellos se dice que, cuando la mangosta libra combate con la serpiente y recibe un mordisco, huye a toda prisa y se come algunas hierbas que la curan. Eso no es verdad. La victoria se reduce a una lucha entre la rapidez del ojo y la de los pies, entre el ataque de la serpiente y el salto de la mangosta y, como ningún ojo es capaz de seguir los movimientos de una cabeza de serpiente al lanzarse esta al ataque, eso hace que las cosas resulten mucho más prodigiosas que cualquier hierba mágica. Rikki-Tikki sabía que era una mangosta joven y, por consiguiente, era aún mayor su satisfacción al saber que había conseguido esquivar una acometida desde atrás. El hecho le dio confianza en sí misma y, cuando Teddy se le acercó corriendo por el sendero, Rikki-Tikki se sentía muy dispuesta a que la acariciasen.

Pero justo en el instante en que Teddy se agachaba, algo se movió entre el polvo y una vocecilla dijo:

—¡Cuidado! ¡Soy la muerte!

Era Karait, la serpiente de color marrón tierra que gusta de esconderse entre el polvo y cuya mordedura es tan peligrosa como la de la cobra. Pero es tan pequeña que nadie piensa en ella, por lo que resulta mucho más dañina para las personas.

A Rikki-Tikki de nuevo se le enrojecieron los ojos. Se acercó a Karait con el peculiar balanceo que había heredado de su familia. Es un movimiento que a primera vista resulta muy gracioso, pero tiene un equilibrio tan perfecto que es posible salir

disparado por cualquier ángulo, cosa que resulta una ventaja en los tratos con las serpientes. Aunque ella no lo sabía, lo que estaba haciendo Rikki-Tikki era mucho más peligroso que luchar contra Nag, ya que Karait es tan pequeña, es capaz de revolverse tan rápidamente, que, a menos que Rikki la mordiera cerca de la base del cráneo, recibiría en un ojo o en el labio el contraataque de la serpiente. Pero Rikki no lo sabía: sus ojos eran un ascua roja y se mecía hacia delante y hacia atrás, buscando un buen lugar para apresar a Karait. La serpiente se lanzó al ataque. Rikki saltó hacia un lado y trató de echársele encima, pero la malévola y diminuta cabeza embistió y por poco le tocó la espalda, por lo que Rikki tuvo que saltar por encima de la serpiente, cuya cabeza estaba casi pegada a sus talones.

Teddy se puso a gritar en dirección a la casa:

—¡Mirad, mirad! Nuestra mangosta está matando una serpiente.

Rikki-Tikki oyó gritar a la madre de Teddy. El padre salió corriendo, armado con un bastón, pero cuando llegó, Karait había lanzado un ataque demasiado aventurado y Rikki-Tikki, saltando sobre el lomo de la serpiente, con la cabeza casi entre sus patas delanteras, mordió a Karait tan cerca de la cabeza como pudo, saltando luego a un lado. El mordisco dejó paralizada a Karait y Rikki-Tikki, siguiendo la costumbre de su familia, se disponía ya a comérsela empezando por la cola cuando recordó que, después de comer opíparamente, una mangosta se vuelve lenta y, si quería tener a punto toda su fuerza y toda su agilidad, debía procurar mantenerse delgada.

Se alejó a darse un baño de polvo bajo las matas de ricino, mientras el padre de Teddy daba palos al cadáver de Karait.

«¿De qué sirve hacer eso? —pensó Rikki-Tikki—. Ya me he encargado yo de ella.»

En aquel momento la madre de Teddy la levantó del polvo y la abrazó contra su pecho, exclamando que había salvado a Teddy de una muerte cierta, mientras el padre decía que había sido algo providencial y el mismo Teddy contemplaba la escena con ojos grandes y asustados. Rikki-Tikki encontró divertida tanta alharaca que, por supuesto, no acertaba a comprender. Para ella habría sido lo mismo que la madre de Teddy hubiese acariciado a su hijo por encontrarlo jugando en el polvo. Rikki se estaba divirtiendo de lo lindo.

Aquella noche, a la hora de cenar, mientras paseaba por entre las copas de vino, se habría podido dar un buen atracón, y otro y otro más, de cosas ricas, pero no se había olvidado de Nag y Nagaina y, aunque era muy agradable recibir las caricias y palmaditas de la madre de Teddy, así como sentarse en el hombro del pequeño, de vez en cuando sus ojos enrojecían y entonces profería su largo grito de guerra: «¡Rikki-tikk-tikki-tikki-tchk!».

Teddy se la llevó consigo al ir a acostarse e insistió en que durmiera debajo de su barbilla. Rikki-Tikki estaba demasiado bien educada para morder o arañar, pero, en cuanto Teddy se quedó dormido, fue a dar un paseo nocturno por la casa. En medio de la oscuridad se encontró a Chuchundra, la rata almizclera, que reptaba con el cuerpo pegado a la pared. Chuchundra es una bestezuela muy acongojada. Se pasa la noche entera gimoteando y lamentándose, tratando de decidirse a correr hasta el centro de la habitación, pero sin conseguirlo nunca.

—No me mates —dijo Chuchundra, al borde del llanto—. No me mates, Rikki-Tikki.

—¿Crees que un matador de serpientes se dedica a matar ratas almizcleras? —preguntó desdeñosamente Rikki-Tikki.

—A los que matan serpientes los matan las serpientes —repuso Chuchundra, más afligida que nunca—. ¿Y cómo puedo estar segura de que alguna noche, en medio de la oscuridad, Nag no me confundirá contigo?

—No hay el menor peligro —dijo Rikki-Tikki—. De todos modos, Nag está en el jardín y sé que nunca vas allí.

—Mi prima Chua, la rata, me dijo que... —dijo Chuchundra, callando de repente.

—¿Qué te dijo?

—¡Chist! Nag está en todas partes, Rikki-Tikki. Deberías haber hablado con Chua en el jardín.

—Pues no lo hice, así que tendrás que decírmelo tú. ¡Rápido, Chuchundra! ¡Si no me lo dices, te muerdo!

Chuchundra se sentó y se puso a llorar hasta que las lágrimas caían al suelo desde la punta de sus bigotes.

—Soy un pobre bicho —dijo entre sollozos—. Nunca tuve suficiente empuje para correr hasta el centro de una habitación. ¡Chist! No debo decirte nada. ¿No has oído, Rikki-Tikki?

Rikki-Tikki aguzó el oído. En la casa reinaba un silencio total, pero le pareció oír un leve crac-crac, un ruido tan débil como el de una avispa caminando sobre el cristal de una ventana; el ruido de escamas de serpiente frotando contra los ladrillos.

—Serán Nag o Nagaina —dijo para sus adentros—. Quien sea está reptando por la compuerta del cuarto de baño. Tienes razón, Chuchundra: tenía que haber hablado con Chua.

Se dirigió sigilosamente al cuarto de baño de Teddy, pero, como allí no había nada, se fue al de la madre del pequeño. Al pie de la pared de yeso habían sacado uno de los ladrillos para que el agua del baño tuviera salida y, al entrar Rikki-Tikki junto a los

soportes de ladrillo que sostenían la bañera, oyó a Nag y Nagaina cuchicheando en el jardín bañado por la luz de la luna.

—Cuando no quede gente en la casa —le decía Nagaina a su marido—, él tendrá que irse también y entonces el jardín volverá a ser nuestro. Entra sin hacer ruido y recuerda que al primero que debes morder es al hombre corpulento que mató a Karait. Luego sales y me avisas, que juntos cazaremos a Rikki-Tikki.

—Pero ¿estás segura de que vamos a salir ganando si matamos a la gente? —preguntó Nag.

—Claro que sí. Cuando no había gente en la casa, ¿había alguna mangosta en el jardín? Mientras la casa permanezca deshabitada, seremos el rey y la reina del jardín. Y no olvides que, en cuanto los huevos que hemos puesto en el melonar revienten, puede que mañana mismo, nuestros pequeñuelos necesitarán espacio y tranquilidad.

—No había pensado en eso —dijo Nag—. Haré lo que dices, pero no hace falta buscar a Rikki-Tikki después. Mataré al hombre corpulento, a su esposa y al niño, si puedo, y regresaré aquí sin hacer ruido. Entonces la casa quedará vacía y Rikki-Tikki se irá.

A Rikki-Tikki le entró en todo el cuerpo un hormigueo de rabia y odio al oír lo que decían. Después, la cabeza de Nag penetró por el orificio seguida por su metro y medio de frío cuerpo. Pese a la rabia que sentía, Rikki-Tikki se asustó mucho al ver el gran tamaño de la cobra. Nag se enroscó, levantó la cabeza y miró hacia el interior del cuarto de baño, que estaba envuelto en las tinieblas.

Rikki pudo ver el brillo de sus ojillos.

«Si lo mato aquí mismo, Nagaina me oirá, y si lucho con él en espacio abierto, las ventajas estarán de su parte. ¿Qué voy a hacer?», se preguntó.

Nag mecía el cuerpo hacia delante y hacia atrás y luego Rikki-Tikki la oyó beber de la mayor de las jarras de agua que empleaban para llenar la bañera.

—Está buena —dijo la serpiente—. Veamos, cuando mató a Karait, el hombre corpulento llevaba un bastón. Puede que aún lo tenga a mano, pero por la mañana, cuando venga a bañarse, no lo traerá. Me quedaré aquí, esperando que venga. Nagaina, ¿me oyes...? Esperaré aquí, que está muy fresco, hasta que se haga de día.

No recibió respuesta desde fuera, por lo que Rikki-Tikki comprendió que Nagaina se había marchado. Nag enroscó sus anillos alrededor de la jarra, mientras Rikki-Tikki seguía inmóvil como un muerto. Al cabo de una hora, empezó a moverse, pasito a pasito, hacia la jarra. Nag se había dormido y Rikki-Tikki echó un vistazo a su enorme lomo, preguntándose por qué parte podría agarrarla mejor.

«Si no le rompo el lomo al primer salto —se dijo—, aún podrá luchar y si lucha... ¡ay, Rikki!»

Contempló cuán grueso era el cuello debajo de la capucha. Era demasiado para Rikki. Por otro lado, un mordisco cerca de la cola no haría más que enfurecer a Nag.

—Tiene que ser en la cabeza —dijo por fin—. Por encima de la capucha. Y una vez la coja por ahí, no debo soltarla.

Entonces saltó sobre la serpiente, cuya cabeza se hallaba un poco apartada de la jarra de agua, debajo de la curva de esta. Al clavarle los dientes, Rikki apoyó el lomo contra la panza de la roja jarra de tierra para así poder sujetar la cabeza de la serpiente contra el suelo. Eso le dio un segundo de ventaja que se apresuró a aprovechar. Al instante se vio zarandeada como una rata atrapada por un perro, de un lado a otro, arriba y abajo, describiendo amplios círculos. Pero tenía los ojos enrojecidos y aguantó con firmeza mientras el cuerpo de la serpiente, como si fuese el látigo de un carretero, azotaba el suelo con violencia, derribando la jabonera, el cepillo y demás utensilios para el baño, fustigando las paredes metálicas de la bañera. Sin soltar su presa, apretó más y más las mandíbulas, pues estaba segura de que iba a morir a causa de los golpes y, por el honor de su familia, prefería que la encontrasen con los dientes apretados. Se sentía mareada, dolorida y a punto de saltar en pedazos cuando, justo a sus espaldas, se oyó una fuerte detonación, al tiempo que una ráfaga de aire caliente le quitaba el sentido y el fuego le chamuscaba el pelo. El hombre corpulento, arrancado de su sueño por el ruido, había descargado los dos cañones de una escopeta de caza sobre Nag, alcanzándola justo por detrás de la capucha.

Rikki-Tikki no se movió ni abrió los ojos, pues ahora estaba segura de haber muerto. Pero la cabeza de la serpiente no se movía y el hombre corpulento, levantándola del suelo, dijo:

—Otra vez la mangosta, Alice. La muy diablilla nos ha salvado la vida a nosotros esta vez.

Entonces apareció la madre de Teddy, con el rostro blanco como una sábana, y vio lo que quedaba de Nag, mientras Rikki-Tikki, por su parte, se encaminaba fatigosamente al cuarto de Teddy, donde se pasó la mitad de lo que quedaba de noche meciéndose suavemente para ver si, como se figuraba, tenía el cuerpo partido en cuarenta trozos.

Al llegar la mañana, tenía el cuerpo muy rígido y entumecido, pero se sentía muy satisfecha de su hazaña.

—Ahora tengo que vérmelas con Nagaina, que será peor que cinco Nag. Además, quién sabe cuándo reventarán los huevos de que habló anoche. ¡Cielos! Tengo que ir a ver a Darzee —dijo.

Sin aguardar hasta haber desayunado, Rikki-Tikki se fue corriendo al matorral de espinos, donde Darzee cantaba a pleno pulmón una canción triunfal. La noticia de la muerte de Nag había corrido por todo el jardín, ya que el criado que barría la casa había arrojado el cuerpo a la basura.

—¡Eh, tú, puñado de plumas estúpidas! —exclamó Rikki-Tikki, enfadada—. ¿Te parece este momento para cantar?

—¡Nag ha muerto... ha muerto... ha muerto! —cantó Darzee—. La valerosa Rikki-Tikki la atrapó por la cabeza y no la soltó. El hombre corpulento trajo el palo de muerte ¡y partió a Nag en dos! Nunca volverá a comerse a mis pequeños.

—Todo eso es cierto, pero ¿dónde está Nagaina? —preguntó Rikki-Tikki, mirando prudentemente a su alrededor.

—Nagaina se acercó al desagüe del cuarto de baño y llamó a Nag —dijo Darzee— y Nag salió en la punta de un palo... el criado la recogió con un palo y la tiró a la basura. ¡Cantemos la gesta de Rikki-Tikki, la de los ojos rojos!

Darzee hinchó la garganta y se puso a cantar.

—¡Si pudiera subir a tu nido, haría salir a todos tus pequeñuelos! —exclamó Rikki-Tikki—. Nunca haces lo que conviene y en el momento oportuno. Tú estás muy bien ahí arriba, en tu nido, pero para mí esto de aquí abajo es la guerra. Deja de cantar un minuto, Darzee.

—Me callaré en honor de la hermosa, de la gran Rikki-Tikki —dijo Darzee—. ¿De qué se trata, oh matadora de la terrible Nag?

—¿Dónde está Nagaina? Es ya la tercera vez que te lo pregunto.

—En el montón de basura que hay junto al establo, llorando la muerte de Nag. Grande es Rikki-Tikki, la de los blancos dientes.

—¡Al diablo mis blancos dientes! ¿Has oído decir alguna vez algo sobre dónde guarda los huevos?

—En el melonar, muy cerca de la pared, donde da el sol casi todo el día. Allí los escondió hace varias semanas.

—¿Y no se te ocurrió que valía la pena decírmelo? ¿Has dicho cerca de la pared?

—¿No irás a comerte los huevos, Rikki-Tikki?

—No exactamente a comérmelos. No. Darzee, si te queda una pizca de buen sentido, te irás volando a los establos y simularás que tienes un ala rota, dejando que

Nagaina te persiga hasta estos matorrales. Debo ir al melonar y, si lo hiciera ahora, Nagaina me vería.

Darzee era un personajillo de pocas luces en cuya mollera no cabían dos ideas a la vez y, por el simple hecho de saber que las crías de Nagaina nacían de huevos, igual que las suyas, al principio no le pareció justo darles muerte. Pero su esposa era un pájaro sensato y sabía que huevos de cobra significaban cobras jóvenes después. Así, pues, salió volando del nido y dejó a Darzee en él, para que cuidase a los pequeños y siguiera con sus canciones sobre la muerte de Nag. En según qué cosas, Darzee tenía mucho de ser humano.

Al llegar al estercolero, aleteó un poco delante de Nagaina y exclamó:

—¡Oh, se me ha roto un ala! El niño de la casa me la rompió de una pedrada.

Así diciendo, se puso a aletear con mayor desespero que nunca.

Nagaina alzó la cabeza y silbó:

—Tú avisaste a Rikki-Tikki cuando estaba a punto de matarla. En verdad, en verdad que has escogido mal lugar para cojear.

Empezó a reptar entre el polvo, acercándose a la esposa de Darzee.

—¡Lo hizo el chico con una piedra! —exclamó la esposa de Darzee.

—Bueno, pues puede que, cuando estés muerta, te sirva de consuelo saber que ya le ajustaré las cuentas al chico. En estos momentos mi marido yace muerto en el estercolero; pero, antes de que termine el día, el chico de la casa yacerá también muy quieto. ¿De qué te sirve huir corriendo? Igualmente te atraparé. ¡Mírame, tontita!

La esposa de Darzee era demasiado lista para hacer precisamente eso, pues, cuando un pájaro mira los ojos de una serpiente, se asusta tanto que es incapaz de moverse. La esposa de Darzee siguió aleteando y gimiendo con voz chillona, sin remontar el vuelo, mientras Nagaina apretaba el paso.

Rikki-Tikki las oyó venir por el sendero que conducía a los establos y echó a correr hacia el extremo del melonar que quedaba junto a la pared. Allí, en el cálido lecho de hojas, astutamente escondidos entre los melones, encontró veinticinco huevos que, por su tamaño, parecían de gallina, pero que, en vez de cáscara, tenían una especie de piel blancuzca.

—No he venido demasiado pronto —dijo.

En efecto, a través de la piel se veían las pequeñas cobras enroscadas y Rikki-Tikki sabía que, en cuanto salieran del huevo, serían capaces de dar muerte a un hombre o a una mangosta. Mordió una punta de los huevos tan aprisa como pudo, sin olvidarse de aplastar a las cobras jóvenes y removiendo de vez en cuando la hojarasca, para comprobar si quedaba algún huevo que no hubiera visto. Finalmente, cuando sólo



quedaban tres huevos, Rikki-Tikki empezó a reírse en voz baja al oír que la esposa de Darzee gritaba:

—¡Rikki-Tikki, llevé a Nagaina hasta la casa y se ha metido en la galería! ¡Date prisa! ¡Va a matar a alguien!

Tras aplastar dos de los huevos, Rikki-Tikki se metió en el melonar con el tercero en la boca y corrió hacia la galería tan velozmente como sus patitas podían llevarla. Aquel día, Teddy y sus padres se habían levantado temprano y estaban desayunando. Pero Rikki-Tikki observó que no estaban comiendo nada, sino que se hallaban sentados, como petrificados, con el rostro blanco: Nagaina, enroscada sobre la esterilla que había cerca de la silla de Teddy, a poca distancia de la pierna desnuda del muchacho, se mecía y cantaba una canción triunfal.

—Hijo del hombre corpulento que mató a Nag —silbó—, no te muevas, que aún no estoy lista. Espera un poco. Quedaos muy quietos, vosotros tres. Si os movéis, atacaré y, si os quedáis quietos, atacaré también. ¡Ah, gente estúpida que mató a mi Nag!

Teddy tenía los ojos clavados en su padre, que no pudo hacer más que susurrarle:

—No te muevas, Teddy. No debes moverte. Quédate quieto, Teddy.

Entonces apareció Rikki-Tikki y gritó:

—¡Vuélvete, Nagaina! ¡Vuélvete y lucha!

—Cada cosa a su tiempo —repuso la serpiente, sin apartar los ojos—. Ya ajustaré cuentas contigo más tarde. Mira a tus amigos, Rikki-Tikki. Están quietos y pálidos: tienen miedo. No se atreven a moverse y, si das un paso más, atacaré.

—Echa un vistazo a tus huevos —dijo Rikki-Tikki— en el melonar, cerca de la pared. Ve a echarles un vistazo, Nagaina.

La enorme serpiente dio media vuelta y vio el huevo en la galería.

—¡Ah! ¡Dámelo! —dijo.

Rikki-Tikki colocó una pata en cada extremo del huevo. Tenía los ojos enrojecidos.

—¿Qué precio ofreces por un huevo de serpiente? ¿Por una cobra joven? ¿Por una joven cobra rey? ¿Por la última, sí, la última de la puesta? Las hormigas se están comiendo todas las demás, allá abajo en el melonar.

Nagaina se volvió rápidamente, olvidándose de todo por aquel último huevo, y Rikki-Tikki vio cómo el padre de Teddy ponía una de sus manazas sobre el hombro del chico y lo arrastraba por encima de la mesa, derribando las tazas de té, hasta dejarlo a salvo, fuera del alcance de Nagaina.

—¡Te he engañado! ¡Te he engañado! ¡Te he engañado! ¡Rikk-tck-tck! —exclamó burlonamente Rikki-Tikki—. El chico está a salvo y fui yo, yo, yo la que anoche atrapó a Nag en el cuarto de baño.

Rikki-Tikki empezó a saltar sobre sus cuatro patitas, con la cabeza casi pegada al suelo.

—Me zarandeó pero no pudo librarse de mí. Ya estaba muerta antes de que el hombre corpulento la partiese en dos con sus disparos. La maté yo. ¡Rikki-Tikki-tck-tck! ¡Ven, Nagaina! ¡Ven a luchar conmigo! No serás viuda mucho tiempo.

Nagaina comprendió que se le había escapado la ocasión de matar a Teddy y que el huevo estaba en el suelo, entre las patas de Rikki-Tikki.

—Dame el huevo, Rikki-Tikki. Si me das el último de mis huevos, me iré y no volveré jamás —dijo, bajando la capucha.

—Sí, te irás y no volverás nunca, porque irás a parar a la basura con Nag. ¡Lucha, viuda! ¡El hombre corpulento ha ido a buscar su escopeta! ¡Lucha!

Rikki-Tikki daba brincos alrededor de Nagaina, justo fuera de su alcance, brillándole los ojillos como carbones encendidos. Nagaina tomó impulso y se arrojó contra Rikki, que dio un salto hacia atrás. Una y otra vez atacó la serpiente y cada vez su cabeza se golpeaba contra la alfombra de la galería, donde volvía a enroscarse, dispuesta a atacar de nuevo, como la cuerda de un reloj. Rikki-Tikki se puso a bailar en círculo hasta colocarse detrás de la serpiente, que giró también para no perder de vista a su enemiga. Al girar, su cola frotó la alfombra con un ruido parecido al de las hojas muertas arrastradas por el viento.

Rikki se había olvidado del huevo. Seguía estando en el suelo de la galería y Nagaina se acercaba más y más a él, hasta que finalmente, aprovechando que la mangosta se detenía para recobrar el aliento, la serpiente cogió el huevo con la boca, se volvió hacia la escalera que bajaba hasta el jardín y huyó como una flecha sendero abajo, perseguida por Rikki-Tikki. Cuando huye para salvar la vida, la cobra se mueve igual que un látigo que se hace restallar sobre el cuello de un caballo.

Rikki-Tikki se daba cuenta de que debía atraparla, pues, en caso contrario, sus preocupaciones volverían a empezar.

La serpiente se dirigía en línea recta hacia la hierba alta que crecía cerca del matorral de espinos. Rikki-Tikki, al seguirla, oyó cómo Darzee seguía cantando su estúpida cancioncilla triunfal. Pero la esposa de Darzee era más lista. Salió volando del nido al acercarse Nagaina y se puso a batir las alas cerca de la cabeza de la serpiente. Si Darzee la hubiese ayudado, entre los dos habrían podido ahuyentarla, pero Nagaina se limitó a bajar la capucha y seguir avanzando. Con todo, el pequeño retraso permitió a Rikki-Tikki alcanzarla y, al lanzarse Nagaina hacia el agujero donde antes vivía con Nag, los blancos dientecillos de la mangosta se clavaron en su cola, por lo que está penetró en el agujero con la serpiente. Pocas son las mangostas, por muy sabias y viejas que

sean, dispuestas a seguir a una cobra hasta el interior de su guarida. El agujero estaba oscuro y Rikki-Tikki no sabía cuándo iba a ensancharse y dar a Nagaina la oportunidad de volverse y atacarla. Siguió con los dientes fuertemente clavados en su presa, al tiempo que con las patitas trataba de frenar su descenso por la pendiente de tierra húmeda y cálida.

Después, la hierba que crecía en la entrada de la guarida dejó de moverse y Darzee dijo:

—¡Todo ha terminado para Rikki-Tikki! Debemos entonar el canto de difuntos en su honor. ¡La valiente Rikki-Tikki ha muerto! Porque seguro que Nagaina la matará bajo tierra.

Así que se puso a cantar una canción muy lúgubre que compuso allí mismo, sobre la marcha; y justo cuando se disponía a entonar la estrofa más conmovedora, la hierba volvió a moverse y Rikki-Tikki, cubierta de tierra, salió arrastrándose del agujero, lamiéndose los bigotes. Darzee enmudeció tras soltar un grito. Rikki-Tikki se sacudió de encima el polvo que le cubría el pelaje y estornudó.

—Todo ha terminado —dijo—. La viuda nunca saldrá del agujero.

La oyeron las hormigas rojas que viven entre la hierba y empezaron a bajar una tras otra para ver si la mangosta había dicho la verdad.

Rikki-Tikki se acomodó sobre la hierba y se quedó dormida allí mismo. Durmió hasta bien entrada la tarde, pues la jornada había resultado agotadora para ella.

—Ahora —dijo al despertar—, regresaré a la casa. Díselo al calderero, Darzee. Que se encargue él de comunicar la muerte de Nagaina a los habitantes del jardín.

El calderero es un pájaro que produce un ruido exactamente igual al de un martillo pequeño al golpear un cacharro de cobre. Y lo hace constantemente porque él es el pregonero en todos los jardines de la India y cuenta todas las noticias a quien quiera escucharlo. Mientras subía por el sendero, Rikki-Tikki oyó el aviso del calderero, parecido a las notas de un gong de los que se hacen sonar para avisar que la comida ya está servida. Luego se oyó un acompasado: «¡Ding-ding-toc! Nag ha muerto, ¡dong! ¡Nagaina ha muerto! ¡Ding-dong-toc!». Al oírlo, todos los pájaros del jardín se pusieron a cantar y las ranas a croar, pues Nag y Nagaina se comían a las ranas al igual que a los pajarillos.

Al llegar Rikki a la casa, Teddy y su madre (que seguía muy pálida, pues se había desmayado varias veces), así como su padre, salieron y casi se pusieron a llorar al verla, y aquella noche comió todo lo que le dieron hasta que no pudo más y luego fue a acostarse montada en un hombro de Teddy, donde seguía cuando, horas más tarde, la madre del muchacho se asomó a su alcoba.

—Nos ha salvado la vida a nosotros y a Teddy —le dijo a su marido—. ¿Te das cuenta? ¡Nos ha salvado la vida a todos!

Rikki-Tikki despertó sobresaltada, ya que todas las mangostas tienen el sueño ligero.

—¡Ah, son ustedes! —exclamó—. ¿Por qué se preocupan ahora? Todas las cobras han muerto y, si no fuera así, aquí estoy yo.

Rikki-Tikki tenía derecho a sentirse orgullosa de sí misma, pero el orgullo no se le subió a la cabeza y se dedicó a cuidar del jardín como corresponde a una mangosta: mordiendo y saltando, brincando y volviendo a morder, hasta que ni una sola cobra osó mostrar la cabeza dentro del recinto.

Canción de Darzee  
(cantada en honor de Rikki-Tikki-Tavi)

Cantor y sastre soy yo,  
doble, es, pues, mi gozo:  
orgullosa de mi vuelo en el cielo,  
orgullosa de la casa que construí.  
Arriba y abajo, así tejo mi música,  
así tejo la casa que construí.  
Canta otra vez a tus pequeñuelos,  
¡Levanta la cabeza, madre!  
Ya ha muerto el mal que nos torturaba,  
la Muerte yace muerta en el jardín.  
Impotente el terror que acechaba entre las rosas.  
¡Muerto y arrojado al estercolero!  
¿Quién nos ha liberado, quién?  
Decidme cuál es su nombre y cuál su nido.  
Rikki, la valiente, la sincera,  
Tikki, con sus ojos llameantes,  
Rikki-Tikki-Tavi, con sus colmillos de marfil,  
la cazadora de ojos llameantes.  
¡Dadle las gracias en nombre de los pájaros,  
que vuelan con las plumas extendidas!  
Ensalzadla con palabras de rruiseñor,

No: yo mismo la ensalzaré.  
¡Oíd! ¡Os cantaré las alabanzas de Rikki,  
la de cola de cepillo y ojos de rojo fuego!

(Aquí Rikki-Tikki lo interrumpió y el resto de la canción se ha perdido.)

## TOOMAI DE LOS ELEFANTES

Recordaré lo que antes era. Harto estoy de soga y cadenas.  
Recordaré mi antigua fuerza  
y mis asuntos en el bosque.  
No venderé mi lomo al hombre  
por un puñado de cañas de azúcar,  
Volveré junto a los míos, en sus guaridas en el bosque.  
Estaré fuera hasta que el día, hasta que el alba apunte,  
recibiendo el beso puro del viento,  
la limpia caricia del agua.  
Me olvidaré de la anilla que ciñe mi tobillo  
y derribaré el cercado.  
Visitaré otra vez mis amores perdidos  
y mis compañeros sin amo.

Kala Nag, que significa Serpiente Negra, había servido al gobierno indio, de todas las maneras en que un elefante puede servir, durante cuarenta y siete años y, como había cumplido ya los veinte cuando lo atraparon, eso significa que tenía ya casi setenta, edad bien madura para un elefante. Recordaba que, con un peto de cuero en la frente, había empujado un cañón que se había atascado en el barro; y eso fue antes de la guerra contra los afganos de 1842, cuando aún no había alcanzado la plenitud de sus fuerzas.

Su madre, Radha Pyari (Radha, la cariñosa), que había sido capturada junto con Kala Nag, le dijo, antes de que se le cayeran sus pequeños colmillos de leche, que los elefantes miedosos siempre se hacían daño y Kala Nag sabía que ese era un buen consejo, pues la primera vez que vio explotar un obús, retrocedió, asustado y chillando, y tropezó con un haz de fusiles, cuyas bayonetas le pincharon las zonas más delicadas de su cuerpo. Así que, antes de cumplir los veinticinco años, se olvidó del miedo y se convirtió en el elefante más querido y mejor cuidado de los que se hallaban al servicio del gobierno indio.

Había transportado tiendas de campaña, mil doscientas libras de peso, durante la marcha por la Alta India. Con una grúa de vapor lo habían izado a bordo de un buque, en el que había hecho una larga travesía, y después le habían hecho llevar un mortero sobre su lomo en un país desconocido y rocoso, muy lejos de la India, y había visto el cadáver del emperador Teodoro en Magdala, regresando luego en el vapor, con derecho, según dijeron los soldados, a la medalla de la guerra de Abisinia. Había visto a sus compañeros elefantes morir de frío, epilepsia, hambre e insolación en un lugar llamado Ali Musjid, diez años más tarde, y después lo habían enviado muchas millas al sur, para que arrastrase y levantase grandes maderos de teca en los depósitos de madera de Moulmein. Allí había dejado medio muerto a un elefante joven e insubordinado que se negaba a hacer la parte de trabajo que le correspondía.

Después lo habían relevado del trabajo en los depósitos de madera y, en compañía de varias veintenas de elefantes más, todos ellos adiestrados como es debido, lo habían utilizado para atrapar elefantes salvajes en las montañas de Garó. El gobierno indio cuida mucho de los elefantes. Existe todo un departamento gubernamental que no hace otra cosa que seguirles el rastro, capturarlos y, una vez domados, mandarlos a todos los puntos del país donde hagan falta para trabajar.

Kala Nag medía sus buenos tres metros de estatura de los hombros al suelo y le habían acortado los colmillos, dejándoselos en cosa de un metro y medio de largo. Los llevaba atados con cintas de cobre por la punta, para impedir que se le resquebrajasen. Pero con lo que le quedaba de colmillos podía hacer mucho más de lo que cualquier elefante no adiestrado era capaz de hacer con sus colmillos completos y puntiagudos.

Cuando, después de semanas y semanas de conducir cuidadosamente elefantes dispersos por las montañas, los cuarenta o cincuenta monstruos salvajes entraban en la última empalizada y cerraban tras ellos la maciza puerta hecha con troncos de árbol atados entre sí, Kala Nag, obedeciendo la voz de mando, penetraba en aquel tumultuoso pandemónium (generalmente de noche, ya que la vacilante luz de las antorchas impedía calcular bien las distancias) y, eligiendo al más corpulento y salvaje de la pandilla, lo golpeaba y acorralaba hasta reducirlo al silencio, mientras los hombres, cabalgando en los demás elefantes, arrojaban sogas a los ejemplares más pequeños y los dejaban amarrados.

En lo que a luchas y peleas se refería, nada había que Kala Nag, el viejo y sabio Serpiente Negra, no supiera, ya que en sus tiempos más de una vez había resistido el ataque del tigre malherido y, enroscando su delicada trompa en el aire para que no se la lastimaran, había descargado un fuerte golpe en la cabeza de la fiera, deteniéndola

en mitad del salto y arrojándola a un lado, para arrodillarse luego sobre ella hasta que la vida se le escapaba con un bufido acompañado por un aullido de dolor. Después, quedaba solamente en el suelo una masa blanda y rayada que Kala Nag se llevaba arrastrándola por la cola.

—Sí —dijo Toomai Grande, su conductor, que era hijo de Toomai Negro, el que lo había llevado a Abisinia, y nieto de Toomai de los Elefantes, que había presenciado su captura—, Serpiente Negra no teme a nada salvo a mí. Ha visto cómo tres generaciones de mi familia lo alimentábamos y cuidábamos y vivirá lo suficiente para ver una cuarta generación.

—También a mí me tiene miedo —dijo Toomai Pequeño, irguiendo su metro y pico de estatura, cubierto solamente con un taparrabos.

Toomai Pequeño tenía solo diez años y era hijo de Toomai Grande, el mayor de sus hijos, de hecho. Siguiendo la costumbre, cuando fuese mayor ocuparía el puesto de su padre en el cuello de Kala Nag y empuñaría el pesado ankus de hierro: la aguijada para llevar elefantes que habían gastado, de tanta usarla, su padre, su abuelo y su bisabuelo. Sabía de qué hablaba, ya que había nacido a la sombra de Kala Nag, había jugado con el extremo de su trompa antes de aprender a andar, lo había llevado a abreviar en cuanto fue capaz de dar unos pasos y Kala Nag no soñaba siquiera en desobedecer las órdenes que el pequeño le daba con su vocecita, como no había soñado con darle muerte el día en que Toomai Grande colocó al moreno pequeñín bajo los colmillos de Kala Nag, ordenando a este que saludase al que, andando el tiempo, sería su amo.

—Sí —dijo Toomai Pequeño—, también a mí me tiene miedo.

Se acercó a Kala Nag a grandes zancadas, le dijo que era un cerdo viejo y gordinflón y le ordenó que levantase las patas una tras otra.

—¡Caramba! —dijo Toomai Pequeño—. Eres un elefante muy grande.

Movió su peluda cabecita y repitió lo que había oído decir a su padre:

—Puede que los elefantes los pague el gobierno, pero nos pertenecen a nosotros, los mahouts. Cuando seas viejo, Kala Nag, vendrá algún acaudalado rajá y te comprará al gobierno, por tu tamaño y tus modales, y entonces no tendrás nada que hacer salvo llevar pendientes de oro en las orejas y un castillo de oro sobre el lomo y una manta roja con adornos de oro en los costados y, vestido así, marcharás a la cabeza de las procesiones del rey. Entonces, Kala Nag, montaré en tu cuello, empuñando un ankus de plata, y abrirán la marcha unos hombres con bastones dorados que gritarán: «¡Dejad paso al elefante del rey!». Eso estará muy bien, Kala Nag, aunque no tanto como cazar en las junglas.



—¡Uf! —dijo Toomai Grande—. Eres un niño, pero pareces un becerro de búfalo. Este correr arriba y abajo por las montañas no es la mejor forma de servir al gobierno. Me estoy volviendo viejo y no me gustan los elefantes salvajes. Dadme establos de ladrillos, uno para cada elefante, con un buen tocón para amarrarlos, y caminos anchos y lisos para adiestrarlos, en vez de este constante ir y venir. Sí, los cuarteles de Cawnpore estaban bien. Cerca había un bazar y solo trabajábamos tres horas al día.

Toomai Pequeño se acordó de los corrales para elefantes que había en Cawnpore y no dijo nada. Él prefería la vida en el campamento y detestaba los caminos anchos y lisos, el tener que ir cada día a buscar forraje en los sitios reservados para ello, así como las largas horas sin otra cosa que hacer salvo contemplar a Kala Nag, que se movía inquieto en el corral.

Lo que le gustaba a Toomai Pequeño era subir por aquellos caminos de herradura que solo un elefante podía subir, el descenso hacia el valle que se abría a sus pies, los elefantes salvajes que pacían a varias millas de distancia, los cerdos y pavos reales asustados que salían huyendo al ver a Kala Nag, el agua cálida y cegadora de la lluvia, el vapor que se alzaba de todas las montañas y valles, las hermosas mañanas envueltas en niebla, cuando nadie sabía dónde acamparían por la noche, la manada de elefantes salvajes que había que conducir con cuidado, incansablemente, así como el tumulto que se armaba la última noche, cuando los elefantes entraban en tropel en la empalizada, como grandes peñascos rodando ladera abajo al producirse un corrimiento de tierras, y se arrojaban furiosamente contra las paredes, mientras los hombres los rechazaban con gritos, antorchas y descargas con cartuchos de fogeo.

Hasta un niño pequeño resultaba útil en aquellos parajes y Toomai lo era tanto como tres muchachos juntos. Sabía blandir una antorcha y chillar como el que más. Pero lo realmente bueno llegaba cuando era hora de sacar los elefantes y la keddah (es decir, la empalizada) parecía una escena del fin del mundo y los hombres tenían que hablarse por señas, ya que sus voces quedaban ahogadas en el tumulto. Entonces Toomai Pequeño se subía a lo alto de uno de los postes que formaban la empalizada, con el pelo negro blanqueado por el sol suelto sobre las espaldas. A la luz de las antorchas parecía un duendecillo y, cuando se producía un breve silencio, se oían los chillidos con que azuzaba a Kala Nag alzándose por encima de los bramidos, el chasquido de las sogas que se partían y los gruñidos de los elefantes ya amarrados.

Maïl, maïl, Kala Nag! (¡Venga, venga, Serpiente Negra!) Dant do! (¡Dale con el colmillo) Somalo! Somalo! (¡Cuidado, cuidado!) Maro! Maro! (¡Pégale, pégale!) ¡Ojo con el poste! Arré! Arré! Hai! Yai! Kya-a-ah! —solía gritar a pleno pulmón Toomai Pequeño, mientras Kala Nag y el elefante salvaje, enzarzados en duro combate, iban de un lado

a otro de la empalizada, y los hombres mayores se secaban el sudor que les caía sobre los ojos y aún tenían tiempo para saludar a Toomai Pequeño, que bailaba de alborozo en lo alto de los postes.

Pero el pequeño hacía algo más que bailar. Una noche bajó de la pared y se metió entre los elefantes y, recogiendo el extremo de una soga que había caído al suelo, se lo arrojó al hombre que trataba de sujetar las patas de un elefante joven que lanzaba patadas a diestro y siniestro (los elefantes jóvenes siempre dan más guerra que los ya crecidos). Kala Nag lo vio y, levantándolo con la trompa, se lo entregó a Toomai Grande, que, tras darle un par de bofetones allí mismo, volvió a colocarlo en lo alto de la empalizada.

Al día siguiente le dio un buen rapapolvo, diciéndole:

—¿No tienes bastante con buenos establos de ladrillo para los elefantes y con acarrear tiendas de un lado para otro, que ahora también tienes que ponerte a capturar elefantes por tu cuenta, pequeño renacuajo? Ahora esos cazadores tontos, cuya paga es inferior a la mía, le han ido con el cuento a Petersen Sahib.

Toomai Pequeño se asustó. No sabía demasiado acerca de los hombres blancos, pero Petersen Sahib era el mayor hombre blanco del mundo ante sus ojos. Era el jefe de todas las operaciones de la keddah, el hombre que capturaba todos los elefantes para el gobierno indio, el que sabía de elefantes más que cualquier otro hombre del mundo.

—¿Qué... qué pasará? —preguntó Toomai Pequeño.

—¡Pasar! ¡Pues pasará lo peor que pueda pasar! Petersen Sahib está loco. Si no lo estuviera, ¿por qué iba a cazar a esos diablos salvajes? Incluso puede que quiera que te dediques a capturar elefantes, durmiendo en cualquier lugar de estas junglas llenas de fiebre y terminando por morir aplastado en la keddah. Afortunadamente, esta locura ya está a punto de terminar sin que haya ocurrido ninguna desgracia. La semana que viene termina la caza y nos mandarían regresar a nuestros acantonamientos en las llanuras. Allí podremos andar por caminos bien hechos y olvidarnos de todo lo relacionado con esta cacería. De todos modos, hijo, no me gusta que te entrometas en lo que es cosa de estos sucios asameses que viven en la jungla. Kala Nag no obedecerá a nadie salvo a mí, así que debo entrar con él en la keddah, aunque no es más que un elefante de pelea y no ayuda a amarrar a los demás. Por esto me siento tranquilamente como corresponde a un mahout, no a un simple cazador, sino a un mahout, o sea, un hombre que recibe una pensión cuando termina su servicio. ¿Acaso la familia de Toomai de los Elefantes debe morir pisoteada por los animales en la keddah? ¡Malo! ¡Perverso! ¡Mal hijo! Vete a lavar a Kala Nag y a cuidarle las orejas y

procura que no le quede ninguna espina clavada en las patas. Si no, puedes estar seguro de que Petersen Sahib te cogerá y te convertirá en un cazador salvaje, un rastreador de elefantes, un oso de la jungla. ¡Qué vergüenza! ¡Vete!

Toomai Pequeño se fue sin decir palabra, pero le contó todas sus penas a Kala Nag mientras le examinaba las patas.

—No importa —dijo Toomai Pequeño, levantando el borde de la enorme oreja derecha de Kala Nag—. Le han dicho cómo me llamo a Petersen Sahib y puede que... puede que... puede que... ¿quién sabe? ¡Anda! ¡Qué espina más gorda acabo de sacarte!

Durante varios días estuvieron entregados a la tarea de reunir a los elefantes y hacer que los ejemplares salvajes recién capturados aprendieran a caminar entre dos elefantes ya domados, para impedir que causaran demasiadas dificultades durante la marcha de regreso a las llanuras. Hicieron también el recuento de las mantas y sogas y demás pertrechos que se habían estropeado o perdido en el bosque.

Petersen Sahib se presentó montado en Pudmini, su inteligente elefante hembra. Venía de las montañas, donde había estado pagando a la gente de otros campamentos y despidiéndola, pues se acercaba el final de la temporada. Un escribiente nativo había instalado su mesa debajo de un árbol y se disponía a pagar el jornal de los conductores de elefantes. A medida que iban recibiendo su paga, los hombres regresaban junto a sus elefantes y se unían a la fila que esperaba el momento de ponerse en marcha. Los captores y cazadores, así como los ojeadores y los hombres de la keddah, que permanecían en la jungla año tras año, se hallaban sentados a lomos de los elefantes que formaban el grupo permanente de Petersen Sahib o bien se encontraban reclinados en los troncos de los árboles, con el rifle en cruz, burlándose de los conductores que se iban y riéndose cada vez que uno de los elefantes acabados de capturar se salía de la fila y correteaba por los alrededores.

Toomai Grande, seguido por Toomai Pequeño, se acercó al escribiente, mientras Machua Appa, el jefe de los rastreadores, le decía en voz baja a un amigo:

—Ahí va el que podría llegar a ser un buen cazador de elefantes. Es lástima que lo manden a las llanuras. Allí no podrá hacer otra cosa que derretirse de calor.

Pero he aquí que Petersen Sahib era todo oídos, como cabía esperar de un hombre que se dedicaba a capturar al más silencioso de los seres vivientes: el elefante salvaje. Se hallaba tendido cuan largo era sobre el lomo de Pudmini y, sin variar su postura, volvió la cabeza y dijo:

—¿Qué es eso? No sabía que entre los conductores de la llanura hubiese un hombre con sesos suficientes para amarrar siquiera un elefante muerto.

—No se trata de un hombre, sino de un niño. El otro día se metió en la keddah y le echó la sogá a Barmao mientras nosotros tratábamos de alejar de su madre a aquella cría que tiene una mancha en la espalda.

Machua Appa señaló a Toomai Pequeño, que se inclinó hasta rozar el suelo con la frente al ver que Petersen Sahib volvía los ojos hacia él.

—¿Ese arrojó la sogá? ¡Si es tan pequeño que casi no se ve! ¿Cómo te llamas, chico? —dijo Petersen Sahib.

Toomai Pequeño estaba demasiado asustado para hablar, pero Toomai Grande hizo una señal con la mano y Kala Nag, que estaba detrás del pequeño, lo cogió con la trompa y lo alzó hasta que estuvo al nivel de la frente de Pudmini, enfrente del gran Petersen Sahib. Toomai Pequeño ocultó la cara entre las manos, porque era solo un niño y, salvo en lo que a los elefantes se refería, era tan tímido como pueda serlo un crío.

—¡Ajá! —exclamó Petersen Sahib, sonriendo por debajo de su bigote—. ¿Se puede saber por qué le has enseñado ese truco a tu elefante? ¿Tal vez para que te ayudase a robar maíz verde cuando ponen las mazorcas a secar en los tejados de las casas?

—Maíz verde, no, oh Protector de los Pobres..., melones —dijo Toomai Pequeño.

Todos los hombres que se hallaban sentados por allí prorrumpieron en una carcajada. La mayoría de ellos habían enseñado aquel truco a sus elefantes cuando eran unos mozuelos. Toomai Pequeño seguía suspendido a más de dos metros del suelo, deseando estar a más de dos metros bajo tierra.

—Ese es Toomai, mi hijo, sahib —dijo Toomai Grande, frunciendo el ceño—. Es un niño muy malo y acabará yendo a parar a la cárcel, sahib.

—Sobre eso tengo mis dudas —dijo Petersen Sahib—. Un niño de esa edad que se atreve a meterse en una keddah llena de elefantes no es probable que acabe en la cárcel. Mira, pequeño, aquí tienes cuatro annas para comprarte dulces en recompensa por tener esa cabecita tan inteligente debajo de esa enorme techumbre de pelo. Puede que con el tiempo llegues a ser todo un cazador.

Toomai Grande frunció el ceño más que antes.

—Recuerda, sin embargo —prosiguió Petersen Sahib—, que las keddahs no son sitios adecuados para los juegos infantiles.

—¿No debo entrar nunca en ellas, sahib? —dijo Toomai Pequeño, soltando un respingo.

—Sí —repuso Petersen Sahib, volviendo a sonreír—. Cuando veas que los elefantes bailen. Entonces podrás entrar. Cuando veas que los elefantes se ponen a bailar, ven a verme y te daré permiso para entrar en todas las keddahs.

Una nueva carcajada recibió las palabras de Petersen Sahib, pues lo del baile de los elefantes era un viejo chiste al que recurrían los cazadores de elefantes cuando querían decir nunca. Ocultas en las selvas, existen extensiones de terreno llano y sin árboles a las que llaman «los salones de baile de los elefantes». Pero incluso esos claros de la jungla solo se encuentran por casualidad y jamás hombre alguno ha visto bailar a los elefantes. Cuando un conductor fanfarronea sobre su pericia y valor, sus compañeros le preguntan:

—¿Y cuándo viste tú bailar a los elefantes?

Kala Nag dejó en el suelo a Toomai Pequeño, que volvió a hacer una profunda reverencia y se fue con su padre. La moneda de cuatro annas se la dio a su madre, que estaba cuidando a su hermanito. Montaron luego en Kala Nag y la larga fila de elefantes gruñones y chillones empezó el descenso hacia las llanuras. Resultó una marcha muy movida a causa de los nuevos elefantes, que daban guerra cada vez que había que vadear un río. Cada dos por tres los hombres tenían que azuzarlos para que siguieran avanzando. A veces bastaban los mimos, pero otras veces era necesario recurrir a los azotes.

Toomai Grande azuzaba a Kala Nag con cara de pocos amigos, ya que estaba muy enfadado. Toomai Pequeño, en cambio, se sentía demasiado feliz para hablar. Petersen Sahib se había fijado en él y le había dado dinero, por lo que el pequeño se sentía como un soldado raso al que su comandante, tras ordenarle dar unos pasos al frente, elogiase ante todo el regimiento.

—¿Qué quiso decir Petersen Sahib con lo del baile de los elefantes? —preguntó finalmente a su madre.

Toomai Grande lo oyó y se puso a refunfuñar.

—Que nunca debes convertirte en uno de esos rastreadores que no son más que un hatajo de búfalos salvajes. Eso es lo que quiso decir. ¡Eh, vosotros los de delante! ¿Por qué no seguís avanzando?

Un conductor asamés, dos o tres elefantes delante, volvió la cabeza y exclamó ásperamente:

—¡Ven aquí con Kala Nag! ¡A ver si esa cría que llevo yo aprende a portarse bien! ¿Por qué me habrá escogido Petersen Sahib a mí para llevar a esos burros de los arrozales? Acércate con tu animal, Toomai, y que pinche un poco a los míos. ¡Por todos los Dioses de las Montañas! Estos nuevos elefantes o están poseídos u olfatean la presencia de sus compañeros en la jungla.

Kala Nag descargó unos cuantos golpes en las costillas del nuevo elefante hasta dejarlo sin aliento, mientras Toomai Grande decía:

—No hemos dejado ningún elefante salvaje en las montañas. La culpa es tuya y de nadie más, por no saber conducir a tu elefante. ¿Pretendes que cuide yo de mantener el orden en toda la fila?

—¡Oídle! —exclamó el otro conductor—. ¡Dice que hemos dejado las montañas limpias de elefantes! ¡Jo, jo! Vosotros los de la llanura sois muy sabios. Nadie salvo un cabeza de chorlito que jamás haya visto la jungla pensaría que la temporada ya ha terminado. Así que esta noche los elefantes salvajes... Pero ¿de qué sirve malgastar mi sabiduría en una tortuga de río?

—¿Qué harán los elefantes salvajes? —preguntó Toomai Pequeño.

—¡Ohé, pequeño! ¿Estás ahí? Pues a ti te lo diré, porque tú tienes sesos en la mollera. Se pondrán a bailar y conviene que tu padre, el que se ha llevado todos los elefantes de todas las montañas, los amarre con doble cadena esta noche.

—¿Qué tonterías son esas? —dijo Toomai Grande—. Los dos, padre e hijo, llevamos cuarenta años cuidando elefantes y nunca hemos oído semejantes paparruchas sobre elefantes que bailan.

—Sí, pero un hombre de la llanura que vive en una choza no conoce más que las cuatro paredes de la choza. Bueno, no les pongas los grilletes a tus elefantes esta noche y ya verás qué ocurre. En cuanto a eso del baile, he visto el lugar... Bapree bap! ¿Cuántos meandros tiene el río Dihang? Ya hay que vadearlo otra vez y hacer que las crías naden. ¡Deteneos, vosotros los de atrás!

Y de esta manera, hablando, disputando y chapoteando al vadear los ríos, cubrieron la primera etapa de la marcha hasta llegar a una especie de campamento de recepción para elefantes recién capturados. Pero la calma la perdieron mucho antes de llegar allí.

Encadenaron las patas traseras de los elefantes a unas estacas clavadas en el suelo y, para mayor seguridad, ataron también con amarras a los ejemplares capturados durante la temporada. Después, ya por la tarde, tras colocar el forraje al alcance de los animales, los conductores de montaña regresaron a donde los esperaba Petersen Sahib, no sin antes decirles a los de las llanuras que doblasen la vigilancia aquella noche y riéndose cuando estos les preguntaban por qué.

Toomai Pequeño se encargó de dar de cenar a Kala Nag y al caer la noche, lleno de felicidad, se puso a rondar por el campamento en busca de un tam-tam. Cuando un niño indio tiene el corazón rebosante de felicidad, no se dedica a correr alocadamente de un lado a otro, armando ruido, sino que se sienta y celebra una especie de fiesta él solo. ¡Y a Toomai Pequeño le había dirigido la palabra Petersen Sahib! Creo que, de no haber encontrado lo que buscaba, habría reventado. Pero el hombre que vendía dulces en el campamento le prestó un pequeño tam-tam, es decir, un tambor que se

batía con la palma de la mano. Cuando las estrellas comenzaban a brillar, el pequeño se sentó delante de Kala Nag, con las piernas cruzadas y el tambor en el regazo, y se puso a tocarlo una y otra vez; y cuanto más pensaba en el gran honor que había recibido, con mayor ímpetu hacía sonar el tambor, completamente solo entre el forraje de los elefantes. La melodía y la letra brillaban por su ausencia, pero le bastaba el batir del tambor para sentirse feliz.

De vez en cuando, los nuevos elefantes tiraban de sus amarras, gemían y berreaban. A oídos del pequeño llegó la voz de su madre, que acostaba a su hermanito en la choza del campamento, arrullándolo con una canción muy, muy antigua, sobre el gran dios Shiva, el que una vez dijera a todos los animales lo que debían comer. Es una canción de cuna muy dulce cuya primera estrofa dice:

Shiva, que hizo crecer la cosecha y soplar los vientos,  
sentado en el umbral de un día ya muy lejano,  
dio a cada cual su parte, de comida, trabajo y dolor,  
desde al rey en su guddee hasta al mendigo de la puerta.  
Todas las cosas las hizo él, Shiva el Protector.  
Mahadeo! Mahadeo! Todo lo hizo él:  
espinos para el camello y forraje para el ganado,  
y el corazón de la madre  
para que repose el pequeñín,  
¡Duerme, hijito mío, duerme!

Toomai Pequeño subrayaba el final de cada estrofa con los alegres sonos de su tambor, hasta que le entró sueño y se tendió sobre el forraje, a los pies de Kala Nag.

Al poco, los elefantes empezaron a acostarse uno tras otro, como tienen por costumbre, hasta que solo quedó en pie Kala Nag, que se hallaba en el extremo derecho de la fila, meciéndose suavemente y aguzando el oído para escuchar el aire de la noche que acariciaba las colinas. El aire estaba lleno de esos ruidos nocturnos que, uniéndose, engendran un gran silencio: el chasquido de una caña de bambú al chocar con otra, el crujido de algo vivo que se mueve entre los arbustos, el graznido de un pájaro medio despierto (los pájaros pasan la noche en vela mucho más a menudo de lo que nos imaginamos), y lejos, muy lejos, el rumor de una cascada. Toomai Pequeño durmió un rato y, al despertar, la luz de la luna lo cubría todo con su brillo. Kala Nag seguía de pie y tenía las orejas levantadas. Toomai Pequeño dio media vuelta, haciendo crujir el forraje, y contempló la curva del enorme lomo que se

recortaba sobre el cielo estrellado. En estas, a lo lejos, tan a lo lejos que apenas se oía, sonó el berrido de un elefante salvaje.

Como si acabase de sonar un cañonazo, todos los elefantes de la fila se pusieron en pie de un salto y con sus gruñidos despertaron a sus mahouts, que corrieron con sus mazos a clavar con mayor fuerza las estacas, apretando esta soga y atando aquella, hasta que el silencio volvió a reinar en el lugar. Uno de los nuevos elefantes casi había arrancado su estaca y Toomai Grande, tras quitar la cadena, sujeta a las patas de Kala Nag, la utilizó para trabar las patas delanteras con las traseras del elefante. Después ató las patas de Kala Nag con una soga de hierbas entrelazadas y le dijo que no se olvidase de que estaba fuertemente atado. Sabía que él, su padre y su abuelo habían hecho lo mismo centenares de veces. Kala Nag no contestó con sus gorgoteos de costumbre, sino que se quedó quieto, mirando a lo lejos, la cabeza algo levantada y las orejas extendidas como abanicos, hacia los grandes pliegues de las montañas de Garó.

—Cuida de él si lo ves inquieto —le dijo Toomai Grande a Toomai Pequeño, entrando luego en la choza para acostarse.

También Toomai Pequeño estaba a punto de quedarse dormido cuando oyó que las amarras de fibra se partían con un leve chasquido y Kala Nag se soltaba de las estacas con la misma lentitud y el mismo silencio con que una nube sale por la boca de un valle. Toomai Pequeño salió tras el elefante, corriendo por el camino con sus pies desnudos y exclamando por lo bajo:

—¡Kala Nag! ¡Kala Nag! ¡Llévame contigo, Kala Nag!

El elefante volvió la cabeza sin decir nada, retrocedió hasta donde estaba el muchacho, lo cogió con la trompa y, tras colocárselo sobre el cuello, se metió en la espesura antes de que Toomai Pequeño hubiese terminado de acomodarse.

Los demás elefantes prorrumpieron en un único y atronador berrido y luego el silencio lo envolvió todo de nuevo, mientras Kala Nag seguía avanzando. A veces la hierba le acariciaba los flancos del mismo modo que las olas acarician los costados de un buque. Otras veces las plantas que colgaban de los árboles le rascaban la espalda o algún bambú se partía a su paso, pero entre un ruido y otro, se movía en absoluto silencio, adentrándose en la espesa vegetación de Garó como si de una cortina de humo se hubiera tratado. Marchaban cuesta arriba, pero, aunque de vez en cuando se veían brillar las estrellas entre las copas de los árboles, Toomai Pequeño no sabía qué dirección llevaban.

Al cabo de un rato, Kala Nag llegó a la cima de la cuesta y se detuvo unos instantes, y Toomai Pequeño pudo ver a sus pies las copas de los árboles, extendiéndose hasta



lejos bajo la luz de la luna, y la neblina entre blanca y azulada que cubría la hondonada del río. Toomai se inclinó hacia delante y le pareció que la jungla despertaba a sus pies, que despertaba y cobraba vida. Un enorme murciélago pardo, de esos que comen fruta, pasó rozándole la oreja, las púas de un puerco espín emitieron un ruido seco al chocar con los arbustos, mientras de las tinieblas que envolvían a los árboles surgió el ruido de un jabalí que, sin dejar de resoplar un solo instante, escarbaba la tierra cálida y húmeda.

Luego el ramaje volvió a formar un techo sobre su cabeza y Kala Nag empezó a descender lentamente hacia el valle, aunque esta vez no lo hacía en silencio, sino que parecía una pieza de artillería al despeñarse por un profundo barranco. Las gruesas patas del elefante se movían con la fuerza y la regularidad de los émbolos de una locomotora, cubriendo más de dos metros a cada zancada, crujiendo su rugosa piel al rozar la espesura. A su paso, la maleza se abría con estrépito de lona rasgada y los arbolillos, tras doblarse bajo sus patas, recobraban su posición azotándole los flancos con violencia. De sus colmillos colgaba una tupida masa de plantas trepadoras que el animal arrancaba al abrirse camino con la cabeza. Toomai Pequeño se tendió cuanto largo era sobre el cuello del elefante para evitar que las ramas lo arrojasen al suelo, mientras se decía que ojalá volviera a estar en el campamento.

La hierba empezaba a ser húmeda y blanda y las patas de Kala Nag chapoteaban al avanzar. La neblina que cubría el fondo del valle era fría y Toomai Pequeño se estremecía a cada instante. Luego se oyó un chapoteo más fuerte y el ruido de una corriente de agua y Kala Nag comenzó a vadear un río, tanteando el terreno con sus patas antes de cada paso. Por encima del estruendo del agua que pasaba entre las patas del elefante, Toomai Pequeño pudo oír más chapoteos y algunos berridos corriente arriba y corriente abajo. Sonoros gruñidos y resoplidos de rabia llenaron el aire, al tiempo que la neblina que envolvía al pequeño se poblaba de enormes sombras que se movían.

—¡Ay! —exclamó, sintiendo cómo le castañeteaban los dientes—. Los elefantes han salido esta noche. Entonces era verdad: esto es el baile del que nos hablaron.

Kala Nag salió del agua, sopló para aclararse la trompa y emprendió una nueva subida, pero esta vez no estaba solo, por lo que no tuvo que abrirse camino él mismo. El camino ya estaba abierto, tendría cerca de dos metros de ancho y se extendía ante él, alfombrado por la hierba aplastada que trataba de incorporarse de nuevo. Debían de ser muy numerosos los elefantes que momentos antes habían recorrido aquella senda. Toomai Pequeño volvió la vista atrás y vio unos enormes colmillos, sobre los cuales, ardiendo cual ascuas, brillaban unos ojillos de cerdo, que salían de la neblina

que cubría el río. Los árboles volvieron a formar un techo sobre la cabeza del pequeño y siguieron avanzando cuesta arriba, rodeados por todas partes por berridos y chasquidos de ramas que se partían.

Por fin Kala Nag se detuvo entre dos árboles, justo en la cima de la colina. Los dos árboles formaban parte de un círculo que rodeaba un espacio irregular de casi dos hectáreas cuya superficie había sido pisoteada hasta quedar tan dura como si fuera de baldosas. En el centro del claro crecían unos árboles cuya corteza había sido arrancada, por lo que la madera blanca del tronco brillaba a la luz de la luna. De las ramas superiores colgaban plantas trepadoras y las corolas de las mismas, enormes y de un blanco céreo, parecidas a los convólvulos, colgaban también, sumidas en profundo sueño. Dentro del claro, sin embargo, no se veía una sola brizna de verdor, nada salvo la tierra pisoteada.

A la luz de la luna, todo aparecía teñido de un gris metálico, salvo las siluetas negras como la tinta china de algunos elefantes. Toomai Pequeño, conteniendo la respiración, contemplaba la escena con los ojos desorbitados y veía cómo más y más elefantes surgían de entre los árboles y se unían a sus compañeros en el claro. Toomai Pequeño solamente sabía contar hasta diez y hasta diez contó una y otra vez con los dedos de las manos, hasta que perdió la cuenta de las decenas y la cabeza empezó a darle vueltas. Fuera del claro se oía el ruido que hacían los elefantes al subir por la ladera aplastando los matorrales bajo sus patas, pero, en cuanto penetraban en el círculo que formaban los troncos de los árboles, los animales se movían como fantasmas.

Había machos salvajes de colmillos blancos, llenos de hojas, nueces y ramitas las arrugas del cuello y los pliegues de las orejas. Había elefantas de lento caminar bajo cuyos estómagos correteaban sus crías, entre rosadas y negras, que apenas alcanzaban un metro de altura. Y también ejemplares jóvenes cuyos colmillos empezaban a verse y los llenaban de orgullo. Y elefantas solteronas, de piel lacia y áspera, expresión angustiada y trompa que semejaba hecha de corteza de árbol. Y viejos elefantes luchadores con el cuerpo cubierto por las cicatrices de batallas ya lejanas, cayéndoles del lomo el barro seco acumulado durante sus solitarios baños de barro. Y había también uno al que le faltaba parte de un colmillo y cuyo flanco mostraba la huella de un zarpazo, la terrible señal del ataque de un tigre.

Se hallaban de pie, con las cabezas juntas, o paseaban arriba y abajo por parejas, mientras otros, aislados de los demás, se mecían plácidamente. Había veintenas y veintenas de elefantes.

Toomai sabía que, mientras siguiera quieto en el cuello de Kala Nag, nada malo le pasaría, pues incluso en medio del barullo que se arma al meter a los elefantes en la

keddah ningún elefante salvaje levanta la trompa para coger al hombre que se encuentre sobre el cuello de un elefante domesticado. Además, aquella noche los elefantes del claro de la jungla no pensaban en los hombres. Hubo un momento en que se sobresaltaron y movieron las orejas hacia delante, pues se oyó el ruido metálico de unos grilletos en la espesura, pero no era más que Pudmini, el elefante favorito de Petersen Sahib, que subía resoplando y arrastrando tras sí un trozo de cadena. Seguramente habría arrancado las estacas del suelo para escapar del lugar donde Petersen Sahib se hallaba acampado. Y Toomai Pequeño vio también a otro elefante, uno al que no conocía, cuyo lomo y pecho se hallaban surcados por las profundas huellas de las sogas. También este se habría fugado de algún campamento de los alrededores.

Por fin dejó de oírse ruido de elefantes en la selva y Kala Nag, abandonando su puesto entre los árboles, se metió en medio de la multitud, cloqueando y gorgoteando, mientras todos los elefantes empezaban a hablar en su propia lengua y a moverse de un lado a otro.

Tendido aún sobre el cuello de Kala Nag, Toomai Pequeño bajó los ojos hacia la multitud de amplios lomos e inquietas orejas que lo rodeaban y vio también un sinfín de colmillos y ojillos que se movían vivamente. Oyó el chasquido de los colmillos que accidentalmente chocaban con otros colmillos y el seco roce de las trompas que se entrelazaban y de los enormes flancos que se apretujaban en el claro, aparte del incesante silbido de las colas que hendían el aire. Entonces una nube ocultó la luna y el pequeño se sentó, envuelto por la densa oscuridad, aunque siguió oyéndose el incansable ir y venir del tropel de elefantes. Sabía que Kala Nag estaba completamente rodeado de elefantes y que no había ninguna probabilidad de hacerlo retroceder para abandonar la reunión, así que apretó los dientes y se estremeció. Al menos en una keddah había antorchas que daban luz y hombres que gritaban, pero allí se encontraba solo en las tinieblas y en cierta ocasión un animal levantó la trompa y con ella le tocó la rodilla.

Luego uno de los elefantes soltó un berrido y todos los demás lo secundaron durante cinco o diez ensordecedores segundos. El rocío de los árboles cayó sobre ellos como la lluvia, mojando los lomos que el pequeño no podía ver, al tiempo que empezó a oírse un ruido retumbante, no muy fuerte al principio, que Toomai Pequeño no acertó a descifrar. El ruido, con todo, fue haciéndose más fuerte y Kala Nag alzó una pata delantera y después la otra, bajándolas luego con un rítmico uno-dos, uno-dos, como si fueran martillos pilones. Todos los elefantes se pusieron a golpear el suelo con las patas y producían un sonido que recordaba el batir de un tambor de

guerra ante la entrada de una gruta. El rocío siguió cayendo de los árboles hasta que no quedó ni una gota más y el ruido retumbante siguió creciendo y creciendo. El suelo parecía estremecerse y bailar y Toomai Pequeño se tapó las orejas con las manos para no oírlo. Pero era como si una gigantesca sacudida recorriese todo su cuerpo, mientras centenares de gruesas patas golpeaban con fuerza la tierra desnuda. Una o dos veces notó que Kala Nag y los demás daban varias zancadas hacia delante y entonces el ruido cambiaba y se convertía en el peculiar sonido de materias vegetales al ser trituradas. Pero a los pocos instantes las patas volvían a retumbar sobre la tierra endurecida. Cerca de él un árbol crujía y gruñía. Extendió el brazo y su mano tocó la corteza, pero Kala Nag, sin dejar de pisotear, avanzó unos pasos y el pequeño no pudo adivinar en qué parte del claro se encontraba. Los elefantes se movían en silencio y solo una vez dos o tres crías soltaron un chillido al unísono. Luego se oyó un golpe seco, unas patas que se arrastraban y el ruido retumbante prosiguió. Al cabo de dos horas y pico, Toomai Pequeño tenía todos los nervios doloridos, a punto de estallar, pero por el olor del aire de la noche supo que el amanecer estaba ya próximo.

La mañana irrumpió como una cortina de pálido amarillo por detrás de las verdes colinas y con el primer rayo de luz cesó el ruido, como si la luz hubiese sido una orden. Antes de que a Toomai Pequeño dejase de retumbarle la cabeza, antes incluso de que tuviera tiempo de cambiar de postura, todos los elefantes se esfumaron dejando solamente a Kala Nag, Pudmini y al elefante de las cicatrices hechas por la soga, sin que ni un roce ni un susurro se oyera en las laderas para indicar por dónde se habían ido los demás.

Toomai Pequeño miraba y miraba sin apenas dar crédito a lo que veían sus ojos. El claro, tal como él lo recordaba, había crecido durante la noche. En medio había más árboles, pero los matorrales y la hierba de los lados habían retrocedido. Toomai Pequeño volvió a mirar y entonces comprendió lo sucedido: los elefantes habían ampliado el claro para tener más espacio. Primero habían pisoteado la hierba gruesa y las jugosas cañas hasta convertirlas en broza, que luego habían convertido en brizas, después estas en diminutas fibras y finalmente las fibras en tierra dura.

—¡Caramba! —exclamó Toomai Pequeño, abriendo mucho los ojos—. Kala Nag, mi señor, vámonos con Pudmini al campamento de Petersen Sahib o me caeré de tu cuello.

El tercer elefante vio cómo se iban los otros dos, resopló, dio media vuelta y se marchó por su propio lado. Puede que perteneciera al séquito de algún reyezuelo nativo establecido a cincuenta, sesenta o incluso cien millas de allí.

Dos horas más tarde, mientras Petersen Sahib se hallaba desayunando, los elefantes, que aquella noche habían sido atados con doble cadena, empezaron a berrear y Pudmini, cubierta de barro hasta las orejas, se presentó en el campamento, acompañada por Kala Nag, al que le dolían mucho las patas.

Toomai Pequeño tenía la cara gris y contraída y tenía el pelo lleno de hojas y empapado por el rocío. Pese a todo, trató de saludar a Petersen Sahib al tiempo que con voz desfallecida exclamaba:

—¡El baile...! ¡El baile de los elefantes! Lo he visto y... ¡me muero!

Al sentarse Kala Nag, el pequeño se desplomó al suelo sin conocimiento.

Pero, como cabría decir que los niños nativos apenas tienen nervios, se encontraba tendido la mar de contento en la hamaca de Petersen Sahib, con la chaqueta de caza de este colocada a guisa de almohada debajo de su cabeza y un vaso de leche caliente con un poco de coñac y un chorrito de quinina entre pecho y espalda. Mientras los viejos y peludos cazadores de la jungla, con sus cuerpos llenos de cicatrices, sentados a su alrededor, lo miraban como si fuera un espíritu, el pequeño contó su historia en breves palabras, como es propio de las criaturas, y terminó diciendo:

—Ahora bien, si creéis que alguna de mis palabras es mentira, que vayan a comprobarlo unos cuantos hombres y verán que el Pueblo de los Elefantes ha hecho ampliaciones en su sala de baile y encontrarán diez y diez y muchas veces diez rastros que conducen a la sala de baile. Se hicieron más sitio con las patas. Yo lo he visto. Kala Nag me llevó para que lo viese. ¡También Kala Nag tiene las patas muy cansadas!

Toomai Pequeño se tumbó de espaldas y durmió toda la larga tarde hasta bien entrado el crepúsculo y, mientras él dormía, Petersen Sahib y Machua Appa siguieron el rastro de los dos elefantes durante quince millas por las colinas. Petersen Sahib llevaba dieciocho años capturando elefantes y solo en una ocasión anterior había visto uno de los lugares donde se celebraban los bailes. A Machua Appa no le hizo falta mirar dos veces el claro, ni levantar con el pie la tierra compacta, para comprender lo que había sucedido allí.

—El niño dice la verdad —dijo—. Todo esto ha sido obra de la noche pasada y he contado setenta rastros que cruzan el río. Observe, sahib, cómo el grillete de Pudmini ha levantado la corteza de ese árbol: sí, también ella ha estado aquí.

Se miraron el uno al otro, luego al cielo y a la tierra y se quedaron pensativos, pues la conducta de los elefantes resulta insondable para los hombres, sean blancos o negros.

—Cuarenta y cinco años —dijo Machua Appa— he estado siguiendo a mi señor el elefante, pero jamás he oído decir que un hijo de mujer haya visto lo que ha visto este pequeño. ¡Por todos los Dioses de las Montañas! Es... ¿qué podemos decir?

Se quedó meneando la cabeza.

Cuando llegaron al campamento, era ya hora de cenar. Petersen Sahib comió solo en su tienda, pero ordenó que matasen dos corderos y unas cuantas gallinas y que doblasen las raciones de harina, arroz y sal, pues sabía que iban a celebrar un festín.

Toomai Grande había llegado corriendo desde el campamento de las llanuras en busca de su hijo y de su elefante y, ahora que ya había dado con ellos, los miraba como si ambos le inspirasen temor. Y celebraron una fiesta alrededor de las llamas de las hogueras, delante de las filas de elefantes amarrados, y Toomai Pequeño se convirtió en el héroe del día. Y los recios y morenos cazadores de elefantes, los rastreadores, conductores y encargados de las sogas, así como los hombres que conocen todos los secretos de la doma de los más salvajes elefantes, se iban pasando al pequeño unos a otros y le señalaban la frente con la sangre de un gallo silvestre recién muerto, para que se viera que era una criatura de los bosques, iniciada y libre en todas las junglas.

Y por fin, cuando las llamas se apagaron y el resplandor rojizo de los troncos daba la sensación de que también a los elefantes los habían marcado con sangre, Machua Appa, el jefe de todos los conductores de todas las keddahs; Machua Appa, que era el otro yo de Petersen Sahib y nunca en cuarenta años había visto un sendero abierto por el hombre; Machua Appa, que era tan grande que no tenía otro nombre que el de Machua Appa, se levantó de un salto, levantó a Toomai Pequeño por encima de su cabeza y gritó:

—Escuchad, hermanos míos. Escuchad también vosotros, mis señores que estáis amarrados, pues yo, Machua Appa, voy a hablar. Este pequeño ya no se llama Toomai Pequeño, sino que a partir de ahora se llama Toomai de los Elefantes, como su bisabuelo se llamaba también. Lo que jamás hombre alguno ha visto él lo vio durante la larga noche y el favor del Pueblo de los Elefantes y de los Dioses de las Junglas mora en él. Será un gran rastreador, llegará a ser más grande que yo, incluso que yo..., ¡Machua Appa! Seguirá el rastro nuevo y el ya viejo, así como el que es ambas cosas a la vez. ¡Y los seguirá con ojos penetrantes! Ningún mal sufrirá en la keddah cuando corra por debajo del vientre de los elefantes para echarle la soga al de terribles colmillos. Y si resbala y cae ante las patas del elefante de combate, este sabrá quién yace a sus pies y no lo aplastará. ¡Aihai, mis señores encadenados! —exclamó, volviéndose hacia la línea de elefantes amarrados—. ¡Aquí tenéis al pequeño que ha

presenciado vuestros bailes en lugares ocultos! ¡El que ha visto lo que nadie ha visto jamás! ¡Rendidle honores, mis señores! ¡Salaam karo, hijos míos! ¡Saludad como es debido a Toomai de los Elefantes! ¡Gunga Pershad, ahaa! ¡Hira Guj, Birchi Guj, Kuttar Guj, ahaa! ¡Pudmini..., tú lo has visto en el baile, y tú también, Kala Nag, perla mía entre los elefantes! Ahaa! ¡Todos a una! ¡A Toomai de los Elefantes! Barrao!

Al oír este último alarido salvaje toda la línea de elefantes alzaron la trompa hasta que con la punta se tocaron la frente y profirieron el saludo reglamentario, la ensordecedora fanfarria de trompetas que nadie salvo el virrey de la India oye jamás: ¡El Salaamut de la keddah! Mas todo ello era en honor de Toomai Pequeño, que había visto lo que nunca antes hombre alguno había visto: ¡el baile de los elefantes, de noche y solo en el corazón de las montañas de Garó!

### Shiva y el saltamontes

(La canción que la madre de Toomai cantó al bebé.)

Shiva, que hizo crecer la cosecha y soplar los vientos,  
sentado en el umbral de un día ya muy lejano,  
dio a cada cual su parte, de comida, trabajo y dolor,  
desde al rey en su guddee hasta al mendigo de la puerta.

Todas las cosas las hizo él, Shiva el Protector.  
Mahadeo! Mahadeo! Todo lo hizo él:  
espinos para el camello y forraje para el ganado,  
y el corazón de la madre  
para que repose el pequeñín.  
¡Duerme, hijito mío, duerme!

Trigo dio a los ricos, mijo a los pobres,  
mendrugos a los hombres santos  
que piden de puerta en puerta,  
ganado para el tigre y carroña para el milano,  
y trapos y huesos a los malvados lobos  
que de noche acechan el cercado.

Nadie por alto dejaba y nadie por bajo abandonaba.  
A su lado Parbati los veía ir y venir,  
pensó en hacerle una broma y burlarse de Shiva:  
cogió el pequeño saltamontes y se lo escondió en el pecho.

Y así le engañó, a Shiva el Protector.  
Mahadeo! Mahadeo! Volveos y mirad.  
Altos son los camellos y gruesas las vacas,  
pero este era el más pequeño de los animalitos.

Cuando el alimento estuvo repartido, se rió y dijo:  
«Señor, del millón de bocas, ¿no ha quedado una sin comer?»  
Riendo, contestó Shiva: «Todos han recibido su parte,  
incluso el pequeñín que escondes junto al corazón».  
Del pecho lo extrajo, Parbati la ladrona,  
y vio que el animalito roía una hoja diminuta.  
Lo vio y temió y se preguntó, mientras rezaba a Shiva,  
que en verdad había alimentado a todo ser viviente.

Todas las cosas las hizo él, Shiva el Protector.  
Mahadeo! Mahadeo! Todo lo hizo él:  
espinos para el camello y forraje para el ganado,  
y el corazón de la madre para que repose el pequeñín.  
¡Duerme, hijito mío, duerme!



## LOS SIRVIENTES DE SU MAJESTAD

Podéis resolverlo por quebrados o por simple regla de tres,  
pero lo que hace Tweedle-dum  
no es lo que hace Tweedle-dee.  
Retorcedlo, giradlo del revés o plegadlo a vuestro antojo,  
pero lo que hace Pilly-Winky  
no es lo que hace Winkie-Pop.

Había estado lloviendo durante un mes entero..., lloviendo sobre el campamento de treinta mil hombres, miles de camellos, elefantes, caballos, bueyes y mulas, reunidos todos en un lugar llamado Rawalpindi, en espera de que el virrey de la India les pasara revista. El virrey iba a recibir la visita del emir de Afganistán, rey salvaje de un país muy salvaje, y el emir se había traído una guardia de corps de ochocientos hombres y caballos que nunca en su vida habían visto un campamento o una locomotora: hombres salvajes y caballos salvajes procedentes de algún remoto lugar del Asia Central. Cada noche un buen número de tales caballos rompían sus ataduras y empezaban a correr alocadamente por el campamento, pisoteando el barro en medio de la oscuridad. Otras veces eran los camellos los que se soltaban y corrían de un lado a otro, cayendo al tropezar con los vientos de las tiendas. Ya os podéis figurar lo agradable que resultaba eso para los hombres que trataban de dormir. Mi tienda se hallaba lejos de donde estaban atados los camellos, por lo que creía encontrarme a salvo, pero una noche, un hombre asomó la cabeza al interior y gritó:

—¡Salga corriendo, que vienen para aquí! ¡Ya han derribado mi tienda!

Ya sabía yo quiénes eran los que venían, así que me puse las botas y el impermeable y salí corriendo por el barro. La pequeña Vixen, mi foxterrier, salió por el otro lado. Casi en el acto se oyó un tremendo barullo de bramidos y gruñidos y vi cómo las paredes de la tienda se desplomaban hacia dentro al romperse el palo y empezaban a bailar de un lado a otro igual que un fantasma enloquecido. Uno de los camellos había quedado envuelto en la lona y yo, a pesar de lo mojado y furioso que estaba, no pude reprimir una carcajada. Luego me alejé corriendo, ya que no sabía cuántos camellos se

habrían soltado, y al poco rato me encontré caminando pesadamente por el barro, lejos del campamento.

Por fin tropecé con la cureña de un cañón y comprendí que estaba en algún lugar próximo a las líneas de artillería donde guardaban los cañones por la noche. Como no tenía el menor deseo de seguir vagando en la oscuridad y bajo la lluvia, coloqué mi impermeable sobre el cañón de una de las piezas de artillería y, utilizando dos o tres baquetas que encontré por allí, me improvisé una especie de tienda de campaña y me eché al lado de la cureña de otro cañón, preguntándome adónde habría ido Vixen y dónde me encontraría yo.

Justo en el instante en que iba a quedarme dormido oí ruido de arneses, un gruñido y al instante un mulo pasó junto a mí agitando sus mojadas orejas. Pertenecía a una batería de cañones desmontables, ya que se oía el ruido que hacían las correas, cadenas, anillas y demás cosas al golpearle el arzón. Los cañones desmontables son una piezas de artillería muy pequeñas que se transportan desmontadas en dos partes que se juntan con tornillos cuando llega el momento de utilizarlas. Las transportan por las montañas y por cualquier sitio donde un mulo sea capaz de transitar, y resultan muy útiles para luchar en terrenos montañosos.

Detrás del mulo iba un camello, cuyos pies, grandes y blandos, chapoteaban y resbalaban en el barro, mientras su cuello se movía hacia delante y hacia atrás como el de una gallina extraviada. Por suerte, había aprendido de los nativos lo suficiente del lenguaje de las bestias, no de las bestias salvajes, sino de las del campamento, para entender lo que el camello iba diciendo.

Seguramente era el mismo que se había metido en mi tienda, ya que le dijo al mulo:

—¿Qué voy a hacer? ¿Adónde voy a ir? He luchado contra una cosa blanca que no dejaba de moverse hasta que cogió un palo y me pegó en el cuello. —Se refería al palo de mi tienda y me alegré mucho al conocer lo sucedido—. ¿Seguimos huyendo?

—Fuiste tú —dijo el mulo—, tú y tus compañeros los que habéis armado el alboroto en el campamento, ¿no? Pues bien, mañana por la mañana os darán unos cuantos palos por haberlo hecho. Aunque puede que lo mejor sea que te dé ya un anticipo.

Oí tintinear los arneses al retroceder el mulo y atizarle al camello dos coces en las costillas que sonaron como dos redobles de tambor.

—Otra vez —dijo el mulo— te lo pensarás mejor antes de meterte corriendo entre los mulos de una batería, gritando: «¡Ladrones! ¡Fuego!». Ahora siéntate y a ver si dejas de mover tu cuello, que pareces tonto de capirote.

El camello se dobló, como suelen hacer estos animales, y se sentó gimoteando. Se oyó un batir de cascos acompasados en la oscuridad y apareció un gran caballo de los

de caballería. El animal se acercó a medio galope, tan tranquilo como en plena revista, saltó sobre la cureña de un cañón y se detuvo cerca del mulo.

—¡Qué vergüenza! —dijo, resoplando—. Esos camellos ya han vuelto a dispersar nuestras líneas. ¡Ya van tres veces esta semana! ¿Cómo puede un caballo mantenerse en forma si no le dejan dormir en paz? ¿Quién anda ahí?

—Soy el mulo que transporta la culata del cañón número dos de la primera batería de artillería de montaña —respondió el mulo—. Y el otro es uno de tus amigos. A mí me ha despertado también. ¿Quién eres tú?

—El número quince, compañía E del noveno de lanceros... El caballo de Dick Cunliffe. Apártate un poquito..., así.

—¡Oh! Perdóname —dijo el mulo—, está tan oscuro que no se ve casi nada. ¿Verdad que esos camellos no sirven más que para dar la lata? Me aparté de mis líneas para gozar de un poco de paz y tranquilidad aquí.

—Mis señores —dijo humildemente el camello—. Tuvimos unas horribles pesadillas y nos entró mucho miedo. Soy solamente un camello de carga del treinta y nueve de infantería nativa y no soy tan bravo como vosotros, mis señores.

—Entonces ¿por qué diablos no te quedaste a cumplir tu deber con el treinta y nueve de infantería nativa, en vez de corretear por todo el campamento? —dijo el mulo.

—¡Es que las pesadillas eran tan horribles! —repuso el camello—. Lo siento. ¡Escuchad! ¿Qué ha sido eso? ¿Seguimos huyendo?

—Siéntate —dijo el mulo—, o se te romperán esas patas tan largas tropezando con los cañones.

Enderezó una oreja y escuchó atentamente.

—¡Bueyes! —exclamó—. ¡Son los bueyes de la artillería! En verdad que tú y tus compinches habéis hecho vuestro trabajo a conciencia. Todo el campamento se ha despertado. ¡Con lo difícil que es hacer que se levanten los bueyes de la artillería!

Oí una cadena que se arrastraba por el suelo y una yunta de corpulentos y hoscos bueyes blancos, de los que tiran de los pesados cañones de sitio cuando los elefantes se niegan a acercarse a la línea de fuego, apareció ante mis ojos. Detrás de los bueyes, pisando casi la cadena que arrastraban, iba otro mulo de artillería que daba grandes voces llamando a un tal Billy.

—Ese es uno de nuestros reclutas —dijo el mulo viejo, dirigiéndose al caballo de caballería—. Me está llamando a mí. Estoy aquí, jovencito. Deja de chillar. Que yo sepa, la oscuridad nunca le ha hecho daño a nadie.

Los bueyes se tumbaron juntos y se pusieron a rumiar, pero el mulo joven se acercó a Billy.

—¡Qué cosas! —exclamó—. ¡Qué horribles y pavorosas cosas, Billy! Se metieron en nuestras líneas mientras dormíamos. ¿Crees que nos matarán?

—Me dan ganas de darte un buen par de coces —dijo Billy—. ¡Pensar que un mulo como tú, con tu planta y tu instrucción, deje en mal lugar a la batería delante de este caballero!

—¡Calma, calma! —dijo el caballo—. Recuerda que siempre se portan así al principio. La primera vez que vi un hombre (fue en Australia, cuando tenía tres años), estuve corriendo medio día sin parar, y si hubiera visto un camello, aún no habría parado.

Casi todos los caballos de la caballería inglesa en la India los traen de Australia y los mismos soldados se encargan de domarlos.

—Tienes razón —dijo Billy—. Deja ya de temblar, jovencito. La primera vez que me pusieron los arneses completos, levanté las patas de atrás y a coces me los quité todos. Todavía no había aprendido toda la ciencia de dar coces, pero los de la batería dijeron que jamás habían visto cosa parecida.

—Pero lo que oímos no eran arneses ni ninguna cosa que tintinease —dijo el mulo joven—. Sabes que a eso ya me he acostumbrado, Billy. Eran unas cosas grandes como árboles... Se metieron entre nuestras líneas, haciendo un ruido como de burbujas. Se me rompió la soga de la cabeza y no pude encontrar a mi conductor ni a ti, así que salí corriendo con... estos caballeros.

—¡Hum! —exclamó Billy—. En cuanto oí que los camellos andaban sueltos, me fui por mi propia cuenta, sin armar ningún alboroto. Cuando una batería... un mulo de batería llama caballeros a los bueyes es señal de que en verdad está muy trastornado. ¿Quiénes soy vosotros, los que estáis ahí tumbados?

Los dos bueyes dejaron de rumiar y contestaron a la vez:

—La séptima yunta del primer cañón de artillería pesada. Estábamos durmiendo cuando llegaron los camellos, pero cuando nos pisotearon nos levantamos y nos fuimos. Es mejor yacer tranquilamente en el barro que ser molestado en tu propio lecho. Le dijimos a tu amigo aquí presente que no había ningún motivo para tener miedo, pero él es tan sabio que opinaba lo contrario. ¡Bah!

Así diciendo, siguieron rumiando como si nada.

—Eso es lo que pasa cuando se tiene miedo —dijo Billy—. Los bueyes de la artillería se ríen de ti. Espero que estés satisfecho, jovencito.

El mulo joven apretó los dientes y le oí refunfuñar que no le daba miedo ningún buey gordinflón y viejo, pero los bueyes se limitaron a frotarse los cuernos el uno al otro y siguieron rumiando tranquilamente.

—¡Ea! No te enfades ahora, después de haber tenido miedo. Eso es cobardía de la peor especie —dijo el caballo—. A cualquiera se le puede perdonar el haber sentido miedo de noche, creo yo, al ver cosas que no comprende. Una y otra vez nos hemos soltado de las estacas, los cuatrocientos cincuenta caballos, solo porque algún recluta se ponía a hablar de las serpientes de Australia que antes eran látigos y nos entraba un miedo de muerte incluso al ver los cabos sueltos de nuestras sogas.

—Todo eso está muy bien en el campamento —dijo Billy—. Yo mismo no le hago remilgos a organizar una estampida, solo para divertirme, cuando llevo uno o dos días sin salir. Pero ¿qué hacéis cuando estáis en servicio activo?

—Ah, eso es harina de otro costal —dijo el caballo—. Entonces llevo a Dick Cunliffe sobre el lomo y él me azuza apretando las rodillas contra mis ijares; y lo único que tengo que hacer es ver dónde pongo los pies, procurar que no me resbalen las patas traseras y estar atento a la brida.

—¿Qué es eso de estar atento a la brida? —preguntó el mulo joven.

—¡Rayos y truenos y centellas! —exclamó el caballo, resoplando—. ¿Me estás diciendo que a los de tu ramo no os enseñan a estar atentos a la brida? ¿Cómo se puede hacer algo si no das media vuelta en cuanto sientes que las riendas te aprietan el cuello? De eso depende la vida o muerte de tu jinete y, por supuesto, también la tuya. Hay que girar con las patas traseras encogidas bajo el cuerpo en cuanto sientes las riendas en el cuello. Si no hay suficiente espacio para dar media vuelta, hay que levantarse un poco y girar sobre las patas traseras. A eso se llama estar atento a la brida.

—Pues a nosotros no nos enseñan eso —dijo secamente el mulo—. Nos enseñan a obedecer al hombre que marcha delante de nosotros: dando un paso atrás o adelante cuando él nos lo ordene. Supongo que viene a ser lo mismo. Vamos a ver, con todos esos movimientos de fantasía que hacéis vosotros, y que les deben de sentar muy mal a vuestras corvas, ¿qué es lo que hacéis en realidad?

—Eso depende —repuso el caballo—. Generalmente tengo que meterme entre un montón de hombres peludos que chillan y esgrimen cuchillos, cuchillos largos y relucientes, peores que los del herrador, y debo procurar que la bota de Dick roce la del hombre que cabalga a su lado, pero sin aplastarla. Al lado de mi ojo derecho veo la lanza de Dick y sé que nada malo me pasará. No quisiera estar en el pellejo del hombre o del caballo que se enfrentan a Dick y a mí cuando llevamos prisa.

—¿Y no te hacen daño los cuchillos? —preguntó el mulo joven.

—Bueno, una vez me hicieron un corte en el pecho, pero no fue por culpa de Dick...

—¡Lo que me habría importado a mí de quién era la culpa! ¡Con el dolor me habría bastado! —dijo el mulo joven.

—Pues es necesario —repuso el caballo—. Si uno no tiene confianza en su jinete, es mejor largarse cuanto antes. Eso es lo que hacen algunos de nuestros caballos y no los culpo por ello. Como iba diciendo, no fue por culpa de Dick. Aquel hombre yacía en el suelo, yo estiré bien las patas para no pisarlo y él me asestó una cuchillada. La próxima vez que vea ante mí un hombre tendido en el suelo, lo pisotearé... y con fuerza.

—¡Hum! —exclamó Billy—. ¡Qué solemne majadería! Los cuchillos son mala cosa sea cuando sea. Lo que está bien es escalar montañas con el peso del arzón bien distribuido sobre ambos costados, aferrándose bien con las cuatro patas, incluso con las orejas si hace falta, y reptar y arrastrarse y culebrear, hasta que al final sales a centenares de palmos por encima de todos los demás, sobre una cornisa en la que apenas si te caben los cascos. Entonces te quedas quieto y callado, sin pedirle jamás a un hombre que te sostenga la cabeza, ¿me oyes, jovencito? Sí, quieto y callado mientras montan los cañones. Luego contemplas cómo los obuses caen sobre las copas de los árboles, que están muy por debajo de ti.

—¿Y nunca tropiezas? —preguntó el caballo.

—Dicen que cuando un mulo tropieza se pueden rajarle las orejas a una gallina —contestó Billy—. Puede que muy de vez en cuando, si el peso de la carga está mal repartido, una mula pierda el equilibrio. Pero es muy poco frecuente. Me gustaría poder enseñarte nuestro oficio. Es muy bonito. Mira, a mí me costó tres años comprender qué era lo que pretendían los hombres. La ciencia del asunto reside en no ponerse nunca de tal forma que tu cuerpo se recorte contra el cielo, porque, si lo haces, puede que te disparen. Recuérdalo, jovencito. Ocúltate todo lo que puedas, aunque tengas que desviarte una milla de tu camino. Cuando hay que hacer una de esas escaladas, yo marchó en cabeza de la batería.

—¡Dejar que te disparen sin poder cargar contra los que lo hacen! —exclamó pensativamente el caballo—. No podría resistirlo. Me entrarían unas ganas tremendas de cargar contra ellos, montado por Dick.

—Oh, no, ni lo sueñes. Uno sabe que, en cuanto los cañones quedan emplazados, son ellos los que cargan contra el enemigo. Así es como se hacen las cosas, científicamente, con pulcritud. Pero eso de los cuchillos... ¡Puaf!

El camello de carga llevaba ya un rato moviendo la cabeza de arriba abajo, ansioso de meter baza en la conversación. Por fin oí que se aclaraba la garganta y decía nerviosamente:

—Yo... yo... yo he luchado un poco, pero sin escalar como tú ni cargar como tú.

—Ahora que lo dices —apuntó Billy—, no pareces haber nacido para escalar o cargar... mucho. Bueno, cuéntenos cómo fue, viejo cargador de forraje.

—Pues como debe ser —contestó el camello—. Nos sentamos todos y entonces...

—¡Rayos y truenos! —exclamó el caballo por lo bajo—. ¿Qué os sentasteis?

—Nos sentamos, los cien camellos —prosiguió el camello—, formando un amplio cuadro. Luego los hombres amontonaron los fardos y los arzones fuera del cuadro y empezaron a disparar por encima de nuestros lomos. Eso es lo que hicieron los hombres, desde todos los lados del cuadrado.

—Pero ¿qué clase de hombres eran? ¿Cualesquiera que pasasen por allí? —preguntó el caballo—. En la escuela de equitación nos enseñan a tumbarnos para que nuestros amos disparen desde detrás de nosotros, pero, en lo que a eso se refiere, solo me fío de Dick Cunliffe. Me entran cosquillas y, por si fuera poco, con la cabeza en el suelo no puedo ver nada.

—¿Qué importa quién dispara desde detrás de ti? —dijo el camello—. Hay muchos camellos y muchos hombres cerca de donde estás y también muchas nubes de humo. Yo nunca me asusto. Me siento y espero.

—Sí, pero a pesar de ello —dijo Billy— tienes pesadillas y causas un gran alboroto en el campamento. ¡Vaya, vaya! Antes de tumbarme en el suelo, por no hablar de sentarme, y dejar que un hombre se ponga a disparar desde detrás de mí, me parece que mis patas y su cabeza tendrían algo que decirse. ¿Habéis oído hablar alguna vez de algo tan pavoroso?

Se produjo un largo silencio, hasta que uno de los bueyes, alzando su cabezota, dijo:

—En verdad que es una solemne majadería. Solo hay una manera de luchar.

—¿Ah, sí? Dinos cuál —dijo Billy—. Adelante, habla, no te estés por mí. Supongo que vosotros lucharéis sosteniéndooos con la cola en el suelo, ¿verdad?

—Solo hay una manera —dijeron los dos bueyes a la vez. (Seguramente eran hermanos gemelos)—. Y es la siguiente: las veinte yuntas se arriman al cañón grande en cuanto oyen bramar a Dos Colas.

Dos Colas era el mote que en el campamento empleaban para referirse al elefante.

—¿Y por qué brama Dos Colas? —preguntó el mulo joven.

—Para que se sepa que no piensa acercarse más al humo que se ve al otro lado. Dos Colas es un cobarde de tomo y lomo. Entonces, todos juntos, empujamos el cañón

grande... Heya! Hullah! Heeyah! Hullah! Lo que es nosotros, no trepamos como los gatos ni corremos como los becerros. Cruzamos la llanura, las veinte yuntas a la vez, hasta que nos libran del yugo y podemos pacer mientras los cañones grandes hablan a través del llano con alguna ciudad con paredes de adobe, y se ven trozos de pared que caen y se levanta una gran polvareda, como si un gran rebaño regresara a casa.

—¡Ah! ¿Y ese es precisamente el momento que elegís para pacer? —dijo el mulo joven.

—Ese o cualquier otro. Comer siempre es bueno. Comemos hasta que nos vuelven a poner el yugo y entonces arrastramos el cañón grande hasta el sitio donde nos espera Dos Colas. A veces en la ciudad hay cañones grandes que contestan a los otros y algunos de nosotros resultamos muertos y entonces somos menos a repartir el pasto. Eso es el Destino..., nada más que el Destino. Sin embargo, repito que Dos Colas es un cobarde de tomo y lomo. Esa es la única forma de luchar como es debido. Somos hermanos y venimos a Hapur. Nuestro padre era un buey sagrado de Shiva. ¡Hemos dicho!

—Bueno, ciertamente esta noche he aprendido algunas cosas —dijo el caballo—. Decidme, caballeros de la artillería de montaña, ¿os sentís inclinados a comer mientras os están disparando con cañones grandes y Dos Colas os espera más atrás?

—Nos hace tanta gracia como sentarnos y dejar que un centenar de hombres se nos suban encima, o como meternos entre gente armada con cuchillos. Nunca he oído nada semejante. Una cornisa en la montaña, la carga bien repartida, un conductor digno de confianza, que te deje seguir tu propio camino y soy tu mulo. Pero de lo demás... ¡Ni hablar! —exclamó Billy, dando una coz en el suelo.

—Claro —dijo el caballo—. No todo el mundo está hecho de la misma manera y no me cuesta trabajo comprender que tu familia, por parte de padre, se quedaría sin comprender infinidad de cosas.

—¡Deja en paz mi familia por parte de padre! —exclamó Billy con acento indignado, pues a todos los mulos les molesta que les recuerden que su padre es un burro—. Mi padre era un caballero del Sur y era capaz de derribar, morder y dar coces a cualquier caballo que se cruzara en su camino. ¡No lo olvides jamás, gran Brumby!

Brumby significa caballo salvaje y sin ninguna educación. Ya os podéis imaginar cómo le sentaría a Suno que un caballo de tiro lo llamase «penco», así que también podéis figuraros cómo le sentó lo de Brumby al caballo australiano. Vi que el blanco de los ojos le relucía en la oscuridad.

—Oye tú, hijo de un asno importado de Málaga —dijo el caballo, apretando los dientes—. A ver si te enteras de que, por parte de madre, estoy emparentado con



Carbine, el que ganó la Copa de Melbourne, y de que en mi tierra no estamos acostumbrados a que nos falte al respeto un mulo con cabeza de cerdo y lengua de cotorra que se pasa la vida trabajando en una batería de tirachinas. ¿Estás listo?

—¡Con las patas de atrás! —chilló Billy.

Los dos se alzaron sobre las patas de atrás, mirándose a los ojos, y me disponía ya a presenciar una encarnizada pelea cuando, surgiendo de la oscuridad, a la derecha, se oyó una voz grave y gutural:

—¿Por qué os estáis peleando, pequeños? ¡Quietos ya!

Los dos animales bajaron las patas delanteras y soltaron un bufido, pues ni los caballos ni los mulos son capaces de soportar la voz de un elefante.

—¡Es Dos Colas! —exclamó el caballo—. No puedo ni verlo. ¡No es justo que tenga una cola en cada extremo!

—Eso mismo pienso yo —dijo Billy, acercándose al caballo en busca de compañía—. En algunas cosas nos parecemos mucho.

—Supongo que las habremos heredado de nuestras madres —dijo el caballo—. No vale la pena pelearse. ¡Eh, Dos Colas! ¿Estás atado?

—Sí —contestó Dos Colas, soltando una carcajada de lo más profundo de su trompa—. Me han amarrado a las estacas hasta mañana. He oído lo que habéis estado diciendo. Pero no temáis, que no voy a acercarme a vosotros.

Los bueyes y el camello dijeron casi en voz alta:

—¡Tener miedo de Dos Colas! ¡Qué tontería!

—Sentimos que lo hayas oído —añadieron los bueyes—. Pero es la verdad, Dos Colas. Dinos, ¿por qué temes a los cañones cuando disparan?

—Bueno —dijo Dos Colas, frotándose una pata trasera contra la otra, exactamente igual que un niño al recitar un poema—. No estoy seguro de que lo comprendáis.

—Seguro que no, pero lo cierto es que a nosotros nos toca tirar de los cañones —dijeron los bueyes.

—Ya lo sé, como también sé que soy mucho más valiente de lo que os figuráis. Pero mi caso es distinto. El otro día el capitán de mi batería me llamó Anacronismo Paquidermo.

—Supongo que esa será otra forma de luchar, ¿verdad? —dijo Billy, que ya estaba recobrando el ánimo.

—Tú, claro está, no sabes qué significa eso. Pero yo sí lo sé. Significa así así, que ni lo uno ni lo otro. Y así es exactamente como soy. Puedo ver dentro de mi cabeza lo que sucederá cuando estalle un obús, pero vosotros, bueyes, no podéis verlo.

—Yo sí —dijo el caballo—. Al menos un poquito. Pero trato de no pensar en ello.

—Yo puedo ver más que tú y, además, pienso en ello. Ya sé que, como soy tan grande, cuidarme resulta muy pesado y también sé que nadie sabe cómo curarme cuando estoy malo. Lo único que saben hacer es dejar a mi conductor sin paga hasta que me ponga bueno, y no me puedo fiar de mi conductor.

—¡Ah! —exclamó el caballo—. Eso lo explica todo. Yo sí puedo fiarme de Dick.

—Pues podrías ponerme sobre el lomo todo un regimiento de Dicks sin que por ello yo me encontrase mejor. Sé lo suficiente para sentirme incómodo, pero no lo bastante para seguir adelante como si no lo supiera.

—No lo entendemos —dijeron los bueyes.

—Ya sé que no lo entendéis. Pero no os estoy hablando a vosotros. Los bueyes no sabéis qué es la sangre.

—Sí lo sabemos —dijeron los bueyes—. Es una cosa roja que empapa el suelo y huele.

El caballo dio una coz, luego un brinco y finalmente resopló.

—No habléis de eso —dijo—. Solo de oír su nombre ya la huelo. Me dan ganas de salir corriendo, cuando Dick no me monta.

—Pero si aquí no hay —dijeron los bueyes y el camello—. ¿Por qué eres tan estúpido?

—Es una porquería —dijo Billy—. A mí no me entran ganas de correr, pero no quiero hablar de ello.

—¡Ahí está! —exclamó Dos Colas, meneando la cola para explicarse mejor.

—Por supuesto que aquí estamos —dijeron los bueyes—. Hemos estado aquí toda la noche.

Dos Colas empezó a golpear el suelo con una pata hasta que la argolla de hierro que llevaba en ella sonó como una campanilla.

—¡Tontos! ¡No me refería a vosotros! Ya digo yo que no veis lo que hay dentro de vuestras cabezas.

—Así es. Nosotros vemos lo que hay fuera de nuestros cuatro ojos —replicaron los bueyes—. Vemos lo que tenemos delante.

—Ojalá pudiera decir lo mismo. Entonces no me haríais ninguna falta para arrastrar los cañones grandes. Si fuera como mi capitán... él es capaz de ver dentro de su cabeza antes de que empiecen los disparos y se estremece de pies a cabeza, pero es demasiado listo para huir corriendo... si fuera como él podría arrastrar los cañones. Aunque, si tan listo fuera, ya ni siquiera estaría aquí. Sería rey en el bosque, como era antes, y me pasaría durmiendo la mitad del día y me bañaría cuando me apeteciese. Llevo un mes sin darme un buen baño.

—Todo eso está muy bien —dijo Billy—, pero porque a una cosa le des un nombre largo no la haces mejor de lo que es.

—¡Chist! —dijo el caballo—. Me parece que ya entiendo lo que quiere decir Dos Colas.

—Lo entenderás mejor dentro de un minuto —dijo Dos Colas con voz furiosa—. Veamos, ¡explícame por qué no te gusta esto!

Se puso a berrear con toda la fuerza de que era capaz.

—¡Basta! —gritaron Billy y el caballo juntos.

Pude oír cómo piafaban y se estremecían. El berrido de un elefante siempre es desagradable, especialmente en una noche oscura.

—¡No pienso callarme! —exclamó Dos Colas—. ¿Queréis hacerme el favor de explicármelo? ¡Hhrrmph! ¡Rrrt! ¡Rrr! ¡Rrrhha!

De pronto cesaron sus berridos y oí un débil lamento en la oscuridad: Vixen había dado conmigo por fin. La perrita sabía tan bien como yo que, si hay algo en el mundo que inspire más miedo a un elefante que otro elefante, ese algo es un perrito que ladre, de modo que Vixen se detuvo a molestar a Dos Colas, ladrando y corriendo alrededor de sus patas.

—¡Largo de aquí, perrito! —chilló Dos Colas—. No me husmees las patas o te pegaré una patada. Sé bueno, perrito. Anda, perrito bonito... ¡Vete a casa, bestia del demonio! ¡Que alguien se lo lleve de aquí! Me va a pegar un mordisco

—Me parece a mí —dijo Billy al caballo— que a nuestro amigo Dos Colas le dan miedo casi todas las cosas. Vamos a ver, si me dieran una comida entera por cada vez que de una patada he echado un perro al otro lado del campo de maniobras, estaría tan gordo como Dos Colas.

Silbé y Vixen vino corriendo hacia mí, cubierta de barro hasta las orejas, y se puso a lamerme la nariz, contándome una larga historia sobre el rato que se había pasado buscándome por todo el campamento. En ningún momento dejé entrever que entendía el lenguaje de los animales, pues se habría tomado toda suerte de libertades. Así que la abrigué con mi capote, mientras Dos Colas lanzaba coces al vacío y gruñía por lo bajo.

—¡Extraordinario! ¡Sencillamente extraordinario! —dijo—. Se ve que es cosa de familia. ¿Dónde se ha metido esta bestezuela endemoniada?

Oí que palpaba la oscuridad con la trompa.

—Será de distinta forma, pero a todos, por lo que parece, nos afecta alguna cosa —prosiguió, sonándose la nariz—. Vamos a ver, ustedes, caballeros, se alarmaron cuando me puse a berrear. Al menos eso me pareció.

—No, alarmarnos, precisamente, no —dijo el caballo—, pero sentí como si tuviera un avispero allí donde debería estar la silla de montar. No empieces otra vez.

—A mí me asusta un perrito y al camello aquí presente le asustan las pesadillas nocturnas.

—Tenemos mucha suerte al no deber luchar todos del mismo modo —dijo el caballo.

—Lo que yo quiero saber —dijo la mula joven, que llevaba mucho rato sin abrir la boca—. Lo que yo quiero saber es por qué tenemos que luchar, de una u otra forma.

—Porque nos lo mandan —dijo el caballo, resoplando desdeñosamente.

—Son órdenes —dijo el mulo Billy, apretando los dientes.

—Hukm hai! (Es una orden) —dijo el camello, haciendo un ruido como de gárgaras.

—Hukm hai! —repitieron Dos Colas y los bueyes.

—Sí, sí, pero ¿quién da las órdenes? —preguntó la mula recluta.

—El hombre que camina a la cabeza... o el que se nos sienta sobre el lomo... o el que lleva las riendas de la mano... o el que te retuerce la cola —dijeron Billy y el caballo y el camello y los bueyes uno tras otro.

—Pero ¿quién les da las órdenes a ellos?

—Ahora quieres saber demasiado, jovenzuelo —dijo Billy—. Y esa es una de las maneras de recibir una coza. Lo único que debes hacer es obedecer al hombre que te mande y no hacer preguntas.

—Tiene mucha razón —dijo Dos Colas—. Yo no siempre puedo obedecer, ya que soy así así, ni lo uno ni lo otro. Pero Billy tiene razón. Obedece al hombre que esté más cerca de ti y que dé una orden. Si no lo haces, detendrás a toda la batería, aparte de recibir unos buenos azotes.

Los bueyes de artillería se levantaron para marcharse.

—Falta poco para que amanezca —dijeron—. Regresaremos a nuestras líneas. Es verdad que vemos solamente lo que ven nuestros ojos y que no somos muy inteligentes, pero, así y todo, somos los únicos que no se han asustado esta noche. Buenas noches, valientes.

Nadie contestó y el caballo, para cambiar de tema, dijo:

—¿Dónde se ha metido ese perrito? Un perro significa que hay un hombre por aquí cerca.

—Aquí estoy —ladró Vixen—, debajo de la cureña, con mi hombre. Oye tú, bestia de camello, so torpe: tú nos echaste la tienda abajo. Mi hombre está furioso.

—¡Bah! —exclamaron los bueyes—. ¡Debe de ser un blanco!

—Claro que lo es —dijo Vixen—. ¿Suponéis que me cuida un negro de los que conducen bueyes?

—Huah! Ouach! Ugh! —exclamaron los bueyes—. Vámonos enseguida de aquí.

Echaron a andar apresuradamente por el barro y de alguna forma se las arreglaron para que el yugo se les enganchara en la pértiga de una carreta de municiones.

—Ya lo habéis conseguido —dijo Billy tranquilamente—. No forcejeéis. Así os quedaréis hasta que se haga de día. ¿Qué diablos pasa?

Los bueyes prorrumpieron en esos bufidos sibilantes tan peculiares del ganado vacuno de la India y no paraban de empujar y apretujarse, piafando y resbalando hasta que por poco se cayeron al suelo y entonces soltaron salvajes gruñidos.

—Si seguís así, en menos de nada os partiréis el cuello —dijo el caballo—. ¿Qué tienen de malo los hombres blancos? Yo vivo con ellos.

—¡Pues... que... se nos comen! ¡Tira ya! —exclamó el más próximo de los bueyes.

El yugo se partió con un chasquido y los dos animales se alejaron juntos, caminando pesadamente.

Nunca había logrado averiguar por qué el ganado vacuno de la India nos tenía tanto miedo a los ingleses. Era porque nosotros comemos carne de buey, cosa que un nativo no quiere ni tocar y, claro, al ganado eso no le hace ninguna gracia.

—¡Así me azoten con las cadenas de mi propio arzón! ¿Quién iba a imaginar que esos dos gordinflones perderían la cabeza? —exclamó Billy.

—¡Qué más da! Voy a echarle un vistazo a ese hombre. La mayoría de los hombres blancos, lo sé muy bien, llevan cosas en los bolsillos —dijo el caballo.

—Entonces aquí te quedas. No puede decirse que me muera de cariño por ellos. Además, los hombres blancos que no tienen un sitio donde dormir seguramente son ladrones y yo llevo sobre el lomo una buena porción de propiedades del gobierno. Vámonos, jovencito. Regresaremos a nuestras líneas. ¡Buenas noches, Australia! Te veré mañana durante la revista, supongo. ¡Buenas noches, viejo cargador de forraje! Trata de dominar tus sentimientos, ¿eh? ¡Buenas noches, Dos Colas! Si pasas por nuestro lado mañana, durante la revista, no te pongas a berrear. Nos echarás a perder la formación.

El mulo Billy se alejó con los andares de todo un veterano, mientras el caballo apoyaba el hocico en mi pecho y yo le daba una cuantas galletas. Entre tanto, Vixen, que es una perrita de lo más vanidosa, se puso a contarle mentirijillas sobre los muchos caballos que ella y yo teníamos.

—Mañana iré a ver la revista en mi coche ligero de dos ruedas —dijo—. ¿Dónde estarás tú?

—A la izquierda del segundo escuadrón. Yo marco el compás con que marcha el escuadrón entero, señorita —dijo el caballo con mucha finura—. Ahora debo volver junto a Dick. Tengo la cola llena de barro y tendrá que trabajar de lo lindo durante dos horas para prepararme para la revista.

La gran revista de los treinta mil hombres se celebró por la tarde. Vixen y yo la vimos desde un buen sitio, cerca de donde estaban el virrey y el emir de Afganistán, que lucía su alto sombrero de lana de astracán negro, así como la gruesa estrella de diamantes en mitad del mismo. La primera parte de la revista transcurrió como una seda, una oleada tras otra fueron desfilando los regimientos, con los cañones perfectamente alineados, hasta que los ojos nos bailaban en las órbitas. Luego apareció la caballería, avanzando a medio galope, mientras sonaba esa bella tonada que se llama Bonnie Dundee. Vixen levantó una oreja para oírla mejor desde su carruaje. El segundo escuadrón de lanceros pasó como una flecha y allí estaba el caballo de la noche anterior, luciendo una cola que parecía tejida de seda, la cabeza apoyada en el pecho, una oreja inclinada hacia delante y la otra hacia atrás, marcando el paso para el resto del escuadrón, moviendo las patas con la misma elegancia con que habría bailado un vals. Les tocó luego el turno a los cañones pesados y pude ver a Dos Colas, que con otros dos elefantes arrastraban un cañón de sitio de cuarenta libras, seguidos por veinte yuntas de bueyes. La que marchaba en séptimo lugar llevaba un yugo nuevo y parecía algo rígida y fatigada. Cerraron el desfile los cañones de montaña y vimos cómo el mulo Billy se daba unos aires que habríase dicho que mandaba toda la tropa. Llevaba el arnés engrasado y cepillado hasta brillar. Se me escapó un hurra por el mulo Billy, a mí solo, pero él siguió adelante sin mirar ni a diestra ni a siniestra.

Empezó a llover otra vez y durante un rato la neblina impidió ver lo que hacía la tropa. Habían formado un gran semicírculo en la explanada y se estaban desplegando en línea recta. La línea fue creciendo, creciendo y creciendo hasta ocupar tres cuartos de milla de una a otra ala, formando una sólida muralla de hombres, caballos y cañones. Entonces empezó a avanzar directamente hacia el virrey y el emir y, a medida que iba acercándose, el suelo se estremecía como la cubierta de un vapor que navegase a toda máquina.

A menos que se haya presenciado alguna vez, resulta imposible imaginar el pavoroso efecto que en los espectadores produce el espectáculo de la tropa que se aproxima a ellos inexorablemente, aunque sepan que se trata simplemente de una revista militar. Volví la vista hacia el emir. Hasta aquel momento en su rostro no había aparecido el menor asomo de pasmo o de cualquier otra cosa, pero ahora sus ojos

empezaban a abrirse más y más, cogió las riendas, que colgaban sobre el cuello de su caballo, y volvió la cabeza. Durante unos segundos pareció a punto de desenvainar la espada y abrirse paso a sablazos entre los caballeros y damas ingleses que ocupaban los carruajes situados detrás de él. Después el avance de la tropa se detuvo en seco, el suelo dejó de estremecerse y la línea entera saludó, al tiempo que treinta bandas de música empezaban a tocar simultáneamente. La revista había terminado y los regimientos se encaminaron bajo la lluvia hacia sus respectivos campamentos, mientras una banda de infantería atacaban las primeras notas de:

De dos en dos entraron los animales,  
¡hurra!  
De dos en dos entraron los animales,  
los elefantes y los mulos de artillería,  
y todos entraron en el Arca  
¡para cobijarse de la lluvia!

Entonces oí que uno de los jefes asiáticos, de cabellos grises y largos, que había venido con el emir, empezaba a hacerle preguntas a uno de los oficiales nativos.

—Vamos a ver —dijo—, ¿cómo se ha podido hacer una cosa tan maravillosa?

—Se dio una orden y obedecieron —respondió el oficial.

—Pero ¿es que las bestias son tan sabias como los hombres? —preguntó el jefe.

—Obedecen como obedecen los hombres. El mulo, el caballo, el elefante o el buey obedecen al hombre que los conduce, y este obedece a su sargento, y el sargento a su teniente, y el teniente a su capitán, y el capitán a su mayor, y el mayor a su coronel, y el coronel a su brigadier, que manda tres regimientos, y el brigadier a su general, que obedece al virrey, que es el sirviente de la emperatriz. Así es como se hace.

—¡Ojalá se hiciera así en el Afganistán! —exclamó el jefe—. Allí obedecemos solamente a nuestra propia voluntad.

—Y por esa razón —dijo el oficial nativo, retorciéndose el bigote—, vuestro emir, al que no obedecéis, debe presentarse aquí para recibir órdenes de nuestro virrey.

Canción de los animales del campamento durante la revista

LOS ELEFANTES DE LOS CAÑONES

A Alejandro dimos la fuerza de Hércules,  
la sabiduría de nuestras frentes,  
la astucia de nuestras rodillas.  
Al servicio nos doblegamos y nunca más lo abandonamos.  
¡Haced sitio para los elefantes de la artillería pesada!

### LOS BUEYES DE LA ARTILLERÍA

Esos héroes enjaezados huyen de los obuses,  
y la pólvora los llena de terror.  
Entonces entramos en acción y tiramos de los cañones.  
¡Haced sitio para las veinte yuntas de la artillería pesada!

### LOS CABALLOS DE LA CABALLERÍA

¡Por la marca que llevo en las ancas, las más bellas tonadas  
las tocan los lanceros, húsares y dragones!  
Y a mí me suena más dulce que «establos» o «agua»,  
¡el Bonnie Dundee de la caballería!  
Luego dadnos de comer, domadnos y cuidadnos,  
y dadnos buenos jinetes y mucho espacio,  
y hacednos formar en columna de escuadrones  
¡y veréis cómo galopamos a los sonos del Bonnie Dundee!

### LOS MULOS DE LA ARTILLERÍA DE MONTAÑA

Mientras yo y mis compañeros trepábamos montaña arriba,  
las piedras borrarón el sendero, pero seguimos avanzando.  
Pues, compañeros, podemos trepar por cualquier sitio,  
¡y en la cima nos sentimos como en nuestra casa!  
¡Buena suerte, pues, al sargento que nos deje hacer camino!  
¡Mala a todos los conductores que no saben cargarnos bien!



Pues, compañeros, podemos trepar por cualquier sitio,  
¡y en la cima nos sentimos como en nuestra casa!

### LOS CAMELLOS DE INTENDENCIA

No tenemos una canción propia  
que nos ayude a caminar.  
Pero nuestros cuellos son trombones  
(¡rttt-ta-ta-ta!, suenan los trombones)  
y esta es nuestra canción de marcha:  
¡No puedo! ¡No quiero! ¡No lo haré! ¡No!  
¡Que suene en toda la línea!  
A alguien se le ha caído la carga,  
¡ojalá fuese la mía!  
La carga ha caído al suelo,  
¡alto y descansemos! ¡Urrr! ¡Yarrh! ¡Grrr! ¡Arrh!  
¡Ay, que alguien recibe palos!

### TODOS LOS ANIMALES A CORO

Hijos del campamento somos,  
sirviendo según nuestro rango.  
Hijos del yugo y la aguijada,  
del fardo y del arnés, del peto y de la carga.

Ved nuestra línea cruzando la llanura,  
doblándose como una serpiente,  
avanzando, avanzando sin parar,  
¡camino de la guerra!  
A nuestro lado marchan los hombres,  
callados, polvorientos y cansados,  
sin saber por qué ellos y nosotros  
marchamos y sufrimos día tras día.

Hijos del campamento somos,  
sirviendo según nuestro rango.  
Hijos del yugo y la aguijada,  
del fardo y del arnés, del peto y de la carga.